

Escuela de Agentes de Pastoral
Diócesis de Plasencia

FORMACIÓN BÁSICA

**EL DIOS DE
JESUCRISTO**

La Escuela de Agentes de Pastoral es un servicio de la Diócesis que pretende ofrecer a los agentes de pastoral una formación cristiana básica e integral para responder a los desafíos de nuestro tiempo; la capacitación necesaria para desarrollar una tarea educativa y evangelizadora en la Iglesia y en la sociedad; y el acompañamiento a todos aquellos que están comprometidos en los diversos ámbitos de la vida eclesial y pública (Sínodo Diocesano I, 12, 48).

DESTINATARIOS

Todas aquellas personas que, por iniciativa propia o enviadas por su parroquia, arciprestazgo u otras asociaciones e instituciones diocesanas, quieran profundizar en el conocimiento de la fe; descubrir y alimentar el compromiso socio-político; y/o asumir la responsabilidad de animar y coordinar las acciones pastorales en sus diversos niveles.

PROYECTO DE FORMACIÓN FORMACIÓN BÁSICA

Las materias a desarrollar son:

- Sagrada Escritura
- Cristología
- El Dios de Jesucristo
- Eclesiología
- Antropología teológica
- Moral cristiana
- Doctrina social de la Iglesia
- Teología de los sacramentos
- Teología del laicado y de la acción pastoral
- Síntesis teológica

FORMACIÓN ESPECÍFICA

Las materias a desarrollar serán las ofrecidas por las delegaciones y secretariados diocesanos para la capacitación teórico-práctica de responsables de las diversas acciones pastorales.

INFORMACIÓN

Dirigirse al sacerdote de tu parroquia, o a la Secretaría de la Escuela Diocesana de Agentes de Pastoral. Obispo de Plasencia. C/. Plaza de la Catedral, s/n. 10600 Plasencia (Cáceres). Teléfonos: 927 41 16 12; 659 83 32 22; email: escuelaagentes@diocesisplasencia.org.

FORMACIÓN BÁSICA

EL DIOS DE JESUCRISTO

Escuela de Agentes de Pastoral
Diócesis de Plasencia

ÍNDICE

Introducción	7
Bibliografía	9
Método de trabajo	11
Sesión 1. ¿Todavía Dios, en nuestro tiempo? (1ª parte)	13
Sesión 2. ¿Todavía Dios, en nuestro tiempo? (2ª parte)	19
Sesión 3. El Dios de la fe cristiana (1ª parte)	26
Sesión 4. El Dios de la fe cristiana (2ª parte)	33
Sesión 5. Un Dios de vida para todos, empezando por los últimos (1ª parte)	40
Sesión 6. Un Dios de vida para todos, empezando por los últimos (2ª parte)	46
Sesión 7. El Dios de la vida está en contra de acaparar, del hacer siempre lo mismo, y de la solidaridad cerrada	53
Sesión 8. El Dios de la vida y de la naturaleza	61
Sesión 9. El Dios de la vida y de la historia	67
Sesión 10. El Dios de la vida es Padre	76
Sesión 11. El Dios de la vida sostiene la tensión hacia el futuro	82
Sesión 12. El Dios de la vida libera de los absolutos falsos	88

INTRODUCCIÓN

En estas sesiones vamos a hablar del Dios de Jesucristo y lo haremos teniendo presente que:

1º. Sólo podemos hablar de Dios, misterio y fundamento de nuestra vida, balbuceando, como niños, ante la inefabilidad de su grandeza y con nuestro lenguaje limitado.

2º. Si queremos decir algo de Dios tenemos que acercarnos a Jesús que, al ser su Hijo y su Palabra, nos ha abierto las puertas para entrar en el misterio de su vida.

Vamos a hablar de Dios acercándonos a las palabras y acciones de Jesús, para descubrir lo nuevo, transformador, revolucionario y alterador de todo el orden religioso y social que es lo que él dijo de Dios. Intentaremos que esta novedad y esta fuerza vivificadora que caracterizan la imagen del Dios vivido y proclamado por Jesús, puedan aparecer ante nosotros con todo su encanto.

BIBLIOGRAFÍA

ALEIXANDRE, D., Dame a conocer tu nombre. Imágenes bíblicas para hablar de Dios, Sal Terrae, Santander 1999.

DURRWELL, F.X., Nuestro Padre. Dios en su misterio, Sígueme, Salamanca 1992.

FORTE, B., Trinidad como historia, Sígueme, Salamanca 2001.

GALLO, L., El Dios de Jesús, CCS, Madrid 1992.

GESCHE, A., Dios, Sígueme, Salamanca 2010.

GONZÁLEZ FAUS, J.I., La Humanidad Nueva, Sal Terrea, Santander 1984.

KASPER, W., El Dios de Jesucristo, Sígueme, Salamanca 1986.

LEGIDO, M., Misericordia entrañable, Sígueme, Salamanca 1987.

MARDONES, J. M., Matar a nuestros dioses. Un Dios para un creyente adulto, PPC, Madrid 2006.

MÉTODO DE TRABAJO DE CADA SESIÓN

1. El material de las sesiones, que cada persona ha recibido con antelación, puede ser leído y trabajado antes de la reunión de forma individual o en grupo, dependiendo de las posibilidades de cada persona.

En la preparación previa se trata de:

- a.** Leer el **punto 1 “Nuestra realidad”**. En este punto se hacen algunas afirmaciones y/o preguntas que intentan sugerir, provocar, animar el diálogo en grupo. Se trata de reflexionar sobre estas afirmaciones y/o preguntas para compartir nuestro parecer en la reunión de grupo.
- b.** Leer el **punto 2 “Iluminación de nuestra realidad”** y señalar las cuestiones que no quedan claras, y las cuestiones que más te llaman la atención.
- c.** Responder, si se puede, a las preguntas del **punto 3 “Contraste pastoral”**.
- d.** Preparar alguna petición o acción de gracias, si el **punto 4 “Oración”** así lo indica.

2. La sesión de trabajo en grupo tiene las siguientes partes y sigue el orden que a continuación se indica:

a) Nuestra realidad

Comunicamos nuestro parecer o valoración sobre las afirmaciones y/o preguntas ofrecidas con el fin de partir en cada sesión de nuestra realidad.

b) Iluminación de nuestra realidad

Después de leer el contenido de la “Iluminación” expresamos en el grupo las cuestiones que no nos han quedado claras y aquellas que más nos llaman la atención. El/la profesor/a aclarará los aspectos que sean necesarios y resaltaré aquello que considere oportuno y conveniente.

c) Contraste Pastoral

Compartimos las respuestas a las preguntas que se plantean con el objetivo de hacer realidad los aspectos, actitudes, acciones que vamos descubriendo.

d) Oración

Este espacio pretende que a través de la oración, en sus diferentes formas, vayamos uniendo la fe con la vida. Acoger lo que vamos descubriendo como un regalo de Dios que es posible y realizable con la experiencia de la fe.

EL DIOS DE JESUCRISTO

1ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

I. ¿TODAVIA DIOS, EN NUESTRO TIEMPO?

1. Los estudios sobre Dios “a tientas”.
 - 1.1. La divinidad hostil y peligrosa.
 - 1.2. La divinidad favorable y benévola.
2. Dios en nuestro tiempo.
 - 2.1. La contestación de los “maestros de la sospecha”.
 - a. La contestación de tipo sociológico.
 - b. La contestación de tipo psicológico.
 - c. La contestación de tipo “valorial”.
 - d. Algunas valoraciones de la Iglesia sobre la realidad del ateísmo.

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.

2. Leemos estos tres fragmentos de poemas que pueden expresar experiencias de fe en Dios que se viven a nuestro alrededor.

¿Que Dios vela por los pobres? Tal vez sí, y tal vez no.

Pero es seguro que almuerza en la mesa del patrón. (A. Yupanqui)

“A Ti te va la vida, la fiesta, el vino,
y las manos callosas de los que construyen mundo.

(...)

¡El mundo! El mundo es tu sitio.

Ahí es donde tenemos que buscar... (P. Loidi)

Padre nuestro que estás en la tierra, en un banco del Prado leyendo.

Eres ese viejo que da migas de pan a los pájaros del paseo. (G. Fuertes)

Estos fragmentos de poemas reflejan una fe en Dios:

- ¿Se da hoy en tu entorno?
- ¿Qué otras ideas de Dios reconoces en tu parroquia o grupo?

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

I. ¿TODAVÍA DIOS, EN NUESTRO TIEMPO?

1. Los estudios sobre Dios

Desde los tiempos antiguos las personas se han mostrado religiosas. Según los especialistas en este tema los pueblos han buscado ponerse en relación con las realidades superiores, misteriosas, a las que atribuían el origen de todo, de los fenómenos naturales y de los sucesos históricos.

San Pablo, en el anuncio del evangelio a los atenienses, les dijo que el Dios que ha creado a las personas ha querido ser buscado por ellas “a tientas” (Hch 17,27). Esta imagen ayuda a describir lo sucedido en la historia de la humanidad. Ésta nos muestra la sed de divinidad que siempre han tenido las personas y las dificultades que han encontrado para identificarla.

Según los estudios realizados la persona ha estado sometida a dos tendencias: esquivar a Dios y acercarse a Él. Esto es así por que la persona siempre ha percibido dos caras en la Realidad misteriosa que está por encima de ella. La ha visto como un **misterio temible**, y por tanto ha temblado ante ella buscando la forma de mantenerse a distancia; y también la ha visto como un **misterio digno de amor**, y en consecuencia ha buscado cómo acercarse a ella lo más posible.

Al mismo tiempo se ha sentido rechazada y atraída por la divinidad. Ésta, según los estudiosos, se presenta a la persona como **misterio tremendo y fascinante**. Esta doble experiencia ha originado expresiones religiosas muy diversas, que veremos brevemente a continuación.

1.1. La divinidad hostil y peligrosa

Con las formas religiosas del **tabú** han querido las personas –y todavía hoy– levantar un muro defensivo ante la divinidad.

Les parecía peligrosa su cercanía, amenazadora para su seguridad y su vida. Era demasiado grande el peso de su diferencia y les parecía que no podían aguantarla. Por eso buscaban la forma de aislarla mediante objetos, palabras y ritos que la mantuvieran distante, encerrada en su mundo.

De este modo, aquella divinidad que quedaba escondida, lejana y peligrosa, en el mundo del tabú, acababa por no tener un rostro determinado. A lo sumo, dejaba vislumbrar oscuramente los rasgos de un rostro terrible y amenazador. Era además un **misterio tremendo**.

La persona no siempre se ha dejado achicar por esta imagen terrible de la divinidad. Aun teniéndola por peligrosa, en más de una ocasión ha querido –y a menudo quiere– adueñarse de su poder y manipularla en su propio provecho. Así nació la **magia** como expresión religiosa.

La persona ha buscado, con gestos y palabras rituales, penetrar en el mundo de la divinidad para forzarla a actuar en su favor. La magia es, en realidad, un acto irreligioso. Sabe que el Misterio es inalcanzable; y, sin embargo, pretende apoderarse de él y convertirlo en manejable.

El tabú y la magia se mueven en razón del miedo. La magia, a diferencia del tabú, sabe hacerlo por su cuenta y riesgo. Con el fuego no se juega. Y su dios es fuego. Por esto cuida tanto los pasos que da y los gestos que realiza. Piensa que, cualquier paso o gesto mal realizado, puede provocar sus iras y sus venganzas más que posibilitar la manipulación del poder divino. Por eso resulta tan formulista en su ritualismo.

1.2. La divinidad favorable y benévola

Cuando las personas sienten la divinidad como favorable y benévola, ésta resulta atrayente, fascinante. La actitud y las expresiones religiosas características en este ámbito son las de **alabanza** y **gratuidad**. Gestos y palabras rituales quieren expresar reconocimiento por la cercanía benéfica de la divinidad que interviene para la felicidad de la persona: enviando una cosecha abundante, o suscitando una nueva vida, o produciendo la liberación de los enemigos o de otros modos diversos.

Israel supo algo de ello después de vivir el acontecimiento clave del éxodo, que experimentó como un triunfo de Dios en comparación con los poderes humanos y cósmicos (Ex 15).

Las religiones antiguas no tienen una única forma de expresión religiosa. Las diversas maneras señaladas de referirse a la divinidad están casi siempre mezcladas entre sí.

Predomina, sin embargo, en ella la **actitud del miedo**. La divinidad que preside está siempre concebida preferentemente como amenazadora y peligrosa, y las personas sienten que deben permanecer de algún modo a lo lejos para evitar sus iras.

De este modo, oscilando entre el temor y la atracción, las personas antiguas han buscado el rostro de Dios. Llegaron a vislumbrarlo “a tientas”. Ha predominado en ellas la sensación de la distancia, que les impidió fijar su mirada en aquel rostro y, cuando quisieron acortar tal distancia, cayeron a menudo en formas vulgares de la divinidad que les impidieron conocerla verdaderamente.

Se sintieron fascinadas por Él, y por otra parte quisieron contener su cercanía porque le temían. Pero todos (personas y pueblos), permanecieron religiosos, convencidos de la existencia de la divinidad.

2. Dios en nuestro tiempo

Hoy las cosas han cambiado profundamente. Las críticas planteadas por los “**maestros de la sospecha**” y los cambios mundiales en la humanidad, han cambiado rápidamente en muchos lo que era una certeza adquirida. Dios ya no es una realidad evidente para muchas personas. El asentimiento general e implícito de otros tiempos ha sido sustituido por la **crítica** o la **indiferencia**. Vamos a ver, brevemente, esas situaciones más sobresalientes en cuanto a esto en la realidad actual.

2.1. La crítica de los “maestros de la sospecha”

Se llaman “**maestros de la sospecha**” a los creadores de corrientes de pensamiento que han acusado a la religión desde diversos puntos de vista: Marx, Freud y Nietzsche. Cada uno de ellos ha negado a su modo la existencia de Dios, oponiéndose contra una imagen concreta del Dios cristiano propuesta por los creyentes. Su crítica ha tenido amplias y variadas consecuencias en el mundo. Muchas personas, por diversas causas (familiares, sociales, educativas, laborales, religiosas...), sufren una crisis en sus convicciones de creyentes en Dios.

a. La crítica de tipo sociológico

El pensamiento de Marx tiene sus raíces en las ideas de Hegel y, sobre todo, en el odio de éste a toda forma de trascendencia. Hegel era hijo del modernismo, que promovía la emancipación de la persona, su **ponerse en pie**, su paso del estado infantil a la edad adulta.

Para Hegel, por tanto, aceptar la trascendencia, es decir la existencia de algo fuera de la persona que constituye el fundamento de su ser y su obrar, significaba vaciar a la persona de su propia consistencia. Establecer el ser y el obrar de la persona en otra parte, y no en sí misma, era una manera de alienarla, de hacerla esclava y no dueña de sí misma. En una palabra, infantil.

Este odio a la trascendencia era la otra cara de su **pasión por la inmanencia**. Con otras palabras, esto significa que él quería restituir a la persona a sí misma, poner el fundamento de su ser y de su obrar en su propio interior. Terminó afirmando que lo que llamamos **Dios** –el Trascendente– es la **historia** que se desarrolla orgánicamente y crece.

Otro precursor del marxismo es Feuerbach y su crítica a la religión. Marx sostenía, en sus primeros momentos, que toda persona debía atravesar aquel “ **río de fuego**” (Feuerbach) para llegar a la verdad. Feuerbach renovó la crítica de la religión sobre la misma línea de Hegel, es decir la de la pasión por la inmanencia. El quería completar el intento de Hegel, y **hacer triunfar la vuelta de la persona sobre sí misma**, liberándola de toda forma de alineación (manipulación).

Bajo el influjo de estos antecedentes nació el pensamiento de Marx, que tanto influjo ha tenido. Era, fundamentalmente, un humanismo, o sea la propuesta de un modelo de persona verdaderamente humana; pero, para esto, colocó también sobre el tapete la cuestión de Dios. Los aspectos claves de la crítica marxista de la religión son las dos reducciones a las que somete a ésta.

• La **reducción antropológica**. Consiste en afirmar que lo que la religión atribuye a Dios, es sólo una realidad humana: es la persona quien, en su deseo de felicidad, ha creado un Dios a imagen y semejanza de sus aspiraciones, y en consecuencia lo ha creado omnipotente, omnisciente, ilimitado... La persona proyecta en Dios lo que querría ser y no alcanza a ser. De este modo se **aliena**: Dios es el paño de lágrimas de su falta de madurez humana. Consecuencia de esta reducción es, entre otras cosas, una toma de postura definitiva: **como es preciso restituir a la persona a sí misma, es necesario abolir la religión, fuente de alineación** (manipulación).

• La **reducción sociológica**. Consiste en afirmar que la religión es el producto de una situación social concreta, la del injusto sistema capitalista de producción, y que, en consecuencia, es una **superestructura** de origen económico. Esta sirve, por una parte, para autorizar y sacralizar la estructura económico-social existente y, por otra, para mitigar sus consecuencias negativas en los que las sufren. Es, en definitiva, un factor de alienación de la persona y de la sociedad.

Esta alineación impide la humanización de la persona: la persona religiosa no se comprometerá jamás en la lucha contra lo que no la permite ser realmente humana. Marx llegó a esta segunda reducción desde la percepción de los conflictos de su tiempo.

1º: el creado por la relación entre religión y política, o sea, el uso que en sus tiempos se hacía de la religión para apoyar los derechos divinos y absolutos del rey. Esto le llevó a entender la religión como una superestructura creada por y dentro de un determinado grupo social para sostener los propios privilegios.

2º: el creado por la relación entre religión y justicia social; o sea, por el hecho de que los patronos se sirvieran de la religión contra los obreros, justificando por medio de ella sus injusticias; y que éstos encontrasen en ella un consuelo alienante en los enfrentamientos de sus situaciones de pobreza injusta.

Esto le llevó a comprender la religión como **ideología**, o sea como sistema de ideas construido para apoyo de la realidad y en defensa de los privilegios de un grupo. Pronto encuentra Marx en Dios un **adversario para la realización**, sobre todo histórica y colectiva, **de la persona**. Hay que eliminar a un Dios así, si se quiere restituir a la persona a sí misma.

Esta postura adquirió realidad histórica: se prohibió oficialmente la religión en los estados que adoptaron la ideología marxista; y se convirtió en causa de represión por parte de los que tenían el poder frente a los que se profesaban religiosos. Con la caída del socialismo histórico, comenzó a ser revisada esta postura. En diversos países donde antes se había prohibido la religión, hoy se le reconoce un papel sociocultural valioso.

b. La crítica de tipo psicológico

Para Freud Dios es un enemigo de la persona y su realización humana. Al igual que Marx, Freud quiere ayudar a la persona, como individuo y como humanidad, a llegar a ser verdaderamente persona, para liberarse de las alienaciones que, desde la infancia, no la permiten ser tal. Para él la religión verdadera consiste en el culto del Padre omnipotente, legislador y providencia protectora.

El origen psicológico de este culto se encuentra, según él, en un complejo de factores pulsionales, en cuya base está el **deseo para satisfacer el narcisismo primitivo (=libido)**, aquel que la persona vive en el seno materno.

La **libido** se encarna en esa realidad psicológica fundamental que es el **complejo de Edipo**, es decir la rebelión contra el padre visto como el principal obstáculo para la realización del deseo narcisista, rebelión que a su vez engendra el deseo de matar al padre. Este deseo crea después en la persona el **complejo de culpa** y la necesidad de expiación.

Por contraste, surge en él otro sentimiento complementario, el de la admiración y de la nostalgia del padre, que desemboca en la **sublimación** y en la divinización del mismo padre.

Freud aplica este esquema al ámbito social. Según él, en la psique colectiva sucede algo distinto a lo que sucede en la individual. Y esto da origen a la religión como hecho social.

He aquí el proceso a través del cual tuvo ella origen: el complejo colectivo de Edipo condujo a la humanidad primitiva al asesinato del padre; asesinato que, a través del sentido de culpa, desemboca en el reconocimiento del Padre omnipotente, Dios.

Los hebreos, a su vez, repitieron este proceso dando muerte a su padre Moisés, después a los profetas y finalmente a Jesús. De este modo se llegó, con el cristianismo, a la más pura espiritualidad y divinización de la figura paterna.

La idea freudiana de la **religión** es la de una **neurosis obsesiva social**. Es una ilusión, pero constituye un paso necesario en la evolución de la humanidad. Para llegar al fin del proceso de maduración la humanidad debe aceptar su culpabilidad, renunciar a la aparente satisfacción que le puede dar la religión y entrar en el reino de la ética de la razón y de la honestidad.

De este modo Dios es, para Freud, algo que hay que hacer desaparecer porque, mientras él exista la persona no puede crecer. Este Dios-Padre le impide asumir su propia responsabilidad y le mantiene, por consiguiente, en estado de infantilismo.

c. La crítica de tipo “valorial”

Nietzsche, es más radical que los anteriores en su crítica a la religión. Su influjo no se puede ignorar, porque hay cierto **nihilismo** (negación) de los valores que está hoy muy presente, al considerar que valores como amor, generosidad, solidaridad... carecen de todo sentido.

Para Nietzsche el Dios cristiano se revela como mentira Suprema, como la **“máscara de la nada”**. Una nada que arrastra fatalmente consigo la nada de todos los valores tradicionales.

Este Dios es el **absurdo enemigo de la vida de la persona**, y ello porque sobre Él se han fundamentado esos falsos valores que impidieron durante siglos la liberación de la **voluntad de poder** de la persona: la mansedumbre, la paciencia, la resignación...

Nietzsche entiende que este Dios deba morir para dar lugar a la venida **del “super-hombre”**, del hombre verdadero, aplastado por los valores impuestos por la religión y la moral occidental. Sólo si muere este Dios, podrá resucitar la persona.

Nietzsche explica el fenómeno de la **fe** en Dios como expresión del **resentimiento de los fracasados en la vida**. El despojo de la inquietante libertad de un superhombre condujo a Nietzsche a la famosa frase de que Dios había muerto. Para él, Dios tenía que estar muerto para que el hombre pudiera vivir.

d. Algunas valoraciones de la Iglesia sobre la realidad del ateísmo

La palabra “ateísmo”, según el Concilio Vaticano II, designa realidades muy diversas. Las personas que apartan de su corazón a Dios y evitan las cuestiones religiosas, desoyen el sentir de su conciencia y, por tanto, no carecen de culpa. Sin embargo, también los **creyentes** tienen en esto su parte de **responsabilidad**. Porque el ateísmo es un fenómeno derivado de varias causas, entre las que se debe contar también la reacción crítica contra las religiones, y, ciertamente en algunas zonas del mundo, sobre todo contra la religión cristiana. Por lo cual, en este origen del ateísmo pueden tener responsabilidad los creyentes, en cuanto que, con el **descuido** de la **educación religiosa**, o con la **exposición inadecuada de la doctrina**, o incluso con los **defectos de su vida religiosa, moral y social**, han **ocultado** más bien que revelado el genuino **rostro de Dios** y de la **religión**. (Cf. GS 19).

El remedio del ateísmo, según el Concilio Vaticano II, hay que buscarlo en la **exposición adecuada de la doctrina y en la integridad de vida de la Iglesia y de sus miembros**. A la Iglesia toca **hacer presentes** y como **visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado** con la continua **renovación** y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo. Esto se logra principalmente con el testimonio de una **fe viva y adulta**, educada para poder percibir con lucidez las dificultades y poderlas vencer. Numerosos mártires dieron y dan preclaro testimonio de esta fe, la cual debe manifestar su fecundidad imbuyendo toda la vida, incluso la profana, de los creyentes, e impulsándolos a la justicia y al amor, sobre todo respecto del necesitado. Mucho contribuye, finalmente, a esta afirmación de la presencia de Dios el **amor fraterno** de los fieles, que con espíritu unánime colaboran en la fe del Evangelio y se alzan como signo de unidad. (Cf. GS 21)

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del material

- a. Señala las cuestiones que no quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo

- 1.^a parte: Puesta en común.
- 2.^a parte: Síntesis del profesor.

3. CONTRASTE PASTORAL

- a. ¿En qué cuestiona o ratifica la acción pastoral que realizo?
- b. ¿Qué llamadas percibo y qué pasos tendría que dar a nivel parroquial, arciprestal...?
- c. El anuncio de Dios ¿cómo hacerlo buena noticia hoy?
- d. ¿Cómo puedes afirmar tú y tu parroquia o grupo la dignidad de la persona?

4. ORACIÓN

Oración del Padre Nuestro al Hijo mío

Hijo mío
que estás en el mundo.
Tú eres mi gloria
y en ti está mi Reino.
Eres mi voluntad y mi querer.
Te sostengo y mantengo cada día.
Te perdono siempre
para que sepas perdonar a los demás.
No temas:
yo te libraré de todo mal
y de tus dudas y tentaciones. Amén

EL DIOS DE JESUCRISTO

2ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

I. ¿TODAVIA DIOS, EN NUESTRO TIEMPO?

2. Dios en nuestro tiempo.
 - 2.2. El impacto del proceso científico-técnico.
 - a. Concepto de secularización.
 - b. Las consecuencias de la secularización.
 - 2.3. Problemática que surge en el ámbito del lenguaje
 - 2.4. La crítica feminista.
 - 2.5. Las preguntas de la pobreza.
3. Jesús de Nazaret y Dios.

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.
2. • Un señor decía: “Dios manda la muerte”. El sacerdote, en una oración de funeral, dice: “Oh Dios, te pedimos por N. a quien has llamado de este mundo a tu presencia...”
 - Ante cualquier desgracia se dice; “¿Qué vamos a hacer, si Dios lo ha querido? Llevarlo con paciencia.”
 - Antes se hacían rogativas en tiempo de sequía; hoy se hacen pantanos.
 - Antes se acudía a Dios para curar una enfermedad; hoy se acude al médico y se toman los medicamentos.
 - Antes a la salida del pueblo había una cruz; hoy hacen fuentes, jardines, semáforos...
 - Antes en cada puerta, o en cada cabecera de cama se ponía un crucifijo o un cuadro religioso; hoy en las habitaciones se ponen paisajes, fotos, posters de artistas, cantantes...
 - Antes se era rey o jefe de estado por la gracia de Dios; hoy se es por elección democrática.

Dialogamos:

- ¿es verdad lo que dicen la gente y los signos?
- ¿es bueno o malo lo que hacemos?

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

I. ¿TODAVÍA DIOS, EN NUESTRO TIEMPO?

2. Dios en nuestro tiempo

2.2. El impacto del proceso científico-técnico

La secularización es un fenómeno que tiene mayores repercusiones que los “**maestros de la sospecha**” sobre la manera de cómo las personas de hoy se refieren al problema de Dios.

a. Concepto de secularización

La secularización consiste en la progresiva toma de conciencia, por parte de la humanidad, de su autonomía y responsabilidad respecto a la construcción del mundo y de la historia. Ella es la consecuencia del proceso científico-técnico actual que, a la vez que permite a la persona adueñarse progresivamente de la naturaleza, abre el camino a esta nueva conciencia.

Para entender este concepto conviene recordar cuál ha sido la situación en que se ha encontrado la humanidad anteriormente. La persona es el ser del mundo que nace más indefensa y desprovista de entre los vivientes que lo pueblan. Y esto mismo se aplica también a la humanidad.

La persona nació pequeña e indefensa en el seno de una naturaleza poderosa y, más de una vez, hostil. Progresivamente logró dar algunos pasos afirmando su presencia en medio de ella, y buscó la manera de sobreponerse a su dominio. Cuanto más **primitiva** era, y cuanto más indefensa se sentía, tanto más entendía la naturaleza que la rodeaba y la envolvía como una inmensa máquina de la que ella mismo venía a ser como un pequeño engranaje.

Y como no poseía el secreto del funcionamiento de sus determinismos, se sometía a ella y a sus **decisiones**. Por no conocer los determinismos, que actuaban sobre ella misma y sobre sus relaciones con los otros seres, tampoco podía manipularlos.

Este mundo en el que se encontraba inmersa era ya un mundo hecho, que sólo debía respetar, convertirlo en objeto de admiración y hasta disfrutarlo, aunque fuera con precaución. Cualquier paso en falso podía acarrearle hasta terribles desgracias. Esto creaba en ella una situación de resignación que la reducía en gran parte a la pasividad. A duras penas lograba defenderse de la agresividad de la naturaleza.

Y aún más. A menudo, al tropezarse con fenómenos que superaban lo que ella estaba acostumbrada a experimentar o que escapaban a su experiencia, ya que no conocía las causas que los producían, los entendía como manifestaciones de fuerzas superiores, divinas, que, de vez en vez, tomaban un carácter adverso o benévolo, y así los **sacralizaba**.

Una persona con semejante experiencia de la realidad acababa fácilmente por concebirla como algo fatal. El mundo-naturaleza le recibía en su regazo, le alimentaba y en parte le defendía, pero también le dominaba y a veces le mataba.

Muy diversa, desde este punto de vista, es la experiencia que están viviendo hoy muchas personas. Con el nacimiento de la ciencia moderna se originó en la humanidad un nuevo modo de relacionarse con la naturaleza y, en consecuencia, con la realidad.

En la medida con que, gracias a esta ciencia, se va la persona adueñando de las cosas y llega al **conocimiento racional** de las causas de los fenómenos que suceden dentro y fuera de ella misma, se realiza progresivamente una **desmitificación** de la naturaleza, en el sentido de que ya no la considera como un algo inmutable, intocable y fatal.

La consecuencia de todo esto es que ella ya no se siente pequeña. Por el contrario, sus dimensiones crecen enormemente en su conciencia. Crece en ella la convicción de que puede defenderse contra la agresividad de la naturaleza y puede adueñarse, poco a poco, de todas las fuerzas que están presentes y operantes en ella.

Nace así la **técnica**, como aplicación práctica de los descubrimientos científicos y, con ella, la posibilidad de manipular gradualmente los fenómenos anteriormente inasibles e incontrollables. Se origina, por ello, a menudo, un fuerte crecimiento de la conciencia de libertad frente a la naturaleza, y de una correspondiente responsabilidad.

Las personas inmersas en el proceso científico-técnico tienen la sensación de que su destino personal y comunitario está cada vez más en sus manos, a pesar de que sepan que muchas cosas escapan a su dominio. Por esto se manifiestan siempre menos resignadas y pasivas, y cada vez más rebeldes frente a lo negativo que viene de los fenómenos, y más creativas en relación con ellos.

La concepción del mundo típica de la persona precientífica y pretécnica se fundaba en un conocimiento mítico o empírico de los fenómenos naturales y sociales. Estos tipos de conocimiento no le ofrecían la posibilidad de adueñarse de ellos, es decir de ejercer su dominio sobre los mismos.

Pero cuando la persona descubrió las leyes internas que rigen los fenómenos y, por medio de su razón, percibió la relación causa-efecto presente en ellos, se produjo una **revolución**: se le abrió el camino para la manipulación racional de los mismos fenómenos. No sólo llegó a explicarlos sin acudir a fuerzas superiores, sino que hasta pudo provocarlos, impedirlos, acelerarlos y potenciarlos a su arbitrio. El secreto de las cosas comenzó a retroceder frente al progreso de la razón científica y, con él, también la esclavitud que tenía a la persona sometida a las fuerzas de la naturaleza.

Creció en consecuencia la convicción de que también lo que todavía no es conocido y dominado, lo será en un día no lejano. Es lo que hoy está sucediendo de forma más intensa y acelerada. Con todas las consecuencias que se puede imaginar, tanto positivas como negativas.

Desde luego resulta fácil comprobar que el proceso científico-técnico incide profundamente en la religiosidad. El cambio de relación entre la persona y la naturaleza repercute en la relación entre la persona y la divinidad. La toma de conciencia de la propia autonomía y de la naturaleza, y la desdivinización y desmitificación de esta última y de sus fenómenos, son correlativas.

En otras palabras, en la medida en que la persona percibe que los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad tienen "**leyes y valores propios**" o "**consistencia, verdad y bondad propias, leyes y orden propios**" (GS 36), en esa misma medida tiende a no considerar esta naturaleza y estos fenómenos como inmediata y directamente dependientes de fuerzas superiores (cf. GS 33). Esta es la raíz de la **desacralización** del mundo.

Se entiende, en efecto, por "**sagrado**" lo que se tiene como manifestación **inmediata** de la divinidad en el mundo de las personas.

Para la persona primitiva, en cierto sentido, toda la naturaleza era sagrada, desde el momento en que no sucede nada en ella sin la intervención directa de la divinidad; para la persona científica-técnica, en cambio, la naturaleza tiene consistencia propia, goza de autonomía propia y todos sus fenómenos tienen su explicación en sí mismos –al menos la inmediata–, en las leyes intrínsecas que lo rigen. Puede decirse, en pocas palabras, que la desacralización es la consecuencia lógica del proceso de secularización en el ámbito de lo religioso.

Tal proceso, en efecto, no sucede en una humanidad religiosamente neutra sino, al contrario, en una humanidad que ha vivido durante milenios en una perspectiva religioso-sagrada de la realidad. Y si al presente se puede hablar de toma de conciencia de la autonomía del mundo, es porque antes no existía esa conciencia, o al menos no con la intensidad que caracteriza el fenómeno actual, tanto cuantitativa como cualitativamente.

b. Las consecuencias de la secularización

La **secularización**, tal y como se ha descrito, ha tenido **dos salidas**: la del **secularismo ateo** y la de la **búsqueda de una imagen nueva de Dios**.

En esta última, la negación de una relación inmediata y directa de los fenómenos naturales y humanos con la divinidad no ha llevado a la negación de la misma divinidad, sino a la purificación de su imagen: Dios no queda ya identificado con la naturaleza, como sucedía en las antiguas religiones, sino que es considerado como el Autor último de la misma autonomía.

Por eso, la inversión de la relación persona-naturaleza no ha llevado a la disipación de Dios en la conciencia de la persona, sino sólo a la desaparición en ella de un **dios-fatalidad**, de un **dios-tapa-agujeros**. Y a resaltar la trascendencia de Dios, pero sin negar su inmanencia.

En la secularización atea en cambio, se niega toda relación o dependencia de la naturaleza y de la sociedad respecto de Dios, porque se niega la misma existencia de Dios.

Y por eso, tanto en su vertiente creyente, como atea, el proceso de secularización ha llevado la imagen de Dios a la crisis, en muchas personas y pueblos de hoy. El punto clave puesto en crisis es la **identificación**, total o parcial, de **Dios con la naturaleza** y los fenómenos naturales.

Quien ha recibido más duramente el golpe ha sido la religiosidad natural o cósmica, es decir la de los pueblos que llegan a la afirmación de Dios partiendo de la experiencia precientífica o pretécnica de la naturaleza y de sus fenómenos. Los que todavía profesan hoy este tipo de religiosidad, particularmente en los pueblos menos desarrollados técnicamente, se encuentran frente al progreso acelerado de la ciencia y de la técnica, y en más de una ocasión acaban por apostatar.

También ha experimentado el impacto de la secularización la **religiosidad popular cristiana**, que tiene una buena dosis de religiosidad cósmica junto con elementos de auténtica fe cristiana. Se trata de esa fe sencilla, que se vive a través de manifestaciones tradicionales y populares. Al contacto con los resultados de la ciencia y la técnica se encuentra hoy con dificultad, al no saber cómo conjugar tales resultados con la visión de las cosas heredadas del pasado.

2.3. Problemática que surge en el ámbito del lenguaje

En el ámbito de las reflexiones sobre el lenguaje surgen importantes críticas a la fe en Dios.

Como ya hemos visto, en el pasado hubo críticas a esta fe. Antiguamente se presentó la objeción contra la existencia de Dios partiendo de la experiencia del mal, y sobre todo del sufrimiento injusto. “O Dios es omnipotente y puede evitar el mal, pero no quiere, y entonces es malo; o quiere, pero no puede, y entonces no es omnipotente, es decir no es Dios” (Epicuro).

Al amparo de esta objeción nació la ciencia que se ha llamado **teodicea**, dedicada a defender con argumentos racionalmente convincentes la existencia de Dios. Había que poner en claro que Dios no era una **“creencia absurda”**, y defenderlo de las acusaciones lanzadas contra su bondad y su omnipotencia, sobre todo en presencia del dolor injusto.

Algunos científicos afirman que Dios es una **“creencia inútil”**: la explicación de cuanto sucede en el mundo se puede encontrar en los factores que están en su interior y que la ciencia ya está en camino de descubrir cada vez más por completo. No se necesita, por consiguiente, un **misterioso factor X**, ajeno al mundo, trascendente al mismo, para dar razón de cuanto sucede en el mismo mundo. Dios está simplemente **“de más”**.

Todavía más radical se presentó la crítica de los que decían que Dios no sólo era una creencia inútil, sino hasta una **“creencia dañina o peligrosa”**.

Los diversos ateísmos que acabamos de describir, consecuencias de la crítica de los “maestros de la sospecha”, quieren, en último término, ser formas de humanismo; es decir, intentos de defensa de la posibilidad de ser verdaderamente personas. Para todos ellos la existencia de Dios constituye un **auténtico problema**.

En cambio, el **ateísmo semántico**, nacido en el ámbito de la reflexión sobre el lenguaje, afirma que Dios es un **falso problema**. Dios es, por tanto, para él una “creencia sin sentido”.

Según esta forma de ateísmo, preguntarse si Dios existe no tiene más que la apariencia gramatical de un problema genuino, pero la realidad es que la lógica y la semántica muestran cómo estamos ante un engaño lingüístico. El problema de Dios no es un problema, sino algo **falso de sentido**, un contrasentido. Este ateísmo es una consecuencia de la filosofía del **“Círculo de Viena”**.

El principio de verificación permite distinguir entre proposiciones con sentido y sin sentido. Tienen sentido las proposiciones comprobables empíricamente o de hecho, es decir las que pertenecen

al orden de las ciencias empíricas. Las metafísicas, éticas y religiosas son, en cambio, un conjunto de proposiciones con sentido sólo en apariencia, pero sin sentido en la realidad.

Como se ve, ante tales afirmaciones no puede ni siquiera plantearse el problema de Dios: queda excluido desde el principio. Ocuparse de él es perder el tiempo en cuestiones sin sentido.

2.4. La crítica feminista

Una crítica relacionada de algún modo con la anterior es la que procede del ámbito del feminismo. Relacionada en el sentido de que se mueve en el interior del problema del lenguaje, no en el sentido de que niegue necesariamente la existencia de Dios.

El feminismo nació como toma de conciencia del ancestral patriarcalismo y machismo de la cultura humana, que ha conllevado el apropiamiento de la subjetividad y del protagonismo por parte de los varones frente a las mujeres. Este movimiento quiere contribuir a la liberación de la mujer de todas estas formas de marginación y de desconocimiento de su dignidad presente en el mundo.

El influjo del patriarcalismo, en este tema, se ha manifestado en el uso de los símbolos masculinos para hablar de la divinidad en las religiones: Dios es padre, pastor, señor... El feminismo pone en crisis ese modo de hablar de lo divino. Opina que es fruto de la cultura machista que combate y que quiere hacer desaparecer.

“Si Dios es masculino, entonces el varón es Dios”, es la frase que podría condensar esta contestación. El uso del simbolismo machista para hablar del misterio de Dios, que está más allá de toda connotación sexual, ha servido para sacralizar el dominio de los varones sobre las mujeres, y para quitar a éstas su dignidad y subjetividad. Las ha reducido a objetos.

2.5. Las preguntas de la pobreza

Dentro de los campos señalados y relacionada con ellos, existe hoy una situación que exige tratar el problema de Dios de otro modo. Es el de la pobreza. Hoy se considera la pobreza como un **fenómeno de masas**. Afecta a la inmensa mayoría de la humanidad. Es un **“problema planetario”**.

Por otra parte, esta pobreza masiva cada vez se ve menos como una realidad **natural, inocente**, y cada vez más como algo **causado, provocado** por determinados modos de realizar las relaciones entre los grupos humanos en base a su relación con los bienes materiales, naturales o producidos por el trabajo humano. Es una pobreza causada por otros.

En este sentido semejante pobreza afecta a todas las personas: a muchas en forma pasiva, por cuanto la sufren; a otras, relativamente pocas, en forma activa, por cuanto la hacen sufrir.

Hay un dato que resulta clave: la **pobreza masiva** en vez de disminuir **tiende hoy a crecer** en el mundo. El proceso científico-técnico, monopolizado por los que infligen y no sufren esta pobreza, en lugar de contribuir a superar la privación de bienes indispensables que aflige a grandes masas de la humanidad, se convierte en un factor decisivo de tal privación.

A la pobreza económica le siguen la marginación social, política y cultural, que terminan por hacer de estos pobres unos seres despojados de su más fundamental dignidad humana.

En el pasado el problema del dolor y del sufrimiento –particularmente el sufrimiento injusto– ha sido un ámbito privilegiado respecto a la cuestión de Dios, la situación actual de pobreza viene a constituir un lugar de singular relieve para tal cuestión.

En efecto, para algunos esta situación de injusticia, que mortifica la dignidad humana de millones de personas, se convierte en una ocasión de abandono de la creencia en un Dios que, según ellos, podría intervenir para eliminarla y no lo hace.

Para otros, en cambio, constituye un estímulo para reflexionar en la imagen de Dios en relación con el dolor humano, y en relación con el sufrimiento injusto de los más pobres y débiles, es decir de aquellos que sufren más agudamente las consecuencias del conflicto estructural actual.

Sin duda, la manera de proponerse la cuestión de Dios **no puede ser igual** en el mundo rico y

desarrollado, el mundo acomodado y opulento de la sociedad occidental, y en el mundo pobre que sufre injustamente las consecuencias de este bienestar.

3. Jesús de Nazaret y Dios

Dios constituye, por todo ello, un problema complejo en el mundo actual. Diversas dudas y críticas han sustituido a la pacífica certeza de otros tiempos. Dios está **en el banco de los acusados**.

Pero, en medio de estas dudas y críticas, los cristianos seguimos afirmando que conocemos el verdadero rostro de Dios. Afirmamos su existencia y decimos saber quién es y cómo es.

Ha habido un tiempo en el que ha habido un poco de vanagloria, al respecto, por parte cristiana. Se tenía la impresión –quizá también porque se tenía esa convicción– de llevar a Dios en el bolsillo. Parecía que se podía manipular a Dios a base de algunas fórmulas elaboradas por expertos, y después incluidas en los catecismos y en la predicación. Una especie de magia, en el fondo.

Las objeciones que nos llegan desde tantas partes del mundo actual exigen ser mucho más modestos. Alguno hasta ha creído que se debía guardar silencio total sobre Dios, al menos por cierto tiempo, como remedio al hablar desenfrenado de otros tiempos.

De todas formas, aún con esa dosis de modestia que estamos de nuevo aprendiendo a tener, cuando se trata de hablar de Dios, nos atrevemos a decir que lo conocemos y que sabemos quién es.

¿Cuál es el fundamento de esta actitud? Es nuestra fe, la cual nos lleva a afirmar que, aún estando convencidos de que **“nadie ha visto a Dios”**, creemos que Jesús, el Cristo y Salvador, **“el Unigénito que está en el seno del Padre, nos lo ha hecho conocer”** (Jn 1,18).

Esto significa que, para nosotros, Él es la Palabra definitiva de Dios sobre Sí mismo; aquél en el cual y mediante el cual Dios mismo ha querido desvelar su rostro a los hombres; que Dios ha querido venir en Él al encuentro de las personas que buscaban **“a tientas”**, consciente o inconscientemente, para ver si lo encontraban.

Significa también, por tanto, que los rasgos fundamentales del rostro de Dios no los tomamos nosotros de la experiencia de la naturaleza, como sucede en las religiones naturales o cósmicas, ni tampoco mediante la mera especulación racional o filosófica, como sucedía entre los antiguos griegos o más recientemente entre los filósofos iluministas.

Estos caminos pueden ofrecer elementos válidos sobre el rostro de Dios; pero quien confiesa a Jesús como el revelador de Dios por excelencia, dice también, al mismo tiempo, que Él, y sólo Él es en última instancia, el que manifiesta el verdadero rostro de Dios. Este es el sentido de la expresión, quizá algo extraña a los oídos de alguno, **“el Dios de Jesucristo”**.

En este **“de”** está encerrada la originalidad de cuanto afirma la fe cristiana sobre Dios. Eso quiere decir que, si queremos saber cuál es la imagen de Dios que propone la fe cristiana en medio de todas las críticas y problemáticas actuales, es necesario reconstruir la imagen de Dios que se ha manifestado en la persona y en la vida de Jesús de Nazaret, el Cristo y Salvador.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del material

- a. Señala las cuestiones que no quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo

- 1.^a parte: Puesta en común.
- 2.^a parte: Síntesis del profesor.

3. CONTRASTE PASTORAL

- a. ¿En qué cuestiona o ratifica la acción pastoral que realizo?
- b. ¿Qué llamadas percibo y qué pasos tendría que dar a nivel parroquial, arciprestal...?
- c. ¿Dios sigue siendo necesario?
- d. ¿Cómo hacer visible hoy a Dios en la secularidad del mundo?

4. ORACIÓN

La noche no interrumpe
tu historia con el hombre.
La noche es tiempo de salvación.

De noche descendía tu escala misteriosa
hasta la misma piedra donde Jacob dormía.

De noche celebrabas la Pascua con tu pueblo
mientras en las tinieblas volaba el exterminio.

Abrahán contaba tribus
de estrellas cada noche.
De noche prolongabas la voz de la promesa.

De noche, por tres veces,
oyó Samuel su nombre;
de noche eran los sueños
tu lengua más profunda.

De noche, en un pesebre, nacía tu Palabra;
de noche lo anunciaron el ángel y la estrella.

La noche fue testigo de Cristo en el sepulcro.
De noche canta el fuego
la gloria de la Pascua.

De noche esperaremos tu vuelta, vigilantes,
y alba será el Reino la fiesta del Señor.

La noche no interrumpe
tu historia con el hombre.
La noche es tiempo de salvación.

EL DIOS DE JESUCRISTO

3ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

II. EL DIOS DE LA FE CRISTIANA

1. La palabra definitiva sobre el rostro de Dios.
2. El Dios vivido y proclamado por Jesús de Nazaret.
 - 2.1. Dificultades iniciales.
 - 2.2. Principales datos evangélicos.
 - 2.3. El reino de Dios según Jesús de Nazaret.
 - a. La praxis del reino en el ámbito individual.
 - b. La praxis del reino en el ámbito social.
 - c. Su manera de concebir el reino de Dios.

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.
2. • En la creencia de la gente está el que Dios envía los bienes y los males. El mismo Job dice: “Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él, el Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor. Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?” (1,21;2,10).
 - ¿Qué clase de reino es el de Dios?
 - Siempre hemos dicho que Dios vino a salvar las almas ¿cómo decimos en el prefacio de la misa: “Reino de verdad y de vida; Reino de santidad y de gracia; Reino de justicia, de amor y de paz”?
 - El reino de Dios ¿quién lo construye, Dios o nosotros?
 - El reino de Dios es para el cielo o para la tierra?

Dialogamos

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

II. EL DIOS DE LA FE CRISTIANA

1. La palabra definitiva sobre el rostro de Dios

Jesús es, según la fe cristiana, el que ha descubierto definitivamente a la humanidad el rostro de Dios. Lo que las personas buscaron “*a tientas*” durante siglos, intentando percibir sus rasgos, lo que muchas personas de hoy no buscan o rechazan, se dio a conocer en él.

Por tanto, si queremos anunciar a este Dios al mundo de hoy, tenemos que referirnos a la imagen de Dios que Jesús vivió y proclamó, y que toda su existencia reveló. Hemos añadido la referencia a la existencia entera de Jesús porque, en realidad, el proceso del descubrimiento del rostro de Dios no tuvo su pleno cumplimiento con todo lo que él mismo vivió y proclamó durante su actividad, sino sólo con la Pascua.

Así lo ha reafirmado el Vaticano II: Jesucristo “*con el hecho mismo de su presencia y con la manifestación de sí mismo, con las palabras y con las obras, con los signos y los milagros, y especialmente con su muerte y su resurrección de entre los muertos, y finalmente con el envío del Espíritu Santo, cumple y completa la revelación*” (DV 4).

Por eso intentaremos explorar ambas cosas (el Dios de Jesús y el Dios de la Pascua) en razón del objetivo que nos proponemos.

2. El Dios vivido y proclamado por Jesús de Nazaret

A primera vista parecería muy fácil llegar a identificar cuál fue la imagen de Dios vivida y proclamada por Jesús. Los textos evangélicos que ofrecen datos sobre esto son muy numerosos. No traen, en efecto, muchos discursos de Jesús, que tienen a Dios como sujeto directa o indirectamente. Aportan, además, muchos hechos en los que su concepto de Dios está en juego. Basta abrir cualquier página de los evangelios para comprobarlo.

2.1. Dificultades iniciales

Surgen, sin embargo, las dificultades cuando se considera el carácter peculiar de los escritos del Nuevo Testamento. Concretamente, el modo y manera con que nacieron y fueron escritos.

Ellos son **fruto de la fe** de quienes habían vivido junto a Jesús durante su vida, los cuales, una vez pasada la Pascua, transmitieron, iluminada ya ella, la experiencia que habían vivido. Lo hicieron primero oralmente, y después, poco a poco, mediante diversos escritos.

Se puede, por tanto, preguntar hasta qué punto puede tenerse como realmente suyo lo que se presenta en tales escritos como discurso o actuación de Jesús, o, más bien, como una proyección subsiguiente a la fe de la comunidad postpascual.

Los expertos son muy severos para decidir sobre cuáles serían “*las mismísimas palabras de Jesús*”. Ellos presentan muchas dudas sobre la autenticidad **histórica** de muchos dichos de Jesús presentados en los evangelios. Y eso sin poner en duda su valor inspirado, que permanece intacto.

Considerando estas dificultades y discusiones, que tienen fundamento, hoy se está de acuerdo en afirmar que en los escritos del Nuevo Testamento y sobre todo en los evangelios, es posible encontrar algunos datos mediante los cuales llegar a identificar los rasgos fundamentales de la imagen de Dios que Jesús vivía y anunciaba. Son los que a continuación expondremos.

2.2. Principales datos evangélicos

Primer dato: Jesús aparece, en los evangelios, como una persona unificada en torno a un núcleo central.

No se le ve a Jesús disperso o distraído en mil cosas, sino centrado en torno a **“una sola cosa necesaria”** (Lc 10,42). Es como si dentro de él hubiese un imán que atrajese todo hacia él. O un eje en torno al cual girase todo: energías físicas, intelectuales, volitivas, espirituales.

Es él mismo quien da una hermosa imagen de su condición interna en la parábola del hombre que encuentra un tesoro escondido en un campo, y con la alegría del descubrimiento, **“va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo”** (Mt 13,44).

Otro modo de decir lo mismo es el de señalar que en medio de toda su acción intensa demuestra tener siempre una profunda intención unificante. **Es una persona apasionada por una “causa” que polariza todas sus energías, todo su ser.**

Segundo dato: el centro unificante de la existencia y acción de Jesús, la causa a la que dedica toda su vida, se encuentra en lo que llama él “el reino de Dios”.

Esto es lo que expresa Marcos al presentar el inicio de la acción de Jesús: “Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,14-15).

Dentro de este centro unificante y de esta intención de fondo es donde él vive y propone la imagen de Dios. Para él, Dios es **el Dios del reino**.

La categoría **“reino de Dios”** no es por otra parte nueva para la gente que le escucha, no la ha inventado Jesús: tuvo una larga historia en la experiencia de fe de su pueblo. Desde el Antiguo Testamento el pueblo de Israel había dado el título de Rey a su Dios, y se refería a su presencia de salvación en la historia en términos reales.

Y no solamente eso, sino que en la época de Jesús el reino definitivo de Dios, anunciado por los Profetas de Israel para los tiempos del cumplimiento pleno de la Promesa que Dios le había hecho, constituía el objeto de una espera impaciente por parte del pueblo y de los diversos grupos religiosos que en él existían.

Cada uno de éstos lo esperaba, en cambio, de modo diverso. Y esta diversidad se debía principalmente a la **imagen del dios-rey** cuya venida aguardaba.

Lo aguardaban los **fariseos**, mediante la fiel y escrupulosa observancia de la Ley de Moisés.

Lo esperaban con fervor los **esenios**, separados de los «impuros» y del resto del pueblo de Israel, y se dedicaban a la purificación de cara al gran suceso esperado y deseado.

Estaban los **zelotes**, los cuales se estremecían con el deseo de que Dios, el Dios de sus padres, viniera a expulsar a los intrusos romanos de la Palestina para instaurar allí su reino.

Los **saduceos**, en cambio, se sentían a sus anchas bajo la dominación romana. Para ellos, puede decirse que el reino de Dios se identificaba con el del emperador.

Poco antes de la aparición pública de Jesús se presentó como profeta **Juan Bautista**. Creó un movimiento de conversión, al que se incorporaron muchos judíos. Este movimiento aludía también a la venida inminente del reino de Dios. Un Dios con los rasgos de juez irritado, que venía a reinar aniquilando a los injustos y premiando a los que se hubieran arrepentido de sus pecados.

El pueblo, **la gente sencilla** (anawin), esperaba a su vez con ansia, a su manera, esta venida.

La situación de pobreza e inseguridad en la que vivía la mayoría de ellas, oprimidas por las penurias materiales por el peso de las normas de la ley manipulada por escribas y fariseos, y por el sentido de culpa que acompañaba a su falta de cumplimiento, las hacía clamar a Dios como los hebreos en Egipto, y las empujaba a esperar su intervención, con la que cambiaran radicalmente las cosas. Ardían en el deseo de que viniera Él mismo a reinar. Esta es quizás la razón por la que de vez en cuando se adherían a revueltas provocadas por los zelotes, y por las que acudieron en masa a hacerse bautizar por Juan Bautista.

Cada uno de los grupos señalados recalcaba con especial intensidad alguno de los rasgos del rostro de Dios que Israel veneraba desde los tiempos más remotos, asumiendo en consecuencia conductas en sintonía con él.

Tercer dato: Jesús, al asumir la causa de Dios, se aparta de la idea que tienen los diversos grupos religiosos de su pueblo, y presenta la suya, en parte común con las otras, en parte original. Y en ello juega un papel clave la imagen de Dios que él experimenta y proclama a los demás.

La consecuencia de estos tres datos es que, si se quiere aceptar su modo de pensar, vivir y ofrecer a Dios, resulta necesario saber qué entiende él por reino de Dios.

2.3. El reino de Dios según Jesús

Jesús no dio quizás nunca una definición conceptual del reino de Dios. La expresó sobre todo a través de su acción y, cuando habló de él, lo hizo con un **lenguaje metafórico y narrativo**. Por eso es necesario repasar su acción respecto al reino para saber cuál fue su idea sobre él.

Leyendo los evangelios, se percibe que fue una persona activa. Tan intensa era su actividad entre la gente que en algunos momentos no tenía tiempo ni para comer (Mc 3,20).

a. La praxis del reino en el ámbito individual

El actúa, sobre todo, en plan individual. Y entre las acciones más notables en este contexto se enumeran las curaciones, los exorcismos y el perdón de los pecados.

- Las narraciones de **curaciones** obradas por él en favor de gente pobre del pueblo, llenan las páginas de los evangelios: ciegos que empiezan a ver o que recobran la vista (Mt 9,27-31), mudos que recuperan la palabra (Mt 9,32-34), paralíticos que vuelven a tener la posibilidad de andar (Mt 8,1-8), leprosos que se ven libres de su terrible enfermedad (Mt 1-4)...

Cada vez que cura a alguno, es como si realizara una resurrección parcial y provisional, anticipadora de la victoria sobre la muerte más radical que realizará en los casos de la hija de Jairo (Mc 5,21-24. 35-43), del hijo de la viuda de Naím (Lc 7,11-17), y de su amigo Lázaro (Jn 11,1-4).

- Hay también, en los evangelios, narraciones de la **acción exorcista** desarrollada por Jesús. Se comprende esta actividad en el modo de pensar de la época, de acuerdo con el cual se atribuían muchas enfermedades a la presencia de “espíritus inmundos” o malos en las personas.

Cuando Jesús arroja a estos espíritus se manifiesta como “el más fuerte” que vence “al fuerte” (Lc 11,21-22). Con “el dedo de Dios” arroja a los demonios e insta en este mundo el reino de Dios.

- Las narraciones que hablan del **perdón de los pecados** tienen muchos puntos de semejanza con las anteriores. En el tiempo de Jesús estaba muy difundida en la conciencia del pueblo la idea del pecado como una deuda. Sabían los pecadores que, pecando, no cumpliendo la Ley, contraían una deuda con Dios, deuda que era preciso pagar. Esta deuda pesaba como una losa sobre su conciencia y los tenía en una condición de desgracia. Es muy probable que algunas de las enfermedades funcionales que padecía la gente pobre del pueblo, ignorante de la Ley y, por consiguiente, incumplidora de la misma, se debiera a tal conciencia de culpa.

Jesús perdona a más de uno los pecados: a gente sencilla, a publicanos, a prostitutas (cf. Mc 2,5; Lc 7,48; Jn 8,11). De este modo los libra de aquel peso terrible que les oprimía.

Estas diversas intervenciones de Jesús en relación con las personas explican, en pocas palabras, lo que implica para él el reino de Dios: la enfermedad y toda limitación humana debe ser quitada del cuerpo y del alma de las personas para que puedan ser verdadera y plenamente personas. Lo que equivale a decir que Dios no puede reinar donde reina la muerte.

b. La praxis del reino en el ámbito social

Pero, además de actuar de cara a las personas individuales, Jesús demuestra tener una conciencia clara del hecho de que los individuos no viven aislados, sino dentro de una convivencia colectiva que condiciona positiva o negativamente, y de forma notable, su propia existencia.

A fin de comprender mejor cuál fuera su modo peculiar de entender el reino de Dios, es importante ver también cómo actuaba en este ámbito.

Concretamente, interviene proclamando la manera justa de relacionarse entre las personas y los

grupos humanos, denunciando las relaciones inadecuadas y opresivas que existen dentro de su pueblo y, sobre todo, haciendo entender cómo concibe él una convivencia vivificante frente a los diversos conflictos existentes en el mismo.

La sociedad de Israel de aquel tiempo atravesaba, en efecto, una época de profundos conflictos. Había grupos muy enfrentados entre sí que convertían la convivencia colectiva en fuente de dolorosas tensiones y marginaciones. Los más débiles cargaban con lo más pesado.

- El **primer conflicto** tenía lugar entre dos categorías, en origen de índole religiosa, pero con repercusiones sociales muy fuertes: los **justos** y los **pecadores**.

Los primeros eran los que cumplían rigurosamente la Ley de Moisés y los innumerables preceptos elaborados poco a poco en torno a la misma.

Se consideraba, en cambio, como pecadores a muchas personas del pueblo. En concreto, todas las que no cumplían la Ley en su integridad. Estaban entre ellas, sobre todo, los **publicanos** y las **prostitutas**. Pero también la pobre gente que, ignorando la complicada maraña de preceptos, no podía tampoco cumplirlos. Y además, otras personas que podían no haber pecado personalmente (los pastores, los ciegos, los paralíticos, los hijos ilegítimos hasta la novena o décima generación) pero que, según la comprensión de la época, recaía sobre ellas el pecado de sus padres.

Como hemos visto anteriormente, los pecadores vivían a menudo en condiciones psíquicas miserables: sentían sobre su existencia el peso de la deuda contraída con Dios, casi siempre impagable. Los que se tenían por justos los despreciaban (Lc 18,9) y los consideraban como **impuros**, excluidos de la bendición de Dios (Jn 7,49) y, por tanto, también de la herencia del reino.

Jesús actúa ante este conflicto de tal modo que des-concierta y escandaliza a los “justos”: acoge a los pecadores, les perdona, les da esperanza (Lc 7,47-50; Jn 8,10-11) y hasta come en su compañía (Mc 2,15; Lc 15,1-2; 19,1-10). “No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores”, afirma respondiendo a las murmuraciones de los justos (Mc 2,17).

- El **segundo conflicto** presente en la sociedad de Israel, era el de los **ricos y poderosos** con los **pobres** del país.

El grupo de ricos estaba constituido por una categoría, como siempre, pequeña de personas: Herodes y su corte; las familias de los sumos sacerdotes, que vivían espléndidamente a cargo del Templo; los ancianos del Sanedrín, generalmente dueños de las tierras cultivables del país.

Estos tres grupos de personas, además de tener en sus manos las riquezas materiales, gozaban del monopolio del poder para decidir sobre las cuestiones públicas, y decidían de acuerdo con sus intereses. Un ejemplo de ello es la manera como actuaron en el proceso de Jesús.

Fuera de los grupos citados, y unos pocos más que hoy podríamos calificar de clase media, el resto del pueblo era muy pobre. Pobre de bienes materiales y pobre de poder decisorio. No contaba para nada.

Se trataba de campesinos que trabajaban unas tierras que no les pertenecían, o de braceros contratados por jornada, sobre todo durante el período de la cosecha o de la vendimia (Mt 20,1-16). Padecían a menudo la inseguridad y la precariedad que acarrea su condición. Y eran víctimas de la avaricia y de la insensibilidad de los ricos (Mc 12,40; Lc 20,47).

La postura de Jesús ante este segundo conflicto es clara. Hay muchos datos que permiten asegurar que se dedicó con privilegiada solicitud a los pobres y a los faltos de poder.

Testimonios como el de las bienaventuranzas (Lc 6,20-23), o el de la conversión de Zaqueo, jefe de los publicanos y muy rico (Lc 19,1-10), o también el de la invitación de Jesús a los fatigados y cansados (Mt 11,28-30), son una clara confirmación de ello.

Y no sólo se dedica a los pobres y los llama junto a sí, sino que se declara en contra de los ricos que los marginan y explotan.

La segunda parte de las bienaventuranzas de Lucas (Lc 6,24-26), sus denuncias contra “los fariseos que amaban las riquezas” (Lc 16,14-15) y su sentencia sobre la casi invencible incapacidad de

los ricos para entrar en el reino (Mt 19,23; Mc 10,23), no dejan lugar a dudas sobre el particular.

• El **tercer conflicto** generalizado entre los judíos en tiempo de Jesús era el existente entre **hombres y mujeres**. Se trata de un conflicto quizá menos llamativo, pero no menos cargado de consecuencias que los otros.

La sociedad de Israel era patriarcal y machista. Como lo eran, por otra parte, en mayor o menor medida todas las sociedades de la época. En ella el verdadero sujeto, el que contaba realmente, era el varón adulto. La mujer era desde luego mejor tratada que en otros pueblos, pero esto no quitaba que estuviera reducida a la condición de objeto. Sobre todo, el objeto-instrumento para la supervivencia del varón: le servía especialmente para darle hijos con los que perpetuarse.

Jesús toma también postura frente a este conflicto. Y, de nuevo, en favor de quien más soporta la carga. Toma postura sobre todo con su constante manera de comportarse.

En efecto, en contra de las costumbres del tiempo, toma siempre una postura respetuosa y liberadora hacia las mujeres. Las admite en el círculo de sus discípulos (Lc 8,1-3; 10,28-42), defiende su igualdad con el hombre (Mt 19,1-10; etc.) y, pasando por encima de las barreras creadas, por enraizados prejuicios culturales, promueve el reconocimiento de su dignidad (Jn 4,1-42).

c. Su manera de comprender el reino de Dios

A través de la actuación de Jesús, lo mismo frente a los individuos que frente a la sociedad, se puede por tanto entender qué piensa él del reino de Dios.

Se puede entender, ante todo, que para él el reino de Dios no es una realidad que se refiere sólo a Dios. La expresión empleada puede empañar la comprensión si no se tiene en cuenta todo lo que él mismo ha hecho.

El reino “de Dios” se refiere también a las personas con los que él está en contacto, y sobre todo a las que son más pobres, marginados, oprimidos, excluidos y explotados por las otras. Podría decirse: es el reino **“de” Dios “a favor” de las personas**.

Este reino no es siquiera una realidad puramente espiritual, interior, sino también **corporal**. Para Jesús, como ya se ha visto, son las personas en su integridad las destinatarias de esta nueva situación de vida que él quiere instaurar.

El reino de Dios no es tampoco una realidad puramente individual, sino también **social**. Como ya hemos visto, Jesús, apasionadamente interesado por la vida y la muerte de las personas, toma en seria consideración su convivencia colectiva.

Además de implicar a los individuos y la convivencia a todo nivel entre ellos y los diversos grupos sociales, el reino de Dios proclamado por Jesús interesa también a las **estructuras** en las que se cristalizan tales relaciones. Ellas dan solidez a los modos de convivencia, lo mismo negativos que positivos, y de este modo favorecen u obstaculizan la integridad vital de las personas. Jesús no se muestra insensible tampoco a este aspecto de la realidad en su búsqueda del reino.

En resumen, el reino de Dios proclamado por Jesús consiste, en pocas palabras, en una convivencia entre las personas y entre los grupos que no provoque injusticias y marginaciones, que no reduzca las personas a objetos, que no sea, en fin, fuente de desdicha y de muerte sino que, por el contrario, les ofrezca la posibilidad de compartir fraternalmente con las demás, de ser verdaderamente respetadas en la propia dignidad, de ser responsables de las propias decisiones. Una convivencia, en fin, que sea para todas y para cada una una fuente de vida y de felicidad, comenzando por aquellas que tienen menos vida y felicidad.

Estos últimos aparecen, en toda la actividad de Jesús, como los primeros y privilegiados destinatarios del reino.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del material

- a. Señala las cuestiones que no quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo

- 1.^a parte: Puesta en común.
- 2.^a parte: Síntesis del profesor.

3. CONTRASTE PASTORAL

- a.** ¿En qué cuestiona o ratifica la acción pastoral que realizo?
- b.** ¿Qué llamadas percibo y qué pasos tendría que dar a nivel parroquial, arciprestal...?
- c.** ¿Qué me exige confesar que el Reino de Dios es un don, es gracia?
- d.** ¿Qué me exige confesar que el Reino de Dios es tarea mía y tarea nuestra?

4. ORACIÓN

Oración de San Francisco

¡Señor, haz de mí un instrumento de Tu paz.
Que donde haya odio yo ponga amor.
Donde haya ofensa, yo ponga perdón.
Donde haya duda, yo ponga fe.

Donde haya error, yo ponga Tu verdad.
Donde haya tinieblas, yo ponga Tu luz.
Donde haya discordia, yo ponga unidad.

Donde haya desesperanza, yo ponga esperanza.
Donde haya tristeza, ponga yo alegría.

Concédeme Señor la gracia de no buscar ser amado, como amar.
Ser comprendido como comprender.
Ser consolado como consolar,
porque dando es como somos perdonados
y muriendo en Ti es como nacemos a la vida eterna.

EL DIOS DE JESUCRISTO

4ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

II. EL DIOS DE LA FE CRISTIANA

2. El Dios vivido y proclamado por Jesús de Nazaret.
 - 2.4. El Dios del reino proclamado por Jesús.
 - a. Sus raíces veterotestamentarias.
 - b. El acontecimiento del éxodo.
 - c. El rostro del Dios del éxodo.
 - d. La experiencia de Dios en Jesús de Nazaret.
3. El Dios de la Pascua.
 - 3.1. La Pascua y Jesús.
 - 3.2. La Pascua y las comunidades creyentes.
 - 3.3. El rostro del Dios de la Pascua.

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.
2.
 - La idea de Dios que tengo yo hoy: ¿de dónde me viene?
 - La idea de Dios que tiene el pueblo, el barrio: ¿de dónde le viene?
 - ¿Qué idea de Dios tiene el pueblo, el barrio normal y corriente?

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

II. EL DIOS DE LA FE CRISTIANA

2.4. El Dios del reino proclamado por Jesús

Si el reino de Dios es así para Jesús, no resulta difícil descubrir **cuál es el Dios del reino**, el Dios que preside toda su vida y acción: **es un Dios de vida para todas y cada una de las personas, comenzando por las que están más privadas de ella.**

La parábola del buen Samaritano (Lc 10,25-37), leída en clave teológica (reveladora del rostro de Dios) ofrece una simbología muy elocuente con respecto a esto: el Samaritano que, “conmovido hasta lo más íntimo” ante la situación del hombre dejado medio muerto por los bandoleros en mitad del camino, lo atiende solícitamente, es la imagen de este Dios del reino que se inclina conmovido ante la persona a quien la muerte arranca la vida de mil maneras.

Si se pregunta de dónde ha sacado Jesús este modo de pensar en Dios, se debe responder señalando dos fuentes: la fe heredada de su pueblo y su propia experiencia personal.

a. Sus raíces veterotestamentarias

Jesús era judío y, como tal, había crecido en el **ámbito** de la historia de fe de su pueblo. Aquella fe estaba apoyada en una determinada imagen de Dios.

Por tanto, como muestra el Nuevo Testamento (cf. Lc 20,37), Jesús era un devoto del “Dios de los padres”. Por eso no proclamó un nuevo Dios, sino que siguió las huellas de la fe de su pueblo. Queda esto confirmado con el hecho de que también la primera comunidad cristiana, nacida en torno a él, siguió creyendo en este **“Dios de los padres”** después de la Pascua (cf. Hch 3,13).

Pero, ¿cuál era la imagen de Dios en la fe del pueblo de Israel?

La imagen peculiar de Dios es uno de los puntos claves que acreditan la originalidad de este pueblo frente a los otros: esta imagen no procede de abajo, es decir de la experiencia de los fenómenos de la naturaleza, sino de arriba, es decir mediante una **revelación de Dios**.

Decir así las cosas puede, sin embargo, llevar a pensar que dicha imagen sea algo **prefabricado**, caído directamente del cielo, sin mediación humana.

Puede llevar a pensar, por ejemplo, que los hebreos tuvieron desde un principio, desde los tiempos de sus antepasados (Gn 12-50), una idea monoteísta clara de Dios, y que veneraron desde los orígenes a su Dios como Dios único, creador y salvador de todo el mundo.

En cambio la realidad, por lo que podemos encontrar en la Biblia, es diferente. Es preciso tener presente que, aun siendo fruto de una revelación, esa imagen brotó y se desarrolló con la experiencia histórica del pueblo y mediante tal experiencia (cf. DV 14).

Fue, en efecto, un suceso histórico que cambió para siempre su suerte donde Israel descubrió a su Dios. Y hubo todavía otros sucesos históricos, como la conquista de la tierra de Canaán, la monarquía, el destierro, el retorno, etc., donde siguió profundizando su descubrimiento.

En lo íntimo de tales sucesos hubo algunas personas, y con su ayuda todo el pueblo después, que vivieron un fenómeno de “apertura de sentido”, que les permitió encontrar en ellos la presencia y la acción de su Dios.

b. El acontecimiento del éxodo

De acuerdo con el testimonio de la Biblia, Israel mantuvo su fidelidad a esa imagen de Dios en medio de muchas dificultades. La llegada de nuevas situaciones como la vida sedentaria, la monarquía, la pérdida de la independencia nacional, constituyeron auténticas pruebas para su fe.

Mas, por otra parte, esas situaciones fueron también nuevas ocasiones para repensar su fe. En

este contexto la obra de los profetas, especialmente la de algunos, como por ejemplo la de Elías (I Re 18,16-40), adquiere su verdadero sentido y su real alcance.

Nos preguntamos: ¿cómo hacer para encontrar los rasgos fundamentales de este Dios del Antiguo Testamento, que más tarde será también el Dios de Jesús? ¿Qué camino seguir?

Todo el Antiguo Testamento habla de este Dios. Sería enriquecedor seguir la evolución de su imagen a través de la historia, descubriendo la continuidad y la novedad presentes en ella. Un camino sencillo que alcanza el objetivo que se busca es: enfocar la imagen del Dios de Israel en el momento germinal de su revelación al pueblo, el éxodo de Egipto.

El éxodo se presenta en las narraciones bíblicas como un suceso salvífico, más aún, como el suceso salvífico por excelencia del Antiguo Testamento. Esta salvación consiste en el hecho de que el grupo de los descendientes de Abraham, que había ido a parar a Egipto (Gn 50,23-24), y que se encontraba en una situación negativa y desesperada por un conjunto de motivos (Ex 1,8-22; 5,15-19), se convierte en objeto de una intervención extraordinaria de Dios, el cual toma la iniciativa de sacarles de aquella situación, cambiando la condición en que se encontraban (Ex 3,1-10).

c. El rostro del Dios del éxodo

En estos breves rasgos aparece con claridad la imagen del Dios del Antiguo Testamento. Se la encuentra indicada de forma resumida en la autopresentación que, en la narración del libro del Éxodo, hace El de sí mismo antes de enunciar el código de la alianza estipulada con el pueblo: “**Yo, Yahvéh soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre**” (Ex 20,2).

Queda implícita en el mismo nombre de “**Yahvéh**”, mediante el cual los Israelitas expresaban no tanto lo que habían entendido sobre la naturaleza de Dios en sí mismo, cuanto lo que este Dios quería ser para ellos.

Se podría describir brevemente así: **Yahvéh**, el Dios del pueblo del Antiguo Testamento, **es un Dios que se manifiesta en la historia del pueblo comprometido, con todo su poder, en el esfuerzo de sacar al pueblo de la situación de esclavitud en que se encuentra, para ayudarlo a pasar a una nueva situación de mayor plenitud, hasta lograr una plenitud definitiva.**

Respecto a esa imagen, es necesario hacer **algunas observaciones**, que ayudarán a entender también de qué manera vivió y proclamó Jesús de Nazaret a Dios.

• **1ª:** La memoria cultural del pueblo de Israel, descendiente de antepasados seminómadas (Dt 26,5), reforzada por la experiencia del éxodo y de la travesía del desierto, hizo que este pueblo pensase siempre en su Dios como en un **Dios-de-tienda** y no como en un **Dios-de-templo**, a la manera de los pueblos de civilización sedentaria.

Así se explica, por ejemplo, su rechazo inicial a la construcción de un templo en su honor, del que hallamos vestigios en la Escritura (cf. 2 Sam 7,1-7).

Esta manera de pensar sobre Dios contribuyó a que siempre existiera viva en la conciencia del pueblo la tensión hacia el porvenir y lo venidero, hacia un cumplimiento pleno de su historia.

• **2ª:** A la luz de su imagen de Yahvéh como salvador de la esclavitud de Egipto, Israel meditó también el tema del **Dios creador del mundo**, ya presente con anterioridad en su conciencia.

De este modo llegó a concebir la creación del mundo como el primer hecho de la historia de la salvación realizada por El en origen en el éxodo, pero destinada a una realización futura plena.

• **3ª:** Aunque Israel haya considerado en un primer momento a este Dios Yahvéh como un **Dios exclusivamente suyo**, lo mismo que lo hacían los demás pueblos con sus dioses, poco a poco fue aprendiendo a imaginarlo cada vez más como el **Dios de todas las personas**, comprometido en realizar con todos los pueblos lo que había empezado a hacer de manera emblemática con él.

Algunos profetas, como el apodado Deutero Isaías, alcanzaron un gran influjo en este proceso de apertura hacia el universalismo.

• **4ª:** El pueblo del Antiguo Testamento quedó señalado para siempre, también en su fe, por el **carácter conflictivo de su experiencia inicial.**

El Dios experimentado por ellos en el éxodo fue **un Dios-que toma-partido, un Dios-que-lucha**, porque se alía con un grupo humano en situación de conflicto y no en situación pacífica.

Esta su alianza con el grupo débil, oprimido y explotado, para liberarlo, conlleva de rebote su disociación del otro grupo como responsable de tal situación.

En fin, el que lee el Antiguo Testamento con cierta atención descubre fácilmente que, junto a la imagen de Dios más arriba trazada en sus rasgos esenciales, aparecen por uno y otro lado más de una vez unos rasgos de las imágenes de las divinidades de los pueblos vecinos, aquellas divinidades que reflejan una religiosidad con un fondo natural, marcada sobre todo por el miedo.

Israel irá renovando estos rasgos lentamente a lo largo de su historia.

d. La experiencia de Dios en Jesús de Nazaret

Jesús nació, como hombre y como creyente, en el seno del pueblo de Israel. De él, a través de su familia, recibió inicialmente la fe. Tenemos derecho a pensar que la bebió, por así decir, con la leche materna. Y, con la fe, le vino también la imagen de Dios.

Sin embargo, si su modo de concebir el reino de Dios es diferente del de los fariseos, esenios, saduceos y del mismo Juan Bautista, es porque su modo de concebir a Dios es diferente.

La razón está en el hecho de que, como hemos dicho antes, cada uno de estos grupos y el mismo Juan destacaban algunos rasgos del rostro del Dios del éxodo con preferencia a los demás. Rasgos que acababan por deformarlo, produciendo efectos mortíferos en la vida de las personas.

Por eso Jesús se preocupa en primer lugar de liberar el rostro de Dios de las falsificaciones que lo oscurecen o lo desfiguran.

Los evangelios atestiguan, en efecto, su empeño por liberar al pueblo de una imagen opresora y sofocante del Dios que los escribas y fariseos habían creado y se empeñaban en mantener. Lo hace sobre todo quitando a la Ley de Dios su carácter de molesta imposición, y devolviéndole su sentido original de luz que ilumina el camino que conduce a la vida. Para él la Ley es un instrumento al servicio de la vida (Mc 3,1-6).

Además, los evangelios atestiguan su lucha incansable para hacer desaparecer las barreras de separación creadas por determinadas maneras de concebir la relación con Dios. El manifiesta de este modo que no es Dios el que separa a unas personas de otras (los pecadores de los justos, los pobres de los ricos y poderosos, las mujeres de los varones), sino que todo esto procede del corazón malo de las personas.

En fin, en los evangelios hay claras señales de su empeño por desenmascarar y denunciar el carácter contradictorio que los grupos dirigentes hacían desempeñar a Dios en medio del pueblo: convertían al Dios de la vida y de la liberación en un Dios de muerte y de esclavitud.

Pero, además de buscar la liberación de las personas de las falsas imágenes de Dios que circulaban por el pueblo, él propone su propia imagen, que es el fruto de su profunda experiencia personal del Dios del éxodo. ¿Y cuál es esa experiencia?

Para responder a esta pregunta es preciso volver a un dato que han conservado algunos escritos neotestamentarios: Jesús se dirigía a Dios invocándole como **“Abbá”** (Mc 14,36; Rm 8,15; Ga 4-6). Según los especialistas, se puede reconocer en este apelativo una de las “mismísimas palabras de Jesús”, es decir una de las expresiones de cuya autenticidad histórica no cabe duda.

Ella es hija de la lengua hablada por Jesús desde la infancia, y es el apelativo con el que los niños, y los mayores en la familia, se dirigían a su padre. Se traduce por “papá” o “papaíto”.

Precisamente con este apelativo expresa él su modo de experimentar y concebir al Dios de su pueblo como “el anti-mal benévolo, solícito, que no quiere admitir la supremacía del mal sobre los hombres y se niega a conceder a este mal la última palabra; como el Padre solícito que prepara el porvenir a sus hijos, un Padre que concede un futuro sobre todo a quien, visto desde este mundo, no puede esperar ningún futuro” (J. Blank, Jesús de Nazaret).

A diferencia de Juan Bautista él anuncia con gozo que este Dios no tiene más preocupación que la salvación, el bien definitivo de la persona, sin distinción alguna, pero eso sí, con particular atención hacia los que son pobres, débiles o excluidos; que su reino coincide con la plenitud de vida y de felicidad de las personas; que este Dios es en plenitud lo que se había entrevisto en el suceso que dio origen al éxodo, es decir Aquel que **está con la persona contra todo lo que no la deja ser ella misma**, y a favor de su integridad.

Así lo que él dice sobre Dios constituye verdaderamente un **“evangelio”**, una buena y alegre noticia para las personas, especialmente para las más necesitadas.

Da señales de vivir con este Dios en una relación de estrecha filiación, en una singular comunión que manifiesta, humanamente, mediante la invocación que hemos recordado antes.

Sigue siendo inaccesible a nuestro conocimiento cómo llegó humanamente a esta experiencia personal tan peculiar de Dios, cuál fue el proceso psicológico a través del cual se abrió camino en su conciencia de hombre esa experiencia, cuáles fueron los factores inmediatos que la provocaron, en qué preciso momento tuvo lugar, porque los evangelios, escritos con otras intenciones y otra mentalidad, no proporcionan datos sobre ello.

Lo que resulta cierto es que él vivió anclado en esta experiencia fundamental, y de ella sacó para sí mismo y para los demás luz, energía y vida.

3. El Dios de la Pascua

Como hemos dicho, Jesús desveló el rostro de Dios sobre todo en su actuación por la causa del reino. Actuando de una manera concreta, dio a conocer quién era este Dios del reino: un Dios que, sobre todo, quiere la vida de las personas, comenzando por aquellas que tienen menos vida.

Sus discípulos lo fueron aprendiendo de él, poco a poco, por su comportamiento, su manera de obrar, y sus palabras. Yendo a su lado se fueron liberando progresivamente de las deformaciones que con el paso del tiempo habían creado las personas sobre el rostro del Dios de su pueblo.

Pero fue sobre todo después de su muerte y resurrección cuando ellos lograron entender con más claridad quien era este Dios. A partir de entonces empezaron a hablar del “Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef 1,3), del “Dios que resucita a los muertos” (Rm 4,17) y, con una expresión que condensa todo, del “Dios Amor” (1 Jn 4,8.16).

Para comprender su significado hay que examinar, brevemente, en qué consistió el acontecimiento pascual.

3.1. La Pascua y Jesús

Está claro en los escritos neotestamentarios que este acontecimiento concierne, en primer lugar, a Jesús en persona, es decir que es **algo que le sucedió a él y en él mismo**.

Reducido a lo esencial, este **algo** vuelve a proponer, con las características que le son propias, el esquema del éxodo.

Se configura, en efecto, como un **proceso dinámico**, a través del cual, por obra de Dios, aquel Jesús con quien han convivido y al que han aprendido a conocer estando a su lado, sale de una situación negativa para entrar en una situación positiva.

El punto de partida de este proceso es la **situación de muerte** en la que, en cierto momento de su actividad por la causa del reino y con motivo de su manera de comportarse y de actuar, llegó a encontrarse Jesús.

Las personas de su pueblo –sus jefes políticos y religiosos– le excluyeron violentamente de la sociedad de Israel (Hch 2,23; 3-13b-15, etc.).

Les molestaba, entre otras cosas, su manera de concebir a Dios y hablar de El, al extremo de que le acusaron de blasfemo (Mt 26,65). Percibían que, si continuaba hablando así de Dios y haciéndolo “funcionar” de aquel modo entre el pueblo, habrían debido ceder al cambio de todo el orden de la convivencia colectiva, renunciando entre otras cosas a su situación privilegiada.

En consecuencia, decidieron eliminarlo. Su muerte fue ciertamente corporal, y violenta; pero también psíquica, social, y hasta religiosa: pretendían expulsarlo del pueblo de Dios.

Dios en cambio, el “Dios de los padres”, intervino en favor de Jesús: con su poder (Ef 1,19-20), mediante la fuerza vivificante de su Espíritu (Rm 1,4), lo arrancó de los lazos del Abismo (Hch 2,24), exaltándolo junto a él (Hch 2,33) y constituyéndolo como Cristo y Señor (Hch 2,36, etc.).

El final de esta intervención de Dios fue la nueva situación en la que vino a encontrarse el crucificado: él está “vivo” (Hch 3,3), más aún “vive por los siglos de los siglos” (Hch 1,17), es “espíritu vivificante” (1 Cor 15,45), y la muerte no tiene ya ningún poder sobre él (Rm 6,20).

3.2. La Pascua y las comunidades creyentes

Este acontecimiento es visto por los creyentes como acontecimiento salvador y como el acontecimiento de salvación por excelencia por parte de Dios, porque él se refiere a Jesús y a ellos mismos y, más allá todavía, a todas las personas, a toda la humanidad.

La comunidad neotestamentaria lo expresa de diversos modos: con la alegre proclamación del cumplimiento de la promesa de bendición hecha por Dios en el principio (Gn 13,3 y Gn 3,15), y llevada en el alma esperanzada por Israel durante siglos (Hch 3,25-26); con la confesión de Jesús como “primicia” (1 Cor 15,22-23) y “primogénito entre los muertos” (Col 1,18b); mediante la múltiple experiencia de la efusión definitiva del Espíritu de Dios (Hch 2,1-4, etc.); a través de un nuevo modo de vivir buscando, gracias a este Espíritu, tener “un solo corazón y una sola alma” y “poniéndolo todo en común” a fin de que entre ellos no hubiese “ningún necesitado” (Hch 4, 32-35); con la alegría propia de los tiempos definitivos, fruto y prenda ella también de la presencia del Espíritu (Hch passim); y, finalmente, mediante el compromiso activo, provocado y sostenido por el Espíritu para salvar (resucitar) a las personas, curando a los enfermos, librando a los oprimidos por los espíritus malos, etc. (Hch 3,1-9; 5,15-16, etc.).

3.3. El rostro del Dios de la Pascua

De este denso conjunto de cosas referentes a Jesús y a toda la humanidad, se saca la imagen del Dios de la Pascua, imagen que, brevemente, podría expresarse así: el “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef 1,2) es un Dios que se manifiesta comprometido en arrancar de la muerte a Jesús, su Hijo; con el poder de su Espíritu vivificante, y con él a la humanidad entera, para llevarla hacia la plenitud definitiva de la Vida.

Como puede verse, por tanto, entre el Dios vivido y proclamado por Jesús y el vivido y proclamado por las primeras comunidades cristianas existe al mismo tiempo una continuidad sustancial y cierta novedad. La continuidad se percibe con toda claridad. En realidad, el Dios de la Pascua es el Dios del reino anunciado por Jesús. Los rasgos fundamentales de su rostro son los mismos.

La novedad, en cambio, está, **en primer lugar**, en la realización, –por vez primera de la historia– de **la salvación** soñada por Dios para la persona.

En efecto, antes de la Pascua, Dios se revela, por medio de Jesús en acciones salvíficas parciales. En la actuación de Jesús se manifestaba una fuerza vivificante extraordinaria, El realizaba unos siglos salvíficos verdaderos pero aún incompletos y no definitivos: aquellos a quienes Jesús resucitó volvieron al sepulcro.

Por el contrario y en la Pascua Dios revela la salvación de lo que su voluntad de Vida para la persona, individual y comunitaria, ha proyectado. En definitiva Jesús manifiesta con su resurrección de la muerte lo que él quiere decir de Sí mismo a las personas.

Segunda novedad: las primeras comunidades cristianas hablan siempre de Dios al contar la historia de la salvación en la que se sienten envueltas, y al hacer referencia, en tal historia, al protagonismo de **tres figuras** estrechamente unidas entre sí: Dios Padre, Dios Hijo y el Espíritu.

En este sentido ellas expresan de algún modo, la experiencia que había hecho Jesús durante su vida: él, como acabamos de ver, se sentía hijo del Dios vivo, al punto de llamarlo “**abbá**”, y al mismo tiempo “**sentía que salía de él una fuerza**” (Lc 8,48), una fuerza vivificante que curaba a los enfermos, ahuyentaba a los espíritus malos y resucitaba a los muertos.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del material

- a. Señala las cuestiones que no quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo

- 1.^a parte: Puesta en común.
- 2.^a parte: Síntesis del profesor.

3. CONTRASTE PASTORAL

- a. ¿En qué cuestiona o ratifica la acción pastoral que realizo?
- b. ¿Qué llamadas percibo y qué pasos tendría que dar a nivel parroquial, arciprestal...?
- c. Jesús tiene una idea de Dios desde una educación recibida y desde una experiencia personal: ¿Qué tendría que hacer yo para encarnarla en mis entrañas?
- d. Jesús trata de desenmascarar la falsa idea de Dios, anunciándola como buena noticia: ¿Qué podría hacer yo para desenmascarar y transmitirla como buena noticia?

4. ORACIÓN

“Tenemos hambre de Dios”

Señor, tenemos hambre.
Señor, tenemos sed.
Y no es hambre de pan, ni sed de agua;
son motivos de vivir lo que nos falta.
De un mar al otro mar,
de un monte hasta el otro monte.
Andamos buscando, Señor, tu Palabra
y algo la esconde.
Ya nadie nos quiere enseñar.
Queremos profetas que sepan guiarnos,
hasta donde tú estás.
Y mientras muchos se arrastran,
en hambre y sufrimiento,
hay otros que nadan en la cruel abundancia,
como amos y dueños.
Nos falta saber que, al fin,
no sólo de pan vive el hombre,
pues vive también de la Palabra
que Dios nos propone.

EL DIOS DE JESUCRISTO

5ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

III. UN DIOS DE VIDA PARA TODOS, EMPEZANDO POR LOS ULTIMOS

1. Una actitud indispensable.
 - 1.1. El lenguaje cristiano-occidental sobre Dios.
 - 1.2. La teología: hablar de Dios con modestia.
 - 1.3. El lenguaje sobre el Dios inefable.
2. Un modo adecuado para hablar de Dios.

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.
2. Para entender la sesión de hoy lee las definiciones de qué es el amor según una enamorada:

“El amor es fuerza y valor, es debilidad y cobardía.
Es alegría y gozo, es tristeza y dolor.
El amor es este instante y hoy, es la eternidad y siempre.
El amor es ayer y es historia, es mañana y futuro.
Es amor es proximidad y continencia, es distancia y cercanía.
Es secreto y entrega, es respeto y dignidad.
El amor es amarillo y es rojo, es verde y azul.
Es amor es sol y flor, es luna y estrella.
El amor es cielo y tierra, es muerte y es vida.
¿Qué es amar?
¿Cómo decirlo claramente?
El amor eres tú.”

Dialogamos en grupo:

- ¿Son verdaderas estas definiciones, o son falsas?
- ¿Se puede definir el amor?
- ¿Pero existe?

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

III. UN DIOS DE VIDA PARA TODOS, EMPEZANDO POR LOS ÚLTIMOS

En Jesús, y especialmente en la Pascua, momento culminante de su vida, se manifestó con claridad el rostro de Dios que se había ido formando en el Antiguo Testamento. Se reveló en sus rasgos fundamentales. Contemplaremos este rostro, para conocerlo mejor y comunicarlo a otros .

1. Una actitud indispensable

Antes de entrar en esta búsqueda del rostro del Dios de Jesús, que se expresará en nuestras palabras, es conveniente tratar el contexto en el que debe realizarse tal búsqueda.

1.1. El lenguaje cristiano-occidental sobre Dios

Al repasar la historia del cristianismo, se descubre un dato característico: en el Occidente cristiano predominó a menudo lo que se llamó tendencia positiva o afirmativa al hablar de Dios, a diferencia de Oriente, donde prevaleció la tendencia negativa o por exclusión.

Esta última sostiene que de Dios se puede decir y pensar sobre todo lo que no es, mientras que la primera asegura que de Dios también podemos saber y decir lo que es. Las raíces de la tendencia a la afirmación en el pensar y el decir occidental sobre Dios hay que buscarlas muy atrás.

El cristianismo, nacido en un contexto cultural semítico-judaico, experimentó pronto la necesidad de abrirse al mundo greco-romano para llevar adelante su proyecto de evangelización universal. Por este motivo buscó la manera de entrar en la sensibilidad cultural greco-romana.

La sensibilidad greco-romano destacaba por una acentuada inquietud por el conocimiento de la verdad. Era, por tanto, una sensibilidad que se movía impulsada por la curiosidad. Concebía a la persona como un ser sediento de saber, que hallaba la propia felicidad y la realización en contemplar, por medio de la inteligencia, la verdad objetiva de las cosas, y especialmente de las realidades del mundo superior, espiritual.

Al entrar en el mundo del imperio romano, y en el intento por encarnarse en aquel mundo, los cristianos introdujeron esta preocupación en el interior de la fe. Pensaron, en consecuencia, en la felicidad definitiva de la persona como en una **visión beatífica**, es decir, una situación en la que la persona llega a una posesión plena y definitiva –en la medida que es posible a una creatura humana– de Aquel que es la Verdad en persona, Dios. Posesión que le hace plenamente feliz. Todas las aspiraciones humanas deben tender a esa verdadera meta de la existencia humana.

Hay que añadir que, de acuerdo con este modo de concebir las cosas, ya se puede y se debe anticipar la meta en esta vida, sin esperar al cielo. La fe constituye este anticipo. Al aceptar la Palabra revelada por Dios, el creyente logra en esta vida ver de algún modo a Dios y sus misterios. Por tanto, en cierta medida la fe rasga los velos que cubren y esconden las realidades divinas, y goza así anticipadamente de la visión de lo que por sí mismo supera toda posibilidad humana de conocimiento.

Pero son cabalmente ese **“de algún modo”** y ese **“en cierta medida”**, quienes impiden a la persona sentirse a gusto. Sus ansias de posesión de la Verdad no quedan nunca satisfechas mientras tal posesión siga siendo parcial. Eso explica el esfuerzo de los creyentes por ver, por intentar comprender cada vez más profundamente los misterios revelados por la Palabra de Dios. De ese esfuerzo nace también esa actividad de la fe que se llama **teología**.

1.2. La teología: hablar de Dios con modestia

La teología ejerció su influjo en la predicación, en la catequesis y en la liturgia. A ella se deben en gran parte las fórmulas de tipo sistemático o de otros tipos, pronunciadas en situaciones a menudo difíciles y polémicas, sobre los contenidos de la fe. A este esfuerzo de la fe se debe atribuir, por tanto, en gran parte, la responsabilidad –positiva y negativa– del lenguaje cristiano sobre Dios.

La teología trabajó en los primeros siglos por plasmar la manera de pensar y de hablar de los cristianos sobre Dios. Y no se conformó con repetir lo que decían los textos bíblicos, sino que creó algunos nuevos. Piénsese, por ejemplo, en los **símbolos** o **credos** elaborados en aquellos tiempos para las celebraciones litúrgicas.

Con el tiempo, sin embargo, la investigación teológica cayó en un peligro, siempre al acecho en la forma humana de hablar sobre Dios. El peligro de creer que podía tener a Dios encerrado en sus fórmulas. Desde este punto de vista el esfuerzo realizado para acuñar las condiciones más adecuadas para asegurar la ortodoxia de la fe, acabó muchas veces por convertirse en una trampa.

Así se fue creando la conciencia, en la teología, y en consecuencia en la catequesis y la comunicación de la fe en general, de que el misterio de Dios estaba como al alcance de la mano. Que se podía pensar y también hablar de él con plenitud y exactitud.

Como ya se ha dicho antes, la modestia al presentar el misterio último de la realidad no era, hace algún decenio, una característica muy notable al hablar de Dios en nuestra Iglesia. Más aún, se podían encontrar a menudo signos de cierta seguridad exagerada.

Parecía que, mediante las fórmulas pulidas con cuidado y atención a través de los siglos, se pudiera disponer de la misma realidad de Dios, haciéndola clara y transparente a los ojos de aquellos que las pronunciaban y escuchaban. Y esto sucedía no sólo en lo que toca a la acción salvífica de Dios en la historia, de algún modo más fácilmente perceptible para la fe, sino también para la misma esencia íntima de Dios.

Son una demostración manifiesta de ello, los discursos hechos en ciertos manuales de teología, en algunos catecismos o en predicaciones sobre la Trinidad de Dios. Parecía que, con la afirmación de la unidad de sustancias y de la trinidad de personas, de las divinas “procesiones” y de las relaciones existentes entre ellas, ya quedase entendida y a disposición de la persona aquella intimidad última y suprema.

El ataque más radical, hasta elemental, lanzado al tema de Dios por el ateísmo semántico, del que hemos hablado ya, obligó a la fe cristiana a reducir a sus justas dimensiones su hablar de Dios, en todas sus formas, forzándola sobre todo a una posición de mayor modestia.

Ciertamente aquella forma de ateísmo llevaba consigo un defecto de fondo: el de reducir arbitrariamente el lenguaje con sentido a un tipo único, el científicamente verificable. Lo cual es inadmisiblemente en este sentido. Ya su inspirador, L. Wittgenstein, lo había superado mediante la teoría de los “juegos lingüísticos”.

Él había señalado, en efecto, que no existe solamente un tipo de lenguaje con sentido, el empíricamente verificable, sino que la realidad lingüística es mucho más rica. Que **existen diversos modos de hablar entre las personas**, regulados todos ellos por sus propias normas. Y que, en definitiva, todo aquello de lo que no se puede hablar científicamente es en realidad lo que es más importante en la vida de la persona.

Pero, mientras tanto, el **ateísmo semántico** puso en crisis la exigencia de un lenguaje sobre Dios demasiado seguro de sí mismo, que acababa por reducir a Dios a un objeto del que puede disponer cada uno a su gusto.

Sin pretenderlo y también hasta contra su querer, ello ayudó a la fe cristiana a recuperar aquella dosis de inefabilidad o forma negativa para hablar de Dios que no le puede faltar nunca, dado el objeto de que se trata.

1.3. El lenguaje sobre el Dios inefable

La dificultad para expresar al Dios inefable ha estado presente siempre en los grandes creyentes. Ellos se esforzaron por encontrar la manera más adecuada para hablar de Dios y de su misterio, sufriendo también muchos apuros de cara a la creación de las condiciones del pensamiento y del lenguaje que pudieran expresar lo menos inadecuadamente la realidad que anhelaban ver en la patria definitiva. Pero al mismo tiempo mantenían viva la conciencia de la distancia que existe entre tales condiciones y la realidad expresada.

Es el caso, por ejemplo, del gran investigador de la verdad que fue **S. Justino**, en los inicios del cristianismo. Hablando él de la invocación del nombre de Dios en el bautismo, declaraba: *“Si alguno cree que puede dar un nombre al Dios inefable, está loco del todo”*.

S. Agustín, otro apasionado indagador de la verdad, afirmaba, hablando del misterio trinitario: *“Decimos que en Dios hay tres personas sólo por no callar”*.

Sto. Tomás, iniciador de la verdadera y propiamente dicha teología, sostenía: *“De Dios podemos decir lo que no es, más bien que lo que es”*. Y más aún: “El grado supremo del conocimiento humano sobre Dios está en saber que no se sabe qué es Dios, precisamente en cuanto nos damos cuenta de que ‘lo que es Dios’ supera todo lo que de Él entendemos”.

Nunca debería faltar esa posición de modestia en quien, como nosotros, quiere hablar de Dios. La conciencia de la desproporción entre lo que podemos decir de Él y lo que Él es, debería conducirnos a hablar de esto con mucha ponderación y parsimonia.

2. Un modo adecuado para hablar de Dios

El ateísmo semántico ha desafiado en consecuencia la manera de hablar sobre el Dios de la fe cristiana. Le ha obligado a recuperar su sentido indispensable del límite; a reconocer que Dios es una luz oscura, una realidad que nos sobrepasa, que Dios es *“totalmente Otro”*; que es, como decían en la Edad Media, “siempre mayor” que todo lo que nosotros podamos pensar y decir.

Pero dicho ateísmo ha ido más allá en su afirmación. Si hubiéramos de atenernos a sus conclusiones, nos veríamos obligados a una posición radical: de Dios y de su Misterio no podríamos decir nada, ni siquiera que existen.

La fe cristiana cree en cambio, que puede también *hablar de Dios*. Y lo cree porque está convencida, como hemos visto, de que Dios ha querido hablar de Sí mismo a las personas; y ha querido descubrir su Misterio íntimo y comunicarse a la humanidad. Y que lo ha hecho –no podía ser de otro modo– empleando un lenguaje humano. Se ha adaptado al modo de hablar de las personas para poder comunicarse con ellas para su salvación.

El hablar humano puede, por tanto, *contener* de algún modo el Misterio divino, puede ser como un seno fecundado por su presencia. Debe, sin embargo, saber, que Él siempre le supera.

Esto equivale a decir que todo discurso verdaderamente religioso, y por tanto también el de la fe cristiana, comporta siempre un carácter necesariamente *metafórico* (figurativo-simbólico). Ya Sto. Tomás afirmó algo semejante, pero ha alcanzado más actualidad en tiempos recientes.

En efecto, prosiguiendo los esfuerzos de superación del ateísmo semántico, ya iniciados por la *Escuela de Oxford*, el filósofo del lenguaje **P. Ricoeur** ha ayudado a tomar conciencia de esta condición imprescindible al hablar sobre Dios: solamente se puede hablar de Él *metafóricamente*.

Consideramos aquí la metáfora de creación de sentido, que actúa en nosotros para superar el sentido evidente de las frases y para hacer nacer en ellas otro sentido nuevo.

Como su propia etimología indica (meta-ferreïn = trans-gredir), va en cierto modo contra el sentido ordinario de las palabras empleadas en una conversación, para ir hacia otro nuevo. Tiene siempre, por así decir, un pie en el estribo de la realidad empírica, verificable, y otro en el de la realidad inverificable.

A decir verdad, ya hace mucho tiempo que la única manera de hablar adecuadamente sobre toda realidad, empíricamente no verificable, en el mundo *del más allá*, es el metafórico. Piénsese, por ejemplo, en el lenguaje del amor entre un hombre y una mujer, o entre una madre y su hijo. Suele estar lleno de poesía.

Pero eso es doblemente válido en la realidad del más allá por excelencia, del Inverificable por definición, que es Dios. No se puede hablar de El más que metafóricamente. y toda otra manera de hablar de él constituye lo que, ya en sus tiempos calificó Aristóteles de “pérdida de calidad”. Una forma de violencia semántica.

Todo lo que vamos diciendo hace como de bisagra entre las dos tendencias antes recordadas, el lenguaje afirmativo o positivo –lo que Dios es– y el negativo o por exclusión –lo que no es– sobre Dios y su Misterio. El primero pone en evidencia la continuidad entre la conversación corriente y la de Dios, con el consiguiente riesgo de vulgarizarla. Subraya la capacidad innata de las palabras humanas de decir el Misterio, mas con el peligro de olvidar la novedad de sentido que ellas comportan cuando son empleadas dentro del discurso religioso.

Puede llegar a tratar al Inverificable como disponible, a creer que puede adueñarse de Él y manipularlo. En el fondo, una especie de magia.

El discurso negativo, en cambio, subraya la discontinuidad entre lenguaje religioso y lenguaje empírico. Está fascinado por la apertura infinita del Inaprensible. Pero corre el riesgo de vaciar de contenido el discurso religioso, y de privarlo de toda consistencia verdadera de sentido.

En conjunto, sin embargo, la balanza debe inclinarse hacia este lenguaje negativo o por exclusión. Al contrario de cuanto ha sucedido frecuentemente en Occidente. Y ello, precisamente, por la desigualdad que existe entre Misterio y mundo. Dios es siempre Dios, y por tanto es siempre infinitamente más grande que el mundo.

Nuestras palabras, por tanto, aun las más sabias, no son suficientes ni lo serán nunca para decirlo adecuadamente.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del material

- a. Señala las cuestiones que no quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo

- 1.^a parte: Puesta en común.
- 2.^a parte: Síntesis del profesor.

3. CONTRASTE PASTORAL

- a. ¿En qué cuestiona o ratifica la acción pastoral que realizo?
- b. ¿Qué llamadas percibo y qué pasos tendría que dar a nivel parroquial, arciprestal...?

La enamorada del principio, también decía:

*“Se habrán dicho muchas cosas,
se habrán escrito muchos libros
pero mientras tu boca no lo diga o tu corazón no lo sienta
nada sabrás del amor verdadero”*

Dialogamos en grupo:

- ¿Es necesario que mi boca diga? ¿Cómo encontrar palabras HOY?
- ¿Es necesario que mi corazón sienta? ¿Con qué obras HOY?

4. ORACIÓN

Si el Señor no construye la casa

Si el Señor no construye la casa,
en vano se cansan los albañiles;
si el Señor no guarda la ciudad,
en vano vigilan los centinelas.

Es inútil que madruguéis,
que veléis hasta muy tarde,
que comáis el pan de vuestros sudores:
¡Dios lo da a sus amigos mientras duermen!

La herencia que da el Señor son los hijos;
su salario, el fruto del vientre:
son saetas en manos de un guerrero
los hijos de la juventud.

Dichoso el hombre que llena
con ellas su aljaba:
No quedará derrotado cuando litigue
con su adversario en la plaza.

EL DIOS DE JESUCRISTO

6ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

IV. UN DIOS DE VIDA PARA TODOS, EMPEZANDO POR LOS ÚLTIMOS

3. Qué decir de Dios hoy a la luz de la fe cristiana.
 - 3.1. El punto de enganche del discurso sobre Dios.
 - a. Los componentes de una experiencia.
 - b. La persona entre la Vida y la Muerte.
 - 3.2. Un Dios que ama apasionadamente la Vida de la Persona.
 - 3.3. Un Dios que favorece a los más pobres y más pequeños.
 - a. Un Dios que resucita los muertos.
 - b. ¿Y el sufrimiento?
 - c. Un Dios “parcial”.
 - d. Un Dios que está contra lo que produce Muerte.
 - e. La invitación urgente a la conversión.
 - 3.4. La denuncia del Dios de la Vida.

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.

2. K. Marx decía que Dios era el opio del pueblo. ¿Lo diría hoy día?

Dinámica: - La mitad de los participantes defiende que sí y da razones.
- La otra mitad defiende que no y da razones.

• El/la profesor/a hace un resumen de las razones a favor y en contra expresadas y quedan ahí planteadas para ver qué luz aporta el tema.

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

III. UN DIOS DE VIDA PARA TODOS, EMPEZANDO POR LOS ÚLTIMOS

3. Qué decir de Dios hoy a la luz de la fe cristiana

¿Cómo expresar brevemente y de forma comprensible lo que han manifestado sobre Dios, Jesús en su existencia histórica y las comunidades que tienen en él su origen?

3.1. El punto de enganche del discurso sobre Dios

Lo primero que hay que hacer para responder a esta pregunta es encontrar el punto de enganche de este discurso. Luego podemos pasar al experimento de hablar del Dios de la fe cristiana en el mundo de hoy, tan lleno de desconfianzas, críticas e interpelaciones en esta cuestión.

Cómo, en efecto, se ve en toda la historia de la fe, lo mismo en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, el creer en Dios y el hablar de El no son algo **“postizo”** en la vida de los creyentes, algo superpuesto casi a la fuerza a su existencia, sino al contrario, algo enraizado en ella. Los verdaderos creyentes se presentan siempre como personas en las que Dios está **“como en su casa”**.

El más grande de ellos, Jesús, **“autor y perfeccionador de nuestra fe”** (Hch 12,2) habló de Dios en el mundo que hemos visto anteriormente porque estaba totalmente invadido por El. Basta leer con atención los evangelios para darse cuenta.

Eso significa que, en ellos, la fe en Dios había encontrado su justo punto de enlace. Había llegado a dar respuesta a una profunda invocación de su ser, a saciar un íntimo anhelo de ellos.

¿Cuál será para las personas de hoy esa **invocación**? En realidad, la de siempre, la que está en la raíz de todo ser humano, aunque con los matices propios del momento histórico presente. Se trata de una experiencia que comporta dos caras complementarias, pero de una complejidad peculiar, como vamos a mostrar.

a. Los componentes de una experiencia

La primera cara de esta experiencia es la del deseo de vivir, y de vivir en plenitud, presente en toda persona. Es fácil comprobar que la persona es una maraña de deseos. Continuamente la estimulan y la tienen siempre inquieta.

Entre todos, el más profundo y radical es el de vivir en plenitud. Todo deseo humano, individual o colectivo, es expresión del anhelo de vivir en plenitud. En plenitud de calidad y de duración. Todos los esfuerzos humanos, en toda edad, se dirigen, a alcanzar este anhelo. Y es esto lo que mueve todo dinamismo humano.

Pero junto a esta primera cara hay otra, de potencia también universal y radical: existe la Muerte. Por Muerte entendemos aquí todo lo que de algún modo contradice o dificulta la realización de aquel deseo profundo del que hemos hablado antes. Este segundo aspecto encuentra su máxima y más palpable expresión en la muerte corporal o biológica, con la que la persona ve deshacerse toda posibilidad de satisfacer el más radical de sus deseos.

Pero además de este hecho-límite de la muerte corporal, hay en la experiencia humana otras manifestaciones de la no realización del deseo de la vida en plenitud: el hambre no saciada, la enfermedad fisiológica o psíquica, la inseguridad psicológica o también económica, la angustia, la soledad forzada, la incapacidad de tener relaciones interpersonales, la marginación impuesta, la esclavitud sociológica o psicológica, la pérdida del sentido de la vida, la explotación sufrida individual o colectivamente, etc. En una palabra, cualquier forma de deficiencia humana.

Podemos designar esta doble experiencia humana universal con una expresión muy significativa, como la experiencia de la **dialéctica o antítesis Vida-Muerte**, esto es la experiencia de la coexisten-

cia de estas dos realidades en la persona contraponiéndose y eliminándose recíprocamente. Donde está una, en efecto, no está la otra y viceversa.

Esta dialéctica constituye la última perspectiva de toda existencia humana. Esta se expresa y se concreta después en otras experiencias dialécticas que la reproducen en el mundo real: saciedad-hambre, salud-enfermedad, seguridad-inseguridad, serenidad-angustia, comunión-soledad, participación-marginación, libertad-esclavitud-... En cada uno de estos binomios el primer término significa Vida, mientras que el segundo significa Muerte.

b. La persona, entre la Vida y la Muerte

Dentro de esta concreta experiencia, una y múltiple, la persona anda siempre en busca, consciente o inconscientemente, de una **Vida-sin-Muerte**.

Si luego se quiere decir en qué consiste concretamente esa **Vida-sin-Muerte**, tan universal y radicalmente buscada, es preciso confesar que no se sabe con precisión. Precisamente porque, inmersa la persona en la dialéctica de **Vida-Muerte**, no puede tener experiencia de ello.

Vida-sin-Muerte es una expresión-límite, sin referencia en la realidad empírica. Solamente se tienen sospechas de ella en los momentos en que se experimenta de algún modo una situación de plenitud, de realización, de felicidad. Momentos por otra parte siempre amenazados por la inestabilidad y la fugacidad: no son la **Vida-sin-límites** a la que aspira la persona sin cansarse.

Esta es la razón por la cual la búsqueda de la Vida se manifiesta también en formas negativas, equivocadas, que conducen en realidad a la Muerte. Esta es, en parte, la tragedia de la persona, que puede buscar el saciar sus ansias de Vida con realidades que no son Vida, sino más bien Muerte.

Debemos hacer notar todavía lo siguiente: la búsqueda de la **Vida-sin-Muerte** no está sólo presente y activa en cada persona, sino también en las colectividades, por pequeñas o grandes que ellas sean. También ellas andan en busca de la Vida y de la superación de la Muerte.

Ahora bien, cuando se contempla esta búsqueda en sus vueltas y revueltas colectivas, entonces se sabe qué hacer con la historia. La historia humana, en efecto, es el sucederse de la Vida y de la Muerte entre las personas y entre los diversos grupos humanos. En la medida en que triunfa la Vida, camina la historia y va hacia adelante; en cambio, en la medida en que triunfa la Muerte, ésta se para y, sin más, da marcha atrás.

La búsqueda de la **Vida-sin-Muerte** en estas convulsiones colectivas es una de las características propias del movimiento histórico actual, en el que la humanidad está adquiriendo cada vez más conciencia de su condición planetaria.

La experiencia de la dialéctica **Vida-Muerte** constituye, por tanto, una especie de gran invocación humana, en ocasiones sólo implícita y semioculta, mientras las personas aspiran a una **Vida-sin-Muerte**. Y es esa invocación el punto de contacto del anuncio de Dios. Hasta que Dios no es tomado por las personas como respuesta a la misma, queda siempre como algo **postizo**, artificialmente unido a su fe; por el contrario cuando El es comprendido, aunque sea sólo implícitamente, como respuesta a la misma, entonces El puede “establecer su morada” en ellas.

3.2. Un Dios que ama apasionadamente la Vida de la Persona

¿Cómo trazar la imagen de Dios, de ese Dios que se manifestó definitivamente en Jesucristo, de tal modo que responda a la invocación radical de las personas de hoy?

Se puede formular de una forma adecuada, diciendo que el Dios de Jesucristo es **un Dios de Vida para las personas, comenzando por las que son más pobres y pequeñas**. Es un enunciado muy denso que hay que explicar en sus términos y en sus implicaciones. Explicamos a continuación los términos, y en las sesiones siguientes sus implicaciones.

Este enunciado, en su primera parte –“**un Dios de vida para las personas**”– esboza la imagen de Dios, aunque de una manera imperfecta aún. Viene a decir que respecto a la dialéctica Vida-Muerte en la que está constantemente e inmersa de mil modos diversos la persona, singular y colectiva-

mente, el Dios que se ha dado a conocer en la vida de Jesús y en su resurrección se comporta de una manera concreta: **colocándose absoluta e incondicionalmente, del lado de la Vida.**

Este modo de confesar a Dios, propio de la fe cristiana, está como puede verse, en las antípodas del de tantas mitologías antiguas, en las que los dioses aparecen a menudo como solícitos acaparadores de la Vida para sí mismos, reservando en cambio la Muerte para la persona.

Por el contrario, el éxodo del Antiguo Testamento y más claramente aún el actuar histórico de Jesús y el acontecimiento pascual, revelan un Dios totalmente atento a una finalidad: la de posibilitar a la persona la plenitud de Vida, la de hacerla partícipe de su condición divina de Viviente.

En este sentido puede decirse con razón, como lo hace un escrito neotestamentario (Tt 3,4-5), que Dios es un Dios incondicionalmente **“filántropo”**, es decir, un Dios que quiere la Vida de la persona, de toda persona, con anterioridad e independencia de lo que ella sea o haga.

Se enraíza también aquí el carácter de “evangelio”, de buena noticia, que caracteriza el anuncio de este Dios. El es portador de la alegre noticia que caracterizó el anuncio hecho por Jesús, un anuncio que conmovió profundamente a los que se decidieron a seguirle aceptando su propuesta.

3.3. Un Dios que favorece a los más pobres y más pequeños

La segunda parte del enunciado propuesto –**“comenzando por las más pobres y pequeñas”**– especifica y concreta más lo dicho en la primera.

Sobre la misma base de cuanto narra la Biblia en el Antiguo y sobre todo en el Nuevo Testamento, esta segunda parte tiene muy en cuenta el hecho de que, en su apasionada voluntad de Vida para todos, el Dios de la Vida no se dirige simplemente a unas personas que llevan consigo el insaciable deseo de vivir en plenitud, sino a unas personas que experimentan tal deseo en medio de las mil formas de la dialéctica concreta de **Vida-Muerte.**

Por eso, su voluntad de Vida para las personas resulta, de hecho, voluntad de resurrección, o sea de triunfo de la Vida sobre la Muerte, en todas sus formas y manifestaciones. El quiere que las personas superen la Muerte y lleguen a la plenitud de la Vida. Lo cual significa varias cosas.

a. El Dios que resucita los muertos

Significa, en primer lugar, que ante la realidad de la oposición **Vida-Muerte**, ya sea en sus concreciones individuales o colectivas, este Dios siempre se coloca **contra la Muerte en cuanto tal**, o sea en cuanto implica pérdida de la persona y dificultad para su plenitud de Vida.

Este primer aspecto obliga a someter a crítica cierto modo, muy difundido también entre los cristianos, de entender **“la voluntad de Dios”**. Frecuentemente esta expresión sirve de cobertura religioso-ideológica a realidades, naturales o causadas por la libertad humana, que no tienen ninguna correspondencia con lo que sugiere una genuina comprensión de los datos revelados.

Si es verdad lo dicho hasta ahora, no puede considerarse voluntad de Dios nada que se oponga a la Vida de las personas. La misma muerte de Jesús en la cruz podría presentarse como justificación ideológica de la Muerte, si no se toma en su verdadero sentido. Ella no puede ser voluntad de Dios en cuanto Muerte, sino sólo en cuanto Vida y fuente de Vida para él y para los demás.

b. ¿Y el sufrimiento?

Por otra parte, sin embargo, la presencia de la Muerte en medio de las personas parece desmentir las afirmaciones hechas: si Dios está en favor de la Vida, ¿cómo pueden existir situaciones en las que el triunfo de la Muerte resulta tan evidente? El problema del dolor, y sobre todo del dolor injusto cuestiona la imagen de un Dios que apuesta por la Vida.

Se trata de un problema tan antiguo como la misma persona. Está apuntado en diversos libros del Antiguo Testamento (Job, Tobías, Salmos...) y no está ausente en el Nuevo, especialmente con motivo de la muerte injusta de Jesús en la cruz.

Es un problema que ha seguido presentándose vivamente a lo largo de la historia en términos

decisivos, como ya lo hizo Epicuro: “o Dios puede evitar el mal, y no lo quiere, y entonces es malo; o lo quiere, mas no lo puede, y entonces no es omnipotente”.

No puede encontrarse un intento de respuesta, dentro de la lógica de cuanto venimos diciendo hasta aquí, sin contar con todo lo que este Dios ha querido revelar de sí mismo en el acontecimiento Jesús de Nazaret.

En él aparecen juntas las dos cosas: por una parte la absoluta voluntad de Dios en favor de la Vida, y por otra su no intervención para arrancar a Jesús de la Muerte a la que es condenado por la maldad de las personas.

Pero la resurrección, o sea la victoria plena y definitiva sobre la Muerte en Cristo, es la expresión suprema de su manera de relacionarse con las personas. Solo que esta resurrección no es una realidad empírica, sino objeto de fe y de esperanza. El problema, como se ve, no puede obtener respuesta fuera del campo religioso.

Una cosa, por tanto, se puede concluir de cuanto hemos dicho: si la persona sufre la presencia múltiple de la Muerte, **Dios sufre con ella**. No es ésta una afirmación frecuente en el ambiente religioso, ni siquiera en el ambiente cristiano, pero parece sólidamente fundada en la revelación de Dios en Jesús de Nazaret.

Uno de los principales motivos de la dificultad que encuentra esta manera de pensar las cosas procede del hecho de identificar perfección con no sufrimiento. Tal identificación conduce a razonar en estos términos: si Dios es el ser perfecto, no puede sufrir; si sufre, no es Dios.

Si, en cambio, se pone la característica decisiva de este Dios en el **amor**, y no en la “apatía” como querían los estoicos, entonces cambia todo. El sufrir, en efecto, lejos de ser una imperfección, es un signo de perfección en el amor, que está condensado en la plenitud de Vida de su destinatario.

c. El Dios “parcial”

Que el Dios de la Vida tenga una voluntad de resurrección para la persona significa, en segundo lugar, que precisamente en razón de esta su voluntad El se dirige con preferencia a los que están más afectados por la Muerte, a los más “moribundos”. Es decir, a aquellos a quienes la libertad individual o colectiva de las demás personas deja **medio muertos** (Lc 10,30).

Lo cual quiere decir que los pequeños de este mundo, los pobres, los débiles, los incomprendidos, los oprimidos, los explotados, los que no son tenidos en nada en el mundo, los últimos, son los primeros y privilegiados destinatarios de su preocupación. Es todo lo que se deduce de un análisis del acontecimiento central del éxodo y del de Jesucristo.

En efecto, en el conflicto que enmarca el éxodo, Dios se coloca de parte del pequeño y oprimido grupo de los hebreos. Y Jesús, como ya lo hemos visto, durante su vida pública, favorece a los más pequeños y débiles de la sociedad de su tiempo y, después de su muerte, él mismo es arrancado por Dios de la situación de suprema eliminación y de total pobreza e impotencia a la que le habían reducido los poderosos de su pueblo.

En este sentido se puede hablar de una auténtica **parcialidad o favoritismo de Dios**, parcialidad que no anula la universalidad de su voluntad de Vida, sino que la **específica**, señalando el punto de mira a partir del cual esta voluntad se actúa.

d. Un Dios que está contra lo que produce Muerte

Esta voluntad concreta de resurrección de Dios en favor de las personas significa además una tercera cosa: su **insolidaridad** con todo y con todos **los que provocan la Muerte**, y especialmente la Muerte de los más pequeños y más pobres.

Volviendo de nuevo al éxodo, se puede comprender fácilmente la evidencia de cuanto estamos afirmando, si se considera el modo con que se revela la intervención de este Dios: el Faraón y los suyos no gozan de su apoyo; más aún, acaban en un fracaso histórico total.

Otro tanto sucede en el caso de Jesús: como antes se ha visto, en toda situación de conflicto que le toca afrontar se pone decididamente de parte de los perdedores. Tanto en el conflicto entre “justos”

y “pecadores” como en los otros conflictos existentes en la sociedad en la que se mueve, resulta fácil ver por quién toma partido y de quién se separa.

Su resurrección además es, entre otras cosas, la manera con que Dios manifiesta su solidaridad con él y su insolidaridad con quienes lo crucificaron.

e. La invitación urgente a la conversión

Una cuarta y última implicación de cuanto se ha enunciado de este Dios partidario de Vida y de resurrección, es que El invita y solicita a las mismas personas a un **cambio** de todo lo que produce la Muerte entre ellos, y especialmente entre los que sufren más agudamente las consecuencias de esta Muerte.

La alianza que Dios hace con su pueblo en el Antiguo Testamento (cf. Dt 21-23) y especialmente en la tradición profética (cf. Is 1,10-17) requiere de él la promesa de defensa “del extranjero, del huérfano y de la viuda”, trinomio emblemático de la situación de pobreza y de pertenencia a la categoría de los “últimos”.

Y la conversión a la que Jesús insta en el Nuevo Testamento, como programa de su propuesta del reino (Mc 1,14-15), tiende precisamente al cambio en favor de la Vida a que nos hemos referido. Así, el Dios de Jesucristo aparece como Aquel que convoca a las personas a una única tarea: la de hacer triunfar la Vida.

3.4. La denuncia del Dios de la Vida

La concepción de un Dios que quiere absolutamente la Vida de las personas, constituye una **crítica radical** no solamente de una concepción cósmico-paganizante en sus aspectos negativos, sino también de ciertas concepciones suyas pseudocristianas, según las cuales Dios resulta una especie de anestesia frente a la Muerte en sus manifestaciones concretas.

Tales concepciones, en vez de un Dios que suscita una decidida rebelión contra la Muerte en cuanto negatividad y deficiencia para la persona, como lo ha manifestado en Jesús, anuncian un Dios que justifica su presencia en el mundo. Ante el Dios revelado en Jesucristo estas corrientes de pensamiento quedan totalmente reprobadas.

Además, la concepción de un Dios que se preocupa especialmente de los más pequeños, pobres y que no cuentan resulta una crítica igualmente radical de todas las manipulaciones de Dios que pretenden convertirlo en instrumento de dominio y de explotación o marginación.

Ella hace saber que quien apela a Dios para crear, imponer o reafirmar las situaciones –incluso estructurales– que le hacen morir, apela y rinde culto a un ídolo.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del material

- a. Señala las cuestiones que no quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo

- 1.ª parte: Puesta en común.
- 2.ª parte: Síntesis del profesor.

3. CONTRASTE PASTORAL

- a. ¿En qué cuestiona o ratifica la acción pastoral que realizo?
- b. ¿Qué llamadas percibo y qué pasos tendría que dar a nivel parroquial, arciprestal...?
- c. ¿Cómo estar a favor del Dios de la Vida en:
- la casa
 - el trabajo
 - en el pueblo-barrio
 - la comunidad parroquial?

4. ORACIÓN

Jesús, no tienes manos.

Tienes sólo nuestras manos para construir un mundo donde habite la justicia.

Jesús, no tienes pies.

Tienes sólo nuestros pies para poner en marcha la libertad y el amor.

Jesús, no tienes labios.

Tienes nuestros labios para anunciar la Buena Noticia a los pobres.

Jesús, no tienes medios.

Tienes sólo nuestra acción para lograr que todos las personas sean hermanas.

Jesús, nosotros somos tu Evangelio, el único Evangelio que la gente puede leer si nuestras vidas son obras y palabras eficaces.

Jesús, damos musculatura moral para desarrollar nuestros talentos y hacer bien todas las cosas.

Al hilo del tema podemos seguir orando:

Jesús no tienes..., tienes nuestros...

Amén.

EL DIOS DE JESUCRISTO

7ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

IV. EL DIOS DE LA VIDA ESTÁ EN CONTRA DEL ACAPARAR, DEL HACER SIEMPRE LO MISMO, Y DE LA SOLIDARIDAD CERRADA

1. Una historia caracterizada por el protagonismo de tres “figuras”.
2. Intervienen las nuevas instancias culturales.
3. No a la lógica del acaparar.
 - 3.1. Las afirmaciones tradicionales de la fe.
 - 3.2. Por una convivencia vivificante entre las personas.
4. Sí a la existencia del “otro”.
 - 4.1. El dato de la fe.
 - 4.2. Estar juntos respetando la originalidad del otro.
5. No a la solidaridad cerrada.
 - 5.1. Otra afirmación dogmática.
 - 5.2. Abrirse a los demás compartiendo Vida.

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.

2. Dice un refrán: “Dime en qué Dios crees y te diré cómo vives”.

Si Dios fuese un dios solitario, allá en su cielo, alejado de las personas, feliz en sí mismo, con su ser, tener, saber y poder;

- ¿Cuál sería nuestro ideal?
- ¿Qué estructuras sociales, económicas, políticas nos daríamos?

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

IV. EL DIOS DE LA VIDA ESTÁ EN CONTRA DEL ACAPARAR, DEL HACER SIEMPRE LO MISMO, Y DE LA SOLIDARIDAD CERRADA

El Dios de la Vida, que se reveló a las personas definitivamente en Jesús y sobre todo en su Pascua, es confesado por las comunidades cristianas como un **Dios trinitario**. ¿Qué significa hoy para nosotros esta confesión, que distingue a la comunidad cristiana de todo otro grupo religioso? Vamos a intentar dar una breve respuesta a esta pregunta.

1. Una historia caracterizada por el protagonismo de tres “figuras”

El Nuevo Testamento ofrece un dato ya señalado: la intervención vivificante de Dios en favor de las personas refiriéndose a **tres protagonistas**: Dios, Padre; Jesucristo, su Hijo; y el Espíritu de los dos.

La lectura del Nuevo Testamento, y en especial del libro de los **Hechos de los Apóstoles** y de las cartas lleva a comprobar en ellos la existencia de un modo típico de hablar de la historia de la salvación realizada por Dios. En ellos se hace constante referencia a Dios-Padre como origen y fuente de todo, lo mismo de la existencia que de la salvación, tanto en cuanto a Jesús como en cuanto a las personas; a Jesús, su Hijo amado, como objeto primero y privilegiado de su acción vivificante y al mismo tiempo como salvador de todos y de todo; y al Espíritu, como fuerza divina que actúa tanto en la resurrección de Jesús como en la vivificación de las personas.

Este modo de hablar refleja una **doble experiencia** vivida por los primeros discípulos de Jesús.

- La **primera experiencia** es la realizada junto a él, durante su actividad por la causa del reino de Dios. Al ser judíos, tenían una clara conciencia de la unidad absoluta de su Dios, unidad que Jesús mismo proclamó con sus palabras y sus actitudes. Pero, al mismo tiempo, sintieron la cercanía de este Dios en las acciones y en la palabra de Jesús, y fueron testigos de la fuerza vivificante presente en él, y que él exhalaba de sí mismo sobre todo cuando curaba a los enfermos o cuando arrojaba a los malos espíritus de las personas.

Por otro lado, ellos habían heredado, con la fe de su pueblo, el conocimiento de las diversas mediaciones de que se había servido Dios para actuar en la historia que había precedido la venida de Jesús: la **palabra**, ya sea la de la ley, ya la profética o creadora; el **ángel de Yahvéh**, portador de la salvación al pueblo en sus momentos difíciles; la **sabiduría**, iluminación divina para llevar una vida buena y serena; y el **espíritu**, fuerza divina creadora y vivificante.

Todas ellas eran formas de la presencia y cercanía del Dios tres veces Santo (Is 6,1-5) para su pueblo, formas que habían experimentado un proceso de progresiva **personificación** a lo largo de los siglos hasta adquirir, sobre todo algunas de ellas, cierta consistencia personal. Basta leer la autopresentación que de sí misma hace la **Sabiduría** en el libro del Eclesiástico (24), para hacerse una idea de ello: ella se presenta allí como una especie de desdoblamiento del mismo Dios, como una persona divina que actúa de cara a la creación del mundo y la salvación del pueblo.

Los discípulos de Jesús experimentaron, a su lado, el realismo y la actualidad de tales mediaciones. Sobre todo de la palabra y del espíritu. Veían a Jesús **“que hablaba con autoridad”** (Mt 8,28-29), es decir, con una palabra que tenía fuerza por sí misma y no necesitaba hallar fuerza y evidencia fuera de sí; y le veían actuar con una energía vivificante extraordinaria. Por otra parte, lo veían estrecha e íntimamente unido a Dios hasta el extremo de llamarle **“Abbá”** (Papa).

Así, quizás sin reflexionarlo tanto, ellos sentían encontrarse en Jesús con el Dios de los padres, con su Palabra iluminadora y transformadora, y con su Espíritu vivificante y resucitador.

* La **segunda experiencia** fue la que los discípulos vivieron tras la muerte de Jesús y su resurrección. Como ya hemos visto, en cierto momento, tomaron conciencia, a través de diversas manifestaciones, de que él estaba vivo y que seguía actuando; y que estaba vivo porque Dios, el Dios

de los padres, le había resucitado con el poder vivificante de su Espíritu. Un Espíritu que, por otra parte, seguía comunicándoles fuerza, valor, entusiasmo y luz. El mismo Espíritu que había obrado en Jesús moviéndole a actuar por la causa del reino de Dios.

Todo eso les llevó a crear nuevas formas de expresión cultural, a más de las que habían heredado de la tradición de su pueblo. Comenzaron a honrar en sus celebraciones no sólo a Dios, el Padre, sino también a Jesús y al Espíritu, dándoles gracias y alabando a la vez su labor en favor de las personas. Incluso, en un momento determinado, empezaron a señalar el ingreso en la comunidad de los creyentes en Jesús con la invocación de sus nombres: “Id, pues, y hacer discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19).

Es probable que este texto, puesto en boca de Jesús por el evangelista, refleje una práctica difundida en las primeras comunidades en el momento de celebrar el bautismo de los nuevos seguidores, mientras que inicialmente los bautizaban sólo “en el nombre de Jesús” (Hch 2,38).

2. Intervienen nuevas instancias culturales

Las comunidades cristianas posteriores continuaron con la praxis primitiva, aunque tuvieron que esforzarse por introducirse en las nuevas situaciones culturales en las que se fueron encontrando. Al penetrar en el imperio romano tuvieron que hablar de Dios y su historia de salvación en la clave en la que aquellas personas hablaban. Pero también a éstas se las presentaban las tres “**figuras**” centrales de tal historia, utilizando unos términos apropiados con su sensibilidad. Por ejemplo, el término griego **Logos** (palabra), referido a Jesús, porque era uno de los términos más queridos por la cultura helenista, una especie de fórmula que suscitaba las reacciones emocionales de la gente.

Poco a poco, sin embargo, surgieron dificultades en el seno de las comunidades. Algunos cristianos no lograron conjugar bien la fe primitiva con las solicitudes que procedían de la nueva cultura en la que se habían introducido. Y así nacieron las **herejías**.

Una de ellas trajo muchas consecuencias para la vida de la fe: el **arrianismo**. El sacerdote Arrio (siglo IV), a quien debe su origen, representaba en Alejandría de Egipto a un grupo de cristianos que no soportaban el hecho de que junto a Dios, concebido por ellos como el Único absoluto, pudiese haber otro. Concretamente, Jesús, el Cristo. Y ello sobre todo porque, en la liturgia, desde el principio, se atribuía a Jesús, confesado como Señor, un culto igual al del Padre.

Los arrianos negaban la unidad íntima y peculiar de Jesús con Dios. En el fondo pretendían defender a **Dios** como el **Absoluto**. De este modo concedían la última palabra sobre Dios no a Jesús, a quien llamaban Hijo y **Logos** por excelencia de Dios, sino a los pensadores de la época.

Esto originó fuertes discusiones en las Iglesias y se convocó el **concilio de Nicea** (año 325) para buscar cómo resolver las cuestiones surgidas. Sin embargo, la discusión que provocó llevó a enfocar las cosas abstractamente, casi olvidando que aquel **Logos**, cuya relación de igualdad o desigualdad con Dios, se discutía, era Jesús muerto y resucitado por nuestra salvación.

El concilio proclamó, después de un duro trabajo para precisar los términos a emplear, la “**consubstancialidad**” entre el **Hijo-Logos** y **Dios-Padre**; es decir, **afirmó su igualdad en el ser desde la eternidad**.

Pero las discusiones no se terminaron con esta proclamación conciliar y continuaron durante mucho tiempo, implicando después también la otra “figura” de la historia de la salvación, el Espíritu. Para aclarar conceptos de su posición referente a Dios hubo que reunir el **concilio de Constantino-pla I** (año 381). En él se definió que el Espíritu es digno “**de la misma adoración**” y “**de la misma glorificación**” que el Padre y el Hijo, lo que equivale a afirmar su **eterna igualdad en el ser con ellos**.

Este conjunto de discusiones, nacidas al encuentro de la fe con la cultura helenista del imperio romano, fue lo que dio origen al dogma trinitario. Este pasó a ser patrimonio de los creyentes en Jesucristo, constituyendo un elemento clave de su fe, y casi una tarjeta de identidad de la ortodoxia.

Brevemente, **este dogma afirma que el Dios de la Vida que se reveló en Jesucristo es Uno y**

Trino; que en Él hay, desde la eternidad, Tres Personas y una sola Substancia, Naturaleza o Esencia.

Durante siglos continuaron en la Iglesia los estudios de profundización de este misterio, llegando a complejas construcciones doctrinales que a menudo llegaron después a ser objeto de catequesis y de predicación popular. Una especie de **bola de nieve** que va creciendo poco a poco.

Resultó que, progresivamente, se fue perdiendo de vista la experiencia inicial de la que había nacido el proceso, y la afirmación de la trinidad eterna de Dios hizo casi olvidar que se trataba de aquel Padre, de aquel Jesús y de aquel Espíritu que habían aparecido en la conciencia de los primeros cristianos como los tres Protagonistas de la historia de la salvación, en cuyo vértice se encontraba la Pascua de Jesús.

Hoy parece una cosa estéril seguir sobre aquella vía de profundización conceptual. No contribuye a vivificar la imagen del Dios de la Vida. Hay que buscar la forma de volver a entender esta experiencia de la fe de otro modo.

Es necesario devolver **fecundidad vivificante** a la afirmación de la trinidad del Dios de la Vida. Es preciso lograr que deje de ser, como lo ha sido en el pasado y sigue siendo hoy para muchos cristianos, un puro misterio o verdad estéril y lejana que supera la capacidad de la razón humana, sino que constituya en cambio **un anuncio festivo y eficaz de salvación. Hay que hacer de la confesión del Dios Uno y Trino una fuerza que contribuya a hacer triunfar la Vida sobre la Muerte en la realidad concreta de la vida cotidiana y de la historia.**

3. No a la lógica del acaparar

3.1. Las afirmaciones tradicionales de la fe

Tenemos un punto de apoyo para llegar a este fin: una afirmación del **concilio de Florencia** (año 1439) que se ocupó de la cuestión trinitaria. Este concilio fue convocado con la intención de superar el desacuerdo creado siglos antes entre las Iglesias de Oriente y Occidente. Este Concilio, al referirse a la Vida íntima del Dios revelado en Jesucristo, afirmó, con una terminología propia de la época, que en Él **“todo es una sola cosa, salvo en donde se da una relación de oposición”**.

Vamos a explicar la primera parte de esta afirmación. Debemos aclarar, primero, que ese **“todo”**, al que se refiere el Concilio, es el **ser divino** que, en la sensibilidad cultural en la que se movía el Concilio, queda expresado con las categorías de esencia, naturaleza y sustancia. Nosotros, con términos más próximos a la Biblia y al mismo tiempo más en consonancia con la sensibilidad de la persona de hoy, lo podemos traducir con la expresión **“plenitud de Vida”**.

Las palabras **“es una sola cosa”** de la fórmula significan que aquel “todo”, o sea “la Vida en plenitud”, no está poseído como propio y exclusivo por ninguno de los Tres que están en Dios y que son Dios. Significan que el **Padre, el Hijo y el Espíritu son al mismo tiempo sujeto colectivo de la Vida en plenitud, y que cada uno de los Tres lo es por su parte**, de tal modo que cada uno de ellos puede decir como Jesús en el Evangelio de Juan: “Todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío” (Jn 17,10). Por este motivo la **Esencia Divina, aun siendo múltiple en sí misma, es una sola.**

3.2. Por una convivencia vivificante entre las personas

Este modo de ser del Dios de la Vida se ofrece como un programa y una propuesta para la construcción vivificante de la convivencia humana. Si las personas quieren ser vivientes, tienen aquí indicado el camino. Deben **romper la lógica del acaparar**, que lo quiere todo para sí y crea necesariamente y en consecuencia divisiones **mortificantes** y exclusiones marginadoras entre sí. **Deben buscar el compartir lo más posible lo que tienen y lo que son.**

Ahora bien, si consideramos la realidad actual de la **convivencia humana**, debemos comprobar en cambio que ella, considerada en su globalidad planetaria, **no es hoy una.**

Esto queda manifiesto sobre todo en la **triple división** existente conforme al **tener**, al **saber** y al **poder** que está presente en la sociedad mundial, y que se refleja también en cada una de las sociedades más reducidas y en cada uno de los individuos que las componen.

- En primer lugar los bienes de la vida, comenzando por los más elementales, acrecentados hoy por el progreso científico-técnico, están en manos de pocas personas. La relación con ellos está dirigida por la **lógica del acaparar**: enormes masas de personas están excluidas de su posesión y disfrute, por la estructura económica, social, política y cultural actual. Hay personas que pueden decir: “Esto es mío y sólo mío”. Y esto a nivel individual, colectivo y planetario.

Este hecho crea una brecha en el seno de la humanidad y, en consecuencia, una situación de sumisión de los más a los menos. Una sumisión en razón de la cual los primeros, o sea los excluidos, dependientes, marginados se convierten no en señores o sujetos de los bienes junto con los segundos, sino al contrario en sus esclavos. Es una forma de esclavitud que no siempre se percibe claramente, pero que no por eso deja de ser real.

- En segundo lugar constatamos que **la cultura**, como posibilidad de acceso al conocimiento y a la información, especialmente a la que da también la posibilidad de hacer y de decidir, es también monopolio de unos pocos. Y generalmente de los más favorecidos por la situación económica, social y política. Esta también está regida por la lógica del acaparamiento.

Desde este punto de vista grandes grupos humanos son marginados de algo que constituye un bien de la vida, puesto que abre el camino a muchas posibilidades en el mundo actual. Tal marginación crea en ellos una situación de sumisión y de dependencia respecto a los que saben.

- Constatamos todavía una tercera división, ligada a las dos anteriores: los que tienen y saben son quienes ordinariamente tienen en su mano **el poder de decisión**, y de hecho deciden sobre fines y medios de la vida colectiva. Son los poderosos los que cuentan. El poder es administrado por ellos de acuerdo con la lógica del acaparamiento.

De este modo, el proceso de sumisión y de dependencia esclavizante de los más con los menos alcanza su último peldaño. Las decisiones sobre el propio destino colectivo, y en gran parte sobre el individual, no son comunes sino propias y exclusivas solamente de algunos. El sujeto humano de las opciones no es en realidad la colectividad o los individuos interesados por ella, desde el momento en que muchos son excluidos de ellas y se convierten en simples ejecutores pasivos, consciente o inconscientemente, de cuanto deciden otros, es decir los que tienen el poder.

Esta triple división global de la convivencia social se reproduce, en forma y medida diversa, a altos niveles sectoriales: en el estado, en los partidos políticos, en los sindicatos, en la escuela, en la familia...

Esta situación es fuente de Muerte para la humanidad. De las mayorías, que son despojadas de la Vida de mil maneras, y de las minorías, que lo son también a causa de su modo de actuar con las primeras. Los hechos están ahí: son evidentes para cualquiera que no quiera cerrar los ojos.

En este contexto la confesión del Dios de la Vida como un Dios trinitario exige un compromiso de cara a una transformación vivificante de la situación, una transformación que lleve a la superación de la triple división que acabamos de describir y de la lógica que la rige.

Eso significa que, si se cree en este Dios, hay que poner en marcha una acción orientada a una superación de la realidad dividida de modo que el sujeto de los bienes de la vida, del saber y del poder de decisión, en sus diversos niveles, sean todos y cada uno de los interesados, y no sólo algunos de ellos. Es el modo concreto de hacer posible el triunfo de la Vida sobre la Muerte.

4. Si a la existencia del “otro”

4.1. El dato de la fe

Vamos a tratar la segunda parte de la afirmación del **Concilio de Florencia**, que decía: “En Dios todo es una sola cosa, salvo en donde se da una relación de oposición”.

Las últimas palabras quizás resultan extrañas a nuestros oídos. Son una manera propia de la época para afirmar, en el interior de la unidad sustancial de la Vida divina, la **distinción existente** entre el **Padre**, el **Hijo** y el **Espíritu**.

Cada uno de Ellos –se quiere decir– es él mismo en una irreplicable singularidad, singularidad que se conserva intacta en el seno de la más total unidad. Esta última, en efecto, no elimina la distinción, lo mismo que la distinción no elimina la unidad.

Nosotros podemos expresar, mediante las palabras **originalidad** o **alteridad**, lo que quiso decir el Concilio de Florencia, dada la sensibilidad en que se movía, al valerse de la categoría, quizás demasiado lejana para nuestra mentalidad actual, de “relación de oposición”.

4.2. Estar juntos, respetando la originalidad del otro

Si miramos la realidad humana, en orden a cuya transformación vivificante confesamos nuestra fe trinitaria en el Dios de la Vida, constatamos que en ella está presente un proceso (abierto o velado) de supresión de la originalidad o alteridad de los sujetos, tanto a nivel global cuanto a niveles sectoriales. Está dirigido por la **lógica de la repetición de lo idéntico**, a nivel planetario.

Lo que sucedió en el pasado, en la colonización por parte de algunas naciones dominadoras en otros pueblos sometidos por ellas, se encuentra hoy a escala mundial, aunque de modo diferente.

En el contexto de la triple división anteriormente descrita, el grupo de los que tienen, que saben y que deciden, no permite a la masa de los más el ser verdaderamente ellos mismos.

En efecto, o bien los marginan no considerándolos sujetos de valor o riquezas humanas propias, o bien ejercen sobre ellos un influjo colonizador, en el sentido de que hasta aceptan integrarlos en su ámbito, mas sólo a condición de que asimilen su visión de las cosas, o se las ingenian de mil modos para infundir en ellos tal visión.

No se trata ahora, como en el pasado, de la supresión de lo que un sector cultural lleva consigo como propio, nuevo e irreplicable, sino de la eliminación o represión de cuanto históricamente original o diverso lleva consigo y en sí la masa de los más, aunque a veces sea de un modo confuso y poco elaborado sistemáticamente. No se les permite ser otros. El esquema descrito se reproduce en forma y medida diversas a nivel sectorial.

Esto sucede, por ejemplo, en la familia, en el ámbito de la relación padres-hijos; en la escuela, en el ámbito de la relación docentes-estudiantes, educadores-educandos; en la sociedad política, en el ámbito de la relación autoridad-pueblo, adultos-jóvenes, blancos-negros, patronos-obreros, civilizados-indígenas...; en la Iglesia, en el ámbito pastores-fieles... En todos estos casos el segundo miembro del binomio no está autorizado para ser diferente del primero, para ser “otro”.

Debe convertirse, en realidad, en una repetición del primero, una repetición idéntica. También aquí, lo mismo que en el otro aspecto considerado antes, resulta fácil constatar lo mucho que esta anulación de la originalidad de los sujetos constituye una fuente de Muerte para la humanidad, y lleva a desembocar la antítesis o dialéctica Vida-Muerte del lado de la Muerte.

Confesar la fe en Dios Uno y Trino en este contexto concreto y angustioso significará actuar para romper la **lógica de la homologación**, que tiende a hacer del otro la repetición de sí mismo.

En concreto, a dar espacio humano a la originalidad o alteridad de los sujetos y, por consiguiente, a comprometerse en la transformación de la sociedad a fin de que sea eliminada toda forma de “colonización” global y sectorial. Esto es, a fin de que todo sujeto, individual o colectivo, sea reconocido y aceptado en su irreplicable originalidad y en su novedad.

Más en concreto, significará actuar para que la sociedad mundial elimine de su seno la colonización ideológica del bloque de los que tienen, saben y pueden decidir, frente a los que no tienen, no saben y no poseen tal poder; para que en la familia se acepte los hijos como diferentes de los padres y se les anime a serlo; para que en la escuela se anime a los estudiantes en su capacidad de novedad en relación con sus profesores; para que en la sociedad política no impongan los adultos a los jóvenes sus modelos de pensamiento y de vida, ni los hombres a las mujeres, ni los blancos a los negros, ni los patronos a los obreros; para que en la Iglesia del Dios Uno y Trino se reconozca a los laicos su puesto y su responsabilidad original.

5. No a la solidaridad cerrada

5.1. Otra afirmación dogmática

La fe trinitaria, además de decir que en el Dios de la Vida se da la perfecta unidad con respeto absoluto de la alteridad, nos dice también que esta **unidad** y esta **alteridad se dan concretamente entre tres**: el **Padre**, el **Hijo** y el **Espíritu**.

Ya la alteridad de la que hemos hablado en el punto anterior rompía el cerco cerrado de la simple repetición de lo idéntico; ahora la afirmación de la existencia de tres, y no sólo de dos, en el seno de la infinita plenitud de Vida de Dios, nos ofrece los principios de una comprensión fecunda para la convivencia humana, a todo nivel.

5.2. Abrirse a los demás, compartiendo Vida

En nuestro mundo existen unos estilos de convivencia organizados bajo la lógica de la solidaridad cerrada. Hay unos grupos, pequeños o grandes, que comparten en su interior lo que tienen y a veces hasta lo que son, pero que se cierran en su cerco bloqueando la circulación de los bienes dentro de las fronteras que les separan de los demás.

Así, resulta a veces que en el ámbito familiar marido y mujer viven en una intensa relación conyugal recíproca, pero no quieren abrirse a la posibilidad de un tercero o terceros que comportan su felicidad; o bien, que toda la familia vive en su interior una dinámica y enriquecedora situación que compartir el afecto y los bienes materiales y culturales, pero no tiene la menor apertura a las necesidades de los demás.

Hay también asociaciones culturales, sociales, económicas y religiosas cuyos miembros comparten algunos bienes que constituyen su patrimonio común, pero no están dispuestas a abrirse a los extraños al grupo. Custodian celosamente lo que es suyo, y hasta desarrollan en su interior posiciones, muy generosas y solidarias, pero todo acaba en el cerco limitado de su pertenencia. Hasta puede darse algo semejante dentro de las comunidades eclesiales.

Hoy la humanidad está marcada planetariamente por semejante situación, si se tiene presente la brecha existente entre el Norte rico y “desarrollado” y el Sur pobre y cada vez más atrasado. Los pueblos del Norte tienden a crear una solidaridad entre ellos y a apoyarse y defenderse mutuamente. Pero dejan a los pobres del Sur esperando en vano “las migajas que caen de su mesa”. Se trata de situaciones concretas que inciden en la Vida y en la Muerte de millones de personas.

Confesar que en Dios está la plenitud de la Vida compartida por Tres y no sólo por dos, significa esforzarse por superar la **lógica de la solidaridad** cerrada, con la convicción de que sólo así se podrá llevar la dialéctica entre la Vida y la Muerte hacia la victoria de la primera sobre la segunda.

De este modo **la fe trinitaria en el Dios de la Vida se constituye en una crítica del presente, y en un estímulo constante de cara a un futuro más pleno, más maduro y vivificante para todos**.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del material

- a. Señala las cuestiones que no quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo

- 1.^a parte: Puesta en común.
- 2.^a parte: Síntesis del profesor.

3. CONTRASTE PASTORAL

- a. ¿En qué cuestiona o ratifica la acción pastoral que realizo?
- b. ¿Qué llamadas percibo y qué pasos tendría que dar a nivel parroquial, arciprestal...?
- c. Si Dios es comunitario, plenitud de vida familiar (Padre, Hijo y Espíritu Santo):
¿Cuál debe ser nuestro ideal de ser?
- d. Si Dios nos hace a su imagen en el saber, tener y poder:
¿Cómo tienen que ser nuestras estructuras sociales, económicas, políticas?

4. ORACIÓN

Tener

Suficiente alegría para ser siempre amable,
Suficiente dolor para ser siempre humano,
Suficiente esperanza para ser feliz,
Suficientes fracasos para ser humilde,
Suficientes éxitos para ser entusiasta,
Suficientes amigos para echar una mano,
Suficientes cosas para no morir ahogado,
Suficiente fe para crecer en esperanza y amor,
Tener todo lo posible de Dios para, sobre todo, SER.

Señor te pedimos tener lo suficiente, para poder ser,
pero también para compartir con todos,
para no herir a nadie y con todos poder formar comunidad,
grupos donde aprendamos a ser con otros,
trabajar con los otros,
donde los otros tengan nombre y
todos nos pongamos al servicio de los empobrecidos. Amén.

EL DIOS DE JESUCRISTO

8ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

V. EL DIOS DE LA VIDA Y DE LA NATURALEZA

1. La persona y la naturaleza: ayer y hoy.
2. El Dios creador.
3. Una naturaleza para la Vida de la persona.
4. Una relación adecuada con la naturaleza.
5. Una naturaleza al servicio de la vida de todos.

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.

2.	Historia de Prometeo	Historia de la persona	Historia de Jesús
	<p>Hombre solidario con los hombres, descubre lo felices que son los dioses en el monte Olimpo, lugar de los dioses, entorno al fuego divino.</p> <p>Y sin embargo ve a los hombres pasando penurias y con frío. Decide robar el fuego divino a los dioses, sube al monte Olimpo, para dárselo a la humanidad y así fuesen, como dioses, felices. Zeus, dios de los dioses se llena de cólera y le castiga, de por vida, a estar encadenado a una roca para que un águila le comiese los hígados todos los días, pues todos los días se le reproducían.</p>		<p>-Él, a pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios,</p> <p>-Al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo.</p> <p>Así obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz (Filp. 2,6ss)</p> <p>-Tanto amó Dios al mundo que le dio a su propio Hijo, para que tengan vida eterna y no perezca ninguno de los que crean en él (Jn 3,16)</p>

Describe los rasgos de Prometeo.

Describe las pretensiones de la persona de hoy.

Describe el proyecto de Dios.

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

V. EL DIOS DE LA VIDA Y DE LA NATURALEZA

En esta sesión vamos a hablar del Dios de la Vida en relación con la naturaleza en medio de la cual ha vivido desde siempre la persona, naturaleza que constituye un componente esencial de su existencia en este mundo.

1. La persona y la naturaleza: ayer y hoy

La relación que tenemos hoy con la naturaleza es diferente de la que con ella tenían las personas que nos precedieron. Y no sólo los que vivieron en siglos precedentes, sino también los de hace apenas algún decenio. Como ya hemos destacado en las primeras sesiones, el progreso científico-técnico actual ha llevado a modificar profundamente esta relación.

Las consecuencias están a la vista de todos, tanto las positivas, que son muchas y estupendas, como las negativas, que constituyen una especie de pesadilla colectiva. El problema ecológico, cada vez más apremiante, es un claro indicio de ello, aunque no sea el único.

Es, en efecto, cada día más evidente que determinada manera de llevar adelante el progreso científico-técnico está poniendo en grave peligro la naturaleza en su integridad, y está amenazando incluso la supervivencia del género humano en nuestro planeta.

Ahora bien, esta situación afecta también a la relación de las personas con Dios. Para los cristianos, más concretamente, afecta a la relación con el Dios de Jesucristo, caracterizado como un Dios de Vida para todos, a partir de los que tienen menos Vida.

Es importante, pues, enfocar esta temática, por las consecuencias concretas que comporta.

2. El Dios creador

Hay en la Biblia un dato repetidamente subrayado: el Dios Viviente, que ha intervenido para dar libertad y vida al pueblo esclavo y oprimido en Egipto, y que después ha sacado a Jesús del sepulcro, con el poder de su Espíritu, es el **creador del mundo**.

Es un dato que lo encontramos en las primeras páginas de la Escritura. Estas presentan dos narraciones que relatan los orígenes del universo en Gn 1 y en Gn 2-3, destinadas a crear el marco en el que encuadrar la historia de la salvación que encuentra su punto focal en el éxodo de Egipto.

De este modo la Biblia logra saldar la distancia entre el Dios salvador, que Israel ha experimentado y sigue experimentando en su historia, y el Dios creador del universo, que experimenta al contacto con la naturaleza.

La **primera narración** (Gn 1) se debe a la tradición creada después de la vuelta del pueblo del destierro de Babilonia, y por tanto en el siglo V antes de Cristo.

Como sucede a menudo entre los pueblos antiguos, ésta cuenta los inicios del mundo sirviéndose de un esquema espacial: el universo dividido en diversos estratos superpuestos, y un esquema temporal: los siete días. Una de sus principales intenciones, de acuerdo con la sensibilidad de sus autores, pertenecientes a la que ha sido llamada por los biblistas “tradición P o sacerdotal”, es justificar la santidad del sábado como día de reposo consagrado a Dios.

En la descripción, día tras día, el divino Artífice va sacando de la nada a la existencia los diversos seres de la naturaleza, hasta crear, en el sexto día, la creatura-cumbre, el hombre, al que confía todo lo creado (Gn 1,26-28): “El sexto día... creó Dios el hombre... macho y hembra... y les dijo: “Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra”. El séptimo día descansó Él de sus obras, dando así ejemplo al hombre.

La **segunda narración** pertenece a la llamada “tradición J o **Yahvista**”, y hay que situarla hacia el siglo X antes de Cristo.

Ésta, para preparar desde lejos la intervención salvadora y liberadora del Dios Yahvéh en favor del pueblo hebreo esclavo en Egipto, narra con matices propios no sólo los inicios del mundo y del hombre, sino también la aventura que explica todas sus desgracias: su primer pecado (Gn 3,1-24) que después será llamado, en la historia de la teología, “pecado original”.

Estas dos narraciones, muy poéticas, aunque utilizan elementos literarios de la mitología de los pueblos de alrededor, se diferencian profundamente de ellas. Entre otras diferencias se percibe con claridad la siguiente: el Dios que crea el mundo y el hombre es un Dios que actúa con soberana libertad, llamando los seres a la existencia sin más fuerza que la de su palabra. Él “dice”, y las cosas empiezan a existir.

Eso significa, ante todo, que para la fe que ha producido estas páginas, como las demás en las que la Biblia expresa su modo de entender a Dios, **la naturaleza no es Dios**, ni divina, sino **“algo distinto de Dios”**.

Y permite afirmar, como lo ha hecho en sintonía con la sensibilidad actual el Concilio Vaticano II (GS 36b), que este Dios llama a la existencia a la naturaleza dándole densidad y consistencia propias, y por tanto fundando su autonomía en el ser y en el obrar.

“Autonomía” quiere decir, precisamente, que ella existe y actúa en fuerza de sus propios dinamismos internos y según sus leyes intrínsecas, sin necesidad de una intervención inmediata o directa por parte de Dios.

Conocemos el largo camino que ha hecho la persona durante estos últimos siglos en la toma de conciencia de tal autonomía. Lo hemos visto anteriormente, al hablar del fenómeno de la **secularización**. La ciencia y la técnica han tenido un papel decisivo respecto a ello, porque han dado la posibilidad a las personas de descubrir las leyes intrínsecas que rigen los fenómenos de la naturaleza, desvelando así las causas inmediatas que los producen.

Secularización y desdivinización o **desacralización** de la naturaleza van a la par. Cuando la persona logra colocarse por encima de la naturaleza, ésta pierde automáticamente a sus ojos su carácter sagrado.

3. Una naturaleza para la vida de la persona

El Dios creador de la fe bíblica es, en realidad, la última fuente de la desdivinización o **desacralización** de la naturaleza, como se advierte en las citadas páginas del libro del Génesis. En ellas el sol, la luna y los otros astros, tan a menudo divinizados y convertidos en objeto de adoración por parte de los pueblos antiguos, son intencionadamente presentados como simples creaturas de Yahvéh, resultado de su soberano y libre querer.

De este modo este Dios abre el camino a la persona para un nuevo tipo de relación con la naturaleza dentro de la dialéctica o antítesis Vida-Muerte en que existe y se debate. Nuevo tipo de relación que puede desembocar en una solución vivificante de tal dialéctica, si la persona la orienta como corresponde.

Es evidente: la naturaleza es una fuente formidable de Vida para las personas. Lo es de mil formas diversas, comenzando por el aire que respiran, el agua que beben y el sol que los ilumina y calienta. Ella es un don maravilloso ofrecido para las necesidades fundamentales humanas. Provee y nutre. Durante millones de años las personas para sostener la propia existencia se han servido casi exclusivamente, de lo que ella les suministraba generosamente, sin grandes esfuerzos de búsqueda.

Pero muchas veces la naturaleza se convierte también en fuente de Muerte. Las enfermedades y los cataclismos naturales de diversa índole que se producen, sin intervención humana alguna, son una demostración evidente. La naturaleza mata también, y de forma inexorable. Y no sólo la naturaleza que es exterior a la persona, sino también la que va dentro de ella. En el fondo, la muerte biológica por enfermedad o por vejez es efecto de la naturaleza.

Ahora bien, una concepción divinizante o sacralizante de la naturaleza ha llevado a la persona en el pasado –y en muchos casos todavía le lleva hoy– a una actitud respecto a ella de sumisión pasiva

y resignada, cuando no sin más fatalista. No le permite reaccionar contra ella para modificar sus efectos negativos. Si ella y sus fenómenos son sagrados, expresiones directas de lo divino y de su voluntad, la persona no puede permitirse oponerse a ellos.

Eso hace a la persona por tanto esclava, la pone en situación de inferioridad en relación con la naturaleza.

Durante milenios han vivido las personas en esta condición, dominadas por el miedo de lo que consideraban manifestaciones de la divinidad en una naturaleza más de una vez vengativa y hostil.

El Dios de la revelación bíblica, en cambio, ese Dios en el que creyó y esperó Jesús y que le libró de la muerte en la Pascua, pone su creación en las manos de la persona. No la ha hecho para Sí, puesto que no la necesita, sino para la persona. No considera las intervenciones humanas sobre la naturaleza como ofensas hechas a su dominio sobre ella, como los dioses de muchas otras religiones antiguas, celosos de su dominio sobre las cosas, sino que, al contrario, invita a la persona a realizarlas: "...dominad la tierra" (Gn 1,26).

De este modo, por el hecho de quitar a la naturaleza y a sus fenómenos el carácter divino o sagrado, y de fundar así su autonomía, el Dios creador abre a la persona la posibilidad de actuar sobre ellos para orientarlos responsablemente hacia la Vida. Le abre un espacio de libertad en favor de la Vida.

En consecuencia, por el simple hecho de ser creador, Él es también **Vivificador, transmisor de Vida**.

4. Una relación adecuada con la naturaleza

Debemos, sin embargo, añadir que el camino que el Dios creador abre a la persona, precisamente porque es Dios de la Vida, no es el de un dominio despótico de la naturaleza, sino el de una **gestión vivificante** suya, que no haga violencia a la misma naturaleza, sino que la oriente amistosamente hacia los fines para los que ha sido creada.

En este contexto adquiere un relieve muy significativo la manera de comportarse Jesús a partir de lo que nos sugieren los evangelios.

Él, en efecto, si por una parte demuestra tener una conciencia clara de que sólo Dios, su Padre y Creador de todas las cosas, es Dios, mientras que todo lo demás es sólo su creatura; por otra, las trata con una actitud profundamente libre y amigable.

Jesús da, en efecto, signos patentes de amor a las plantas y las flores; habla con afecto de los lirios del campo y de los pájaros del cielo (Mt 6,26-29); se sirve de los bienes proporcionados por la naturaleza con alegría y gratitud y con una desconcertante naturalidad.

En la historia del cristianismo ha habido una persona que vivió con incomparable intensidad esta actitud de Jesús ante las creaturas: Francisco de Asís. Él fue una persona enamorada de todo lo creado y supo hacer de todo ser un hermano y una hermana. Su "Cántico de las creaturas" es un testimonio de ello.

Contrasta mucho con lo que está sucediendo hoy en el mundo. Es verdad, como hemos dicho, que el proceso científico-técnico de los últimos decenios ha potenciado la capacidad de dominio de la persona sobre la naturaleza. Gracias al conocimiento de la racionalidad de los fenómenos, las personas están cada vez más en situación de adueñarse de su funcionamiento. Logran hacer cosas estupendas, tanto en el ámbito del microcosmos de las partículas y de la energía, como en el del mundo donde se inicia la vida humana y del macrocosmos de los astros del universo.

Han conseguido, y cada día más, erradicar enfermedades invencibles en otro tiempo, logran producir instrumentos sofisticados de trabajo, para superar el espacio y el tiempo de modos jamás soñados. Hasta han logrado poner sus pies en la luna, venerada por siglos y siglos precisamente como una diosa por muchos pueblos...

Los descubrimientos científicos ya casi no causan estupor, al ser tan numerosos y frecuentes.

Como dice el Vaticano II (GS 34), lejos de considerar todo eso como expresión de una rivalidad sacrílega frente al Dios creador, hay que mirarlo como algo que corresponde al designio de su voluntad. La mitológica figura de Prometeo, castigado por los dioses con motivo de su sacrílega incursión en el mundo de lo divino para robar el fuego, no es ciertamente cristiana.

Sin embargo, algunas señales comienzan a revelar que existe algo equivocado, por parte de la persona, en la manera de realizar esta actividad. La naturaleza está reaccionando contra la violencia que se le aplica. El problema ecológico, cada vez más vivamente sentido, tiene sus razones: las aguas de los ríos y los mares están cada vez más contaminadas, el aire es cada día menos respirable, la desertización del planeta avanza velozmente, los bosques son saqueados intensamente, las especies vivientes van siendo eliminadas.

Una gestión de la naturaleza de este género está en contradicción con la fe en el Dios de la Biblia, que es el Dios de la Vida para las personas. Solamente buscando convertirla en una gestión vivificante se puede honrar verdaderamente a un Dios así.

No se puede actuar sobre ella como si sus capacidades y energías fueran ilimitadas, y comportándose como dueños sobre ella. Al fin se la obliga a rebelarse contra la persona, produciendo su Muerte. Se la somete así verdaderamente a la “vanidad”, como ya decía S. Pablo, en otro contexto ciertamente, en la carta de los Romanos (Rm 8,20), desde el momento en que, habiendo sido creada por Dios para la Vida del hombre, se la convierte en fuente de Muerte.

La verdadera fe en el Dios creador como Dios de la Vida debería conducir a **cultivar una relación con la naturaleza** que, aun respetando de hecho la superioridad de la persona sobre ella y su libertad, fuese verdaderamente **amistosa**.

5. Una naturaleza al servicio de la vida de todos

Hay otro aspecto aun ligado con la imagen del Dios creador de la revelación cristiana que queremos subrayar: el del **destino universal de los bienes de la naturaleza**.

Como ya hemos dicho, Dios no creó este mundo para sí, puesto que no lo necesitaba. Lo creó para la persona, para su Vida. Por eso lo confió a su laboriosidad y diligencia. La segunda narración del libro del Génesis, sobre todo, lo destaca claramente.

Pero, obrando de este modo, El no hizo distinciones entre las personas por lo que toca al destino de tal don.

El Vaticano II subrayó con fuerza esta idea (cf. GS 69), y en su encíclica Sollicitudo Rei Socialis el papa Juan Pablo II volvió sobre ella hasta nueve veces: **los bienes creados por Dios son para todos, y no sólo para algunos privilegiados** (7.9.10.21.22b,d.28.39.42).

La razón parece clara: puesto que Él es el Dios de la Vida, ha creado el mundo para la Vida en plenitud de las personas, para todas sin excepción, y no sólo para algunas de ellas. Más aún, si es el Dios de la Vida, empezando por las que tienen menos de ella, no puede desdecirse su voluntad de Vida frente a los bienes de la naturaleza.

Toda forma de acaparar, por tanto, individual o colectivamente, tales bienes se convierte en una fuente de esclavitud y de Muerte para las personas. Para todas, sin excepción: para las que están privadas de ellos, sobre todo, pero también para los mismos acaparadores.

Esto es de plena actualidad en tiempos como los nuestros, en los que el mundo, como hemos recordado, se encuentra como cortado planetariamente en dos: por una parte, un Norte cada vez más rico y desarrollado científica y técnicamente y, por la otra, un Sur cada vez más pobre y menos desarrollado. Con el agravante de que la riqueza y el bienestar del Norte crecen a costa del Sur.

Así las cosas, la fe en el Dios creador conlleva una denuncia radical de la actual situación planetaria. Los millones de muertos causados por ella son como una blasfemia contra Él. Por eso, **aceptar este Dios como Dios de la Vida significa comprometerse a transformar esta situación con el objetivo de que los bienes de la vida, aumentando cada vez más, puedan ser compartidos con equidad entre todas las personas**.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del material

- a. Señala las cuestiones que no quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo

- 1.ª parte: Puesta en común.
- 2.ª parte: Síntesis del profesor.

3. CONTRASTE PASTORAL

- a. ¿En qué cuestiona o ratifica la acción pastoral que realizo?
- b. ¿Qué llamadas percibo y qué pasos tendría que dar a nivel parroquial, arciprestal...?
- c. Cuáles deben de ser:
 - los rasgos de la persona creyente en el Dios de Jesús;
 - las pretensiones de la persona creyente en el Dios de Jesús;
 - tu proyecto personal como conocedor/a del Dios de Jesús.

4. ORACIÓN

Se buscan hombres y mujeres

Se buscan hombres y mujeres
que se sientan llamados
y enviados en nombre del Señor Jesús.
Que vivan la alegría de ser amados y salvados gratuitamente,
sin miedo al mañana, sin miedo al hoy,
sin complejos del pasado.

Se buscan hombres y mujeres
que no cambien por cambiar, que no hablen por hablar,
que no recen por rezar, que no se muevan por moverse.

Se buscan hombres y mujeres
capaces de vivir junto a los otros, por los otros y hacia los otros,
capaces de trabajar, sentir, llorar, pensar y soñar con los otros.

Se buscan hombres y mujeres
capaces de saber perder sin sentirse destruidos,
de vencer sin sentirse omnipotentes,
de dudar sin perder la fe,
de autocriticarse, de ser pobres,
de llevar paz donde hay inquietud y la inquietud donde hay paz.

Se buscan hombres y mujeres
que sean valientes para vivir el evangelio.
Se buscan hombres y mujeres
que, sobre todo, hablen con su vida.

Señor, he nos aquí, haz de nosotros discípulos tuyos,
apóstoles de tu evangelio, testigos de tu gracia salvadora,
barro dócil en tus manos. Amén

EL DIOS DE JESUCRISTO

9ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

VI. EL DIOS DE LA VIDA Y DE LA HISTORIA

1. Un modo original de concebir el tiempo.
 - 1.1. Los otros pueblos: un tiempo rotatorio.
 - 1.2. Israel: un tiempo orientado al futuro.
 - 1.3. Un templo para un Dios “nómada”.
 - 1.4. Las tentaciones de Israel.
 - 1.5. Los Profetas: por un Dios del futuro y de la novedad.
2. Dios, las personas y la historia.
 - 2.1. La majestuosa santidad de Dios.
 - 2.2. Un Dios santo que se mete en la historia.
3. El espesor divino de la historia humana.
4. Un Dios “alternativo”.

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.
2.
 - Di dos frases fatalistas.
 - Anota dos hechos en los que parece que son los que “determinan” la historia.
 - Analiza las consecuencias sociales, económicas,... religiosas que tienen.

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

VI. EL DIOS DE LA VIDA Y DE LA HISTORIA

1. Un modo original de concebir el tiempo

Además de ser reconocido como el Creador de todo –naturaleza y persona–, en el Antiguo y Nuevo Testamento el Dios Uno y Trino de la Vida es creído, aclamado y celebrado como el **Señor de la historia**.

Más aún, este segundo rasgo está todavía más recalcado que el primero, el cual adquiere también a su luz matices propios. En efecto, como ya hemos visto, la creación es para la fe bíblica el primer acto de la historia de la salvación de Dios en favor de las personas.

En este punto la singularidad del pueblo de Israel resalta de modo particular frente a los pueblos de su alrededor y frente a todos los demás pueblos de aquella época.

El pueblo del Antiguo Testamento tiene una concepción propia y peculiar del tiempo, en la que probablemente ejerció un influjo notable su experiencia originaria de vida, experiencia que tuvo a su vez repercusión en su modo de concebir lo divino.

1.1. Los otros pueblos: un tiempo rotatorio

Para entender esto hay que recordar que los pueblos antiguos estaban en general muy ligados al giro repetidor de los astros, sobre todo de la luna y del sol.

Para personas que vivían sobre todo de la agricultura, el sol tenía una importancia clave. Su giro diario medía el horario de sus actividades; y su giro anual regulaba sus actividades: la arada de la tierra, la siembra, la cosecha, eran operaciones gobernadas por las fases solares.

Por eso muchos pueblos adoraban al sol como a la suprema divinidad, y celebraban con ritos su nacimiento anual, tras su desaparición casi total en el invierno, como liturgia de su resurrección.

Entendían el tiempo como un reflejo, imperfecto y pálido, del **tiempo de los dioses**. Un tiempo que gira incesantemente sobre sí mismo, como el día con sus fases sucesivas y como el año cósmico con sus estaciones, a la manera de una serpiente que se muerde la cola. Es la concepción que aflora todavía en el dicho popular: “¡Es la rueda de la vida!”. “La historia se repite”.

Muchos de esos pueblos expresaron su modo de concebir las cosas mediante el conocido **“mito de la eterna rotación”** (M. Eliade).

En este contexto se daba importancia a la celebración del principio del año. Era el momento en el que, dejando atrás lo que ya era viejo y gastado, se empezaba de nuevo. Se volvía a los orígenes, a la edad de oro, al **“paraíso terrenal”** que constituía como la época idílica de la existencia del mundo y de la persona. Desde entonces iba degradándose el tiempo hasta llegar al decaimiento total y a la muerte, para renacer de nuevo, fresco y lleno de fuerzas, en la vuelta a su origen primero. En pocas palabras, para los pueblos antiguos lo mejor quedaba siempre atrás. Y, además, nada nuevo podía acontecer. Todo era en resumen repetición de cuanto había sucedido ya.

Un libro de la Biblia, que aunque tiene en su conjunto una manera diversa de concebir las cosas, recoge este modo de pensar: “Sale el sol y el sol se pone; corre hacia su lugar y allí vuelve a salir. Lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso se hará. Nada nuevo hay bajo el sol” (Qo 1, 5-9).

Este modo de entender el tiempo tenía consecuencias sobre las personas y los pueblos ligados al presente como repetición del pasado. Preferían repetir lo que ya se había hecho para asegurarse la bendición divina. El futuro, el futuro de la verdadera novedad, no existía.

1.2. Israel: un tiempo orientado al futuro

Bajo este punto de vista en el pueblo de Israel se calculaban las cosas de distinta forma. Ya hemos señalado en otra sesión, cómo este pueblo quedó marcado para siempre, también en su fe, por la ex-

perencia de pueblo seminómada: **“Mi padre era un arameo errante”**, dicen las primeras palabras del “credo” ritual en la celebración de las primicias en el Templo (Dt 26,5).

Los Patriarcas, en efecto, no eran agricultores, sino personas “de tienda”, que vivían principalmente de su ganado. De él sacaban alimento, vestido y piel o tela para su habitación. Para alimentar a su ganado andaban constantemente hacia lugares que ofreciesen pastos abundantes. Acabada la posibilidad de tenerlos en una zona, enrollaban sus tiendas y partían en busca de otra.

De acuerdo con la Biblia fue dentro de estas condiciones de vida seminómada en las que el fundador de su estirpe, **Abraham**, fue llamado por el Dios que hizo alianza con él y le invitó a salir de su región para ir hacia una tierra nueva y desconocida (Gn 12,1 ss).

Y, tras él, también sus hijos Isaac y Jacob, lo mismo que los doce hijos de este último, que dieron principio a las doce tribus de Israel, llevaron un estilo de vida semejante.

Y también tras la liberación de Egipto, donde se habían transformado poco a poco en fabricantes de ladrillos para la construcción de las ciudades-granero del Faraón (Ex 5,6), los descendientes de Abraham tuvieron que hacer una larga peregrinación antes de entrar en la nueva tierra que Dios les había prometido. Durante esta larga peregrinación, habitaron en tiendas, como los Patriarcas, y su Dios les acompañaba constantemente. También Él era un **Dios-de-tienda**.

La **“tienda del encuentro”** (Ex 25,22; 29,42-43; 33, 7-11), hecha por Moisés según órdenes divinas y donde él y el pueblo podían hablar con Dios presente entre los querubines del arca de la alianza, acompañaba por el desierto a la caravana, precediéndola. Cuando el pueblo se detenía, también ella se detenía con él, y cuando el pueblo debía reemprender la marcha, se desmontaba y llevaba a hombros hasta la próxima parada, donde de nuevo se volvía a montar (Nm 10,17). Era el lugar de la presencia de Dios en medio del pueblo que había elegido como aliado.

De este modo, el Dios que había arrancado a Israel de la esclavitud de Egipto y le había abierto una posibilidad de novedad, de futuro y de vida, lo renovaba constantemente en marcha hacia el futuro prometido por Él mismo. Era un Dios que no permitía a su pueblo quedarse instalado en las estaciones intermedias. Le empujaba a ponerse siempre en camino.

1.3. Un templo para un Dios “nómada”

Cuando llegaron a la tierra prometida, Israel fue sometido a un proceso gradual de vida sedentaria. Se hizo un pueblo sobre todo agrícola, y este proceso tuvo profundos efectos sobre su concepción de Dios.

En el reino de Salomón se construyó un templo al Dios de Israel. Desde entonces, en vez de morar en una tienda movable, enrollable y portátil, Él empezó a habitar en un edificio estable, edificado sobre el Monte Sión, en Jerusalén, la ciudad conquistada por David (2 Sam 5,6-9). Respecto a esto hay que destacar dos cosas, que permiten comprender lo mucho que la imagen del **Dios-de-tienda** permaneció profundamente anclada en la fe del pueblo.

- La primera es que la construcción del templo dedicado a Yahvéh fue muy debatida. Se encuentran huellas de ello en el segundo libro de Samuel. Se lee en él, efectivamente, que el profeta Natán, dirigiéndose a David, que le había manifestado el deseo de sustituir la tienda en la que se encontraba el Arca de la alianza por un templo, le dijo en nombre de Dios:

“¿Me vas a edificar tú una casa para que yo habite? No he habitado en una casa desde el día en que hice subir a los hijos de Israel de Egipto hasta el día de hoy, sino que he ido de un lado para otro en una tienda, en un refugio. En todo el tiempo en que he caminado entre todos los hijos de Israel, ¿he dicho acaso a uno de los Jueces...: por qué no me edificáis una casa de cedro?” (Sam 7,5-7). La voz del Profeta manifiesta la sensibilidad de los que en el pueblo tenían una conciencia clara de la singularidad de su Dios: **Él había sido y debía seguir siendo un Dios-de-tienda**.

- La segunda es que, según la Biblia, también cuando fue construido el gran templo, éste, y sobre todo su parte más sagrada, que se llamó “el Santo de los Santos”, donde residía Yahvéh entre las alas de los querubines, calcaba exactamente aquella que, según la tradición, era la tienda de Dios en el desierto (2 Sam 6,15-30).

Es probable que las cosas hayan sucedido de otro modo, es decir, que el que ha descrito la construcción de la tienda de Yahvéh en el desierto se haya inspirado en la realidad del templo de Jerusalén posterior en varios siglos, pero eso interesa poco. Lo que cuenta, en cambio, es que también el templo, aun siendo un edificio sólido y estable, se remonta a la imagen del **Dios-de-tienda** que preside la fe de Israel.

Esta imagen seguirá después viva también entre los cristianos, como lo reflejan algunos datos de los escritos del Nuevo Testamento. Dos son los más notables al respecto.

- El primero nos lo ofrece el evangelio de Juan. En el prólogo, hablando de Jesús como Palabra de Dios que viene al mundo para la salvación de las personas, condensa el gran acontecimiento en esta expresión: **“y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros”** (Jn 1,14).

De este modo, la presencia salvífica definitiva de Dios en el mundo, viene concebida como presencia en una tienda. Lo que era la “tienda” en el Antiguo Testamento, lugar de la presencia de Dios para el pueblo en su peregrinación hacia la tierra prometida, ahora lo es Jesús en persona: Él es el **Enmanuel**, el **Dios-con-nosotros**, pero como **Dios-de-tienda**.

- El otro dato neotestamentario nos lo presenta el libro del Apocalipsis. En él aparece Dios sobre todo como un Dios que, en Cristo y mediante el Espíritu, lleva la historia de la humanidad al alcance de su meta, a su futuro definitivo.

El escritor, describiendo estos momentos finales y empleando imágenes tomadas del Antiguo Testamento, dice; “Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva... y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén... y oí una fuerte voz que decía desde el trono: Esta es la tienda de Dios con los hombres” (Ap 21,1-3).

1.4. Las tentaciones de Israel

Además de la construcción del templo, otro efecto de la fijación sedentaria de Israel fue el de su tendencia a **“baalizar”** a su Dios, a convertirlo en **“baal”**.

Esta “baalización” fue una tentación constante en el pueblo. La relación frecuente con los pueblos cananeos, entre los cuales logró situarse después de muchos problemas, le llevó a menudo a mezclar por sincretismo su fe con la religión de ellos.

La religiosidad cananea era una religiosidad de tipo cósmico, vinculada a los ciclos y a la fertilidad de la naturaleza, que encontraba en el culto al dios Baal –“el Señor”– su máxima expresión. Y **Baal era la personificación de las fuerzas de la naturaleza**. Era el dios que fecundaba la tierra a través de las lluvias y del rocío, que hacía crecer y madurar las semillas, que prestaba madurez y sazón a los campos.

La diferencia entre Baal y Yahvéh era profunda. Precisamente porque este último era un Dios que se había manifestado inicialmente en un suceso histórico y que seguía manifestándose como un **Dios de la historia**.

Su culto se diferenciaba también del culto cananeo a Baal, falto de toda verdadera exigencia ética para la vida de los que tomaban parte en él y que, sobre todo, antes que remover a sus participantes del presente de cara a un futuro, los mantenía ligados a aquel presente. Nada verdaderamente nuevo podía salir de sus celebraciones, por atrayentes y placenteras que fueran.

Y parece que eran atrayentes de veras para los israelitas. Al menos si se debe juzgar por la fascinación que ejercían sobre ellos. En más de una ocasión todo el pueblo o grupos del mismo, se dejaron seducir por ellas. Y acudían a las mismas con frecuencia. Eran mucho menos exigentes que las que se hacían en honor del incómodo Dios Yahvéh.

Un episodio de la Biblia ofrece esta tendencia sincrética del pueblo de Israel a mezclar el culto de Yahvéh con el culto de Baal: el del becerro de oro (Ex 32,1-6). Quizás no se trata sólo de un hecho aislado, sino que refleja una situación vivida repetidas veces en la experiencia de Israel.

El becerro era en Oriente el símbolo de la divinidad, y sobre todo de su fuerza y fecundidad. También, por tanto, un símbolo de Baal, el dios principal de las divinidades cananeas.

En la narración queda clara la perspectiva sincrética: el pueblo, cansado de esperar a Moisés, que había subido a la montaña para hablar con Dios, pidió a Aarón, el Sumo Sacerdote y hermano del caudillo: “Anda, haznos un dios que vaya delante de nosotros” (Ex 32,1). Y cuando Aarón, cediendo a las presiones, presentó el becerro que había hecho con su oro, ellos exclamaron: “Este es tu Dios, Israel, el que te ha sacado de la tierra de Egipto” (Ex 32,4).

En el fondo quedaba la figura de Yahvéh, el Dios de la liberación y de la historia, pero quedaba superada por la imagen de Baal, el dios del ciclo eterno de las estaciones.

1.5. Los Profetas: por un Dios del futuro y de la novedad

Se comprende en este contexto la intervención a menudo desconcertante de los profetas, que a veces se presenta con rasgos radicales. Hombres llenos de celo por Yahvéh y por la vida y el futuro del pueblo, no podían soportar esta ambigüedad.

Destaca entre todos Elías, en la época del rey Ajab. Su mismo nombre era todo un programa: “El-Jah” significa “¡Yahvéh es Dios!”.

Su celo por la pureza de la imagen del Dios de la historia encuentra su máxima expresión en la narración del desafío lanzado por él al pueblo delante de los sacerdotes de Baal, introducidos entre el pueblo por la reina Jezabel, hija de Ittobaal, rey de Sidón (1 Re 18,20-40) y mujer de Ajab.

El desafío de Elías iba contra los sacerdotes de Baal, mas con la intención de provocar a su pueblo: “¿Hasta cuándo vais a estar cojeando de un lado a otro? Si Yahvéh es Dios, seguidle; si Baal, seguid a éste” (1 Re 18,21). El pueblo acompañó en silencio el desarrollo de lo que sucedía. Los sacerdotes de Baal no consiguieron hacer bajar fuego del cielo; el fuego invocado por Elías, en cambio, no sólo consumó el holocausto, sino también la leña, las piedras y hasta el polvo, absorbiendo el agua que llenaba la zanja construida alrededor (1 Re 18,40).

La narración termina brevemente, con un epílogo tremendo para nuestra mentalidad: “Elías les dijo: Echad mano a los sacerdotes de Baal, que no escape ninguno de ellos. Ellos les echaron mano y Elías les hizo bajar al torrente de Quisón, y los degolló allí. (1 Re 18,40).

Tal vez nos repugna el comportamiento del profeta. Nuestra sensibilidad no soportaría actuaciones de este estilo. Pero hay que situarse en la época para captar la intención: se trataba de salvar el futuro del pueblo, amenazado por su apostasía del Dios que le había liberado de Egipto con los ojos puestos en un gran futuro.

Sobre el fondo de esta experiencia y reforzada por ella, existe, por tanto, una diversa comprensión del tiempo. Mientras los otros pueblos lo entendían rotativo y circular, anulando en consecuencia cualquier posibilidad de verdadera novedad, **el pueblo de Israel lo entendió en forma lineal y en tensión hacia un futuro abierto a la novedad, a lo inédito.**

De tal manera este pueblo contribuyó a crear en la humanidad el sentido histórico, rompiendo el círculo fatal del tiempo.

Es verdad, también Israel conoció un “paraíso terrestre” situado literariamente en los inicios de los tiempos. Las narraciones del libro del Génesis, a las que hemos aludido en la sesión anterior, se refieren a él. Pero la concepción que tiene de ello la Biblia es muy diferente de la que tienen las otras mitologías antiguas. Por ejemplo, en realidad, aquel paraíso terrestre es una especie de profecía del futuro definitivo de la persona, que está delante de ella, no atrás.

Si se lee con profundidad toda la Escritura, se descubrirá que la primera página del Génesis, la que llaman los investigadores la “protología”, y la última página del Apocalipsis, la que llaman la “escatología”, coinciden.

De esta historia, de este camino que se despliega en la creación y se concluye en la “Jerusalén celestial”, con “los nuevos cielos y la tierra nueva” (Cf. Ap. 21), el Dios de la Vida es el Señor, según la fe del Antiguo y del Nuevo Testamento.

2. Dios, las personas y la historia

Cuanto hemos dicho significa que el **Dios de la Vida** revelado en Jesucristo es un Dios que, aun estando fuera de la **dialéctica Vida-Muerte** en cuyo seno se debaten las personas, por propia decisión, y en fuerza de su absoluta voluntad de Vida para ellas, se implica en esa dialéctica.

2.1. La santidad de Dios

La Biblia subraya en todo momento que este Dios está por encima de la dialéctica Vida-Muerte. Tiene la convicción de que Él es el Viviente, y que la Muerte no tiene nada que ver con Él. Él es el Eterno, el que vive “por los siglos de los siglos”, expresión clásica con la que se expresa la plenitud de Vida sin límites de ningún género. Un modo característico de afirmar esta condición del Dios Viviente es el proclamar que El es “**santo**”.

En las narraciones de las llamadas a comprometerse en una misión al servicio del pueblo siempre hay, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, una fuerte experiencia de esta santidad de Dios. Bastan unos ejemplos para confirmarlo.

Éxodo 3 narra la llamada de Moisés, el gran caudillo del pueblo hacia la libertad. Tal llamada está precedida por una experiencia que, simbólicamente, está representada por la visión de la zarza ardiendo (Ex 3,1-6): Moisés la ve arder sin consumirse; la voz de Dios resuena con solemnidad: “¡No te acerques aquí! Quítate las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada”. La presencia del Dios santo comunicaba santidad a la tierra, la hacía santa. Al final de la experiencia, Moisés es enviado a liberar al pueblo esclavo en Egipto.

Quizá más impresionante aún es la narración de la llamada del profeta Isaías. Él ve a Yahvéh sentado sobre un trono; unos misteriosos seres están ante él y proclaman: “Santo, santo, santo es Yavéh, Dios del universo” (Is 6,1-3). En presencia de este Dios tres veces santo, el profeta se siente “impuro”. Después de la intervención purificadora de Dios, que simbólicamente le hace tocar los labios con un carbón ardiendo, es enviado a comunicar al pueblo las palabras de Dios.

Respecto al Nuevo Testamento, baste recordar el episodio de la llamada de Simón Pedro (Lc 5,1-11). La pesca milagrosa, conseguida tras la orden de Jesús de echar las redes en un momento no propicio para la pesca, hace que Pedro adquiera conciencia de que se halla en presencia de algo extraordinario. Un temor sacro, típico de quien se encuentra en presencia del Dios santo, se apodera de él: “Aléjate de mí, Señor, que soy un pecador”, exclama; pero Jesús le tranquiliza: “No temas, desde ahora serás pescador de hombres” (Lc 5,10).

Atribuir a Dios la **santidad** equivale a afirmar su **trascendencia**. La Biblia no conoce esta categoría de la filosofía occidental, pero conoce bien la realidad que ella expresa. El Dios Viviente es “el Otro”, Aquel que está “más allá”, el “Separado”. A Él ni siquiera le roza la Muerte que, en cambio, habita en el mundo de las personas. Él es “el Puro”, “el Santo”, porque es “el que Vive”.

Es esta santidad del Dios salvador del pueblo y su aliado lo que establece la exigencia de santidad del pueblo mismo. “Sed santos porque yo soy Santo” (Lc 19,2), es la frase que precede toda la serie de preceptos rituales y morales propuestos a Israel. Pertenecer al Dios Santo quiere decir que hay que ser santos, separados de lo que es impuro.

2.2. Un Dios santo que se mete en la historia

Según el testimonio de la Biblia, este Dios Santo y Trascendente no ha querido permanecer encerrado en su eterna plenitud de Vida. Ha querido en cambio hacerse inmanente, entrar en el mundo de la persona, meterse en la antítesis Vida-Muerte en la que Él lleva adelante su existencia.

Esta es la gran noticia de que es portadora la fe bíblica. Es un verdadero evangelio ya desde el Antiguo Testamento. Esto significa, concretamente, que el Dios de la Vida ha querido entrar libremente en la historia humana, herida de Muerte por una libre elección de la persona (Gn 3,1-24), para hacerla caminar hacia la resurrección total, hacia la resolución de la dialéctica Vida-Muerte de la parte de la Vida. La resurrección de Jesucristo es la confirmación de cuanto estamos diciendo.

Como canta una antigua composición poética de la liturgia pascual, en el momento culminante

de la vida de Jesús: “Lucharon vida y muerte en singular batalla y, muerto el que es Vida, triunfante se levanta”.

San Pablo, hablando de Jesús muerto y resucitado, Vivo para siempre, afirma que Él es “el hombre del final” de los tiempos (1 Cor 15,45). Es como si dijese que Él anticipa en sí mismo, por el hecho de ser el que Vive plenamente, la meta de la historia de la humanidad entera.

3. El espesor divino de la historia humana

Lo que hemos dicho manifiesta la densidad y el espesor divino de la historia humana.

A la luz de la fe en el Dios de la Vida y Señor de la historia, esta última no es el simple juego de las libertades humanas; es también el lugar donde actúan este Dios y su proyecto de Vida para la persona, aun permaneciendo íntegras su densidad y su autonomía humanas. Así pensaban los profetas de Israel, por eso se esforzaron por discernir, en lo que sucedía en la historia del pueblo, la presencia y la acción de Dios.

Moisés fue el primero de ellos (Nm 12,7). El encontró, en el acontecimiento histórico del éxodo de Egipto, la presencia salvífica de Yahvéh y ayudó al pueblo a percibirla. Para ellos el éxodo no fue un suceso puramente socio-político, el juego de dos libertades colectivas en conflicto que se resuelve con el triunfo de la más débil de las dos, sino que es también, precisamente por esto, manifestación de la intervención poderosa del Dios salvador.

Después de Moisés, toda una cadena de profetas mantuvo viva la propia vigilancia y la del pueblo hacia cuanto sucedía en su historia, y también en la historia de otros pueblos, para descubrir en ella lo que conducía hacia la Vida o hacia la Muerte.

Elías, Isaías, Amós, Jeremías, Ezequiel, Daniel..., fueron hombres que, llenos de celo por el Dios Yahvéh, sirvieron al pueblo ayudándole a discernir los acontecimientos de su historia.

Dentro de este discernimiento, siempre hay una preocupación central: la situación dolorosa y precaria de los más pequeños y pobres. Los profetas son sensibles a la Vida y a la Muerte de aquellos que son en el pueblo los más débiles, marginados y desposeídos, los últimos. Están convencidos de que el Dios de la Vida tiene sus preferencias por ellos, precisamente porque Él sabe que ellos son aquellos en los que la presencia de la Muerte es más intensa. Él quiere ser su defensa, su Salvador.

Por eso los profetas vigilan las conductas, las posiciones, las relaciones que se crean en el pueblo y en los pueblos de alrededor, los sucesos que descubren el sentido de los mismos. En el nombre de Dios denuncian todo lo que produce su Muerte.

Jesús, de acuerdo con los escritos del Nuevo Testamento, fue también tenido por un profeta de la gente, más aún como “**el Profeta**”, preanunciado para los últimos tiempos (Jn 6,14). Y lo fue de veras. Cumplió su misión defendiendo en el nombre de Dios Vivo la Vida de todos, pero de modo muy especial la de los **moribundos**, de aquellos que la maldad y la dureza de los corazones de los otros dejaba **medio muertos** al margen del camino. Se puso de parte de ellos con tanta fuerza y energía, que desencadenó las iras de los que se sintieron heridos en lo vivo por su palabra profética y lo condenaron a muerte.

Él es también profeta en el sentido de que interpreta la historia a la luz de Dios. Lo pone en evidencia la narración del episodio de los dos discípulos que, el día de Pascua, se iban tristes desde Jerusalén hacia Emaús (Lc 24,13-32). Jesús, ya resucitado, se pone a su lado y, haciendo camino con ellos, les ayuda a ver, en el suceso de su crucifixión y de su muerte, la intervención salvífica de Dios. La narración termina diciendo que “se abrieron sus ojos” y vieron. También ellos captaron el espesor divino del suceso histórico.

4. Un Dios “alternativo”

En todo ello queda patente que el Dios de la Vida es el gran **agitador** de la historia, Aquel que no deja nunca tranquila a la persona en su conquista de vida del presente, que la incita constantemente a someter a crítica toda conquista hecha, en cuanto ella no es todavía el Futuro desde el momento en que encierra en sí la presencia de la Muerte.

Este Dios es, para expresarnos con palabras comprensibles, el **anti-statu-quo** de la humanidad, tanto a nivel personal como a nivel colectivo. Más de una vez, en cambio, a través de los siglos, el Dios de la fe cristiana ha sido presentado como una garantía del presente, cubierto a menudo en manifestaciones de Muerte ya sea en las relaciones entre los grupos humanos ya sea en las estructuras de diversa índole en que estas cristalizan.

Baste pensar, por ejemplo, en los tiempos en que la esclavitud de los negros se apoyaba en la voluntad de este Dios manifestada en la Biblia, manipulando a tal efecto testigos como aquellos del Génesis 9,25, en donde la maldición lanzada por Noé contra Cam y sus descendientes en razón de su pecado, se expresa en términos de esclavitud hacia sus hermanos.

Otras veces, en cambio, ha sido utilizado este Dios con el fin de refrenar movimientos que se aprovechaban para un cambio profundo y radical de situaciones de injusticia, como se ha visto en el siglo pasado frente a movimientos de independencia de los pueblos de América Latina y después de África y de Asia.

En realidad, nada de todo eso podía pretender encontrar justificación en el Dios de la Vida. Más aún, este Dios desenmascara tales pretensiones lo mismo que desaprobaba ya a Baal y su culto en el Antiguo Testamento. El Dios de la historia es, necesariamente, un Dios que no tiene nada que ver con la anestesia y los calmantes: **es una fuerza incontenible de derrumbamiento de todo lo que no produce Vida entre las personas**. Lo mismo que se manifestó en Jesús (Lc 23,5), Él es hasta **un Dios subversivo, alternativo del desorden presente, precisamente porque quiere un Futuro mejor y diferente, más cargado de promesas y de dones de vida, para las personas**.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del material

- a. Señala las cuestiones que no quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo

- 1.^a parte: Puesta en común.
- 2.^a parte: Síntesis del profesor.

3. CONTRASTE PASTORAL

- a. ¿En qué cuestiona o ratifica la acción pastoral que realizo?
- b. ¿Qué llamadas percibo y qué pasos tendría que dar a nivel parroquial, arciprestal...?
- c. Si Dios es el Dios de la Historia, analiza esta frase de S. Pablo:
“...todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios” (1Cor 3,23)
- ¿Qué tiene que ver con el tema?
 - ¿Qué consecuencias vislumbras a nivel social, económico, religioso...?

4. ORACIÓN

No te inquietes por las dificultades de la vida,
por sus altibajos, por sus decepciones,
por su porvenir más o menos sombrío.

QUIERE LO QUE DIOS QUIERE.

Vive feliz. Te lo suplico. Vive en paz.

Que nada te altere.

Haz que brote, y conserva siempre sobre tu rostro,
una dulce sonrisa, reflejo de la que el Señor
continuamente te dirige.

Cuando te sientas apesadumbrado, triste,
ADORA Y CONFIA.

Teilhard de Chardin

EL DIOS DE JESUCRISTO

10ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

VII. EL DIOS DE LA VIDA ES PADRE

1. ¿Un Dios Padre?
2. La Biblia nos habla.
3. Una paternidad no infantilizante.
4. ¿Paternidad o maternidad de Dios?

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.
2. ¿Qué piensas tú que hay detrás de estas frases dichas por Jesús?
 - “Mi Padre, hasta el presente, sigue trabajando y yo también trabajo” (Jn 5,17)
 - “Para mi es alimento cumplir el designio del que me envió y llevar acabo su obra” (Jn 4,34)

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

VII. EL DIOS DE LA VIDA ES PADRE

1. ¿Un Dios padre?

La oración cristiana más conocida comienza con la palabra “**Padre**”. Son muchos los cristianos que acostumbran hablar de Dios como del “Padre Eterno”.

Hubo un tiempo en el que este modo de dirigirse a Dios y hablar de Él entre los creyentes era tan claro y evidente, que nadie se hubiera atrevido a dudarlo.

Hoy, las cosas han cambiado también respecto a esta cuestión. Ya hemos hecho alguna alusión en otra sesión, pero ahora lo tomamos en consideración más directamente.

Existe una crítica alentada por la psicología, sobre todo la de tipo freudiano: la imagen paterna de Dios contribuye, según ella, a mantener a la persona en estado infantil, lo mantiene en su condición de menor, no le permite asumir las propias responsabilidades en la vida y delante del mundo.

Lo que el padre humano provoca en sus hijos cuando no establece con ellos una relación adecuada, se encuentra, ampliamente potenciado, en el ámbito religioso. En definitiva, este Dios Padre se convierte en una fuente de alienación porque no permite al creyente madurar y llegar a ser adulto; le desresponsabiliza privándole así de toda posibilidad de crecimiento.

Existe además la dificultad presentada más recientemente por las feministas cristianas: ¿por qué Dios-Padre y no Dios-Madre?

Se sabe que Dios está más allá de toda connotación sexual. No es éste su problema. El problema nace con el empleo del simbolismo masculino para referirse a este Misterio. Un empleo que no es sociológicamente inofensivo, como lo demuestra con hechos la experiencia secular. El empleo exclusivo del lenguaje masculino al tratar de Dios es el fruto de una cultura patriarcal y machista y –cosa todavía más preocupante– acaba por reforzarla. “Si Dios es varón, entonces el varón es Dios”, es la frase ya recordada, que podría condensar esta denuncia.

¿Qué decir, frente a tales críticas? ¿Se puede seguir invocando a Dios como Padre? ¿Podemos emplear todavía este símbolo, tomado de una cultura determinada hoy muy contestada, para referirse a Dios? ¿No convendría suprimirlo? El seguir empleándolo, tanto en la propia vida personal como en la profesión pública de la fe, ¿no es un elemento negativo para las personas de hoy, y para sus relaciones recíprocas?

2. La Biblia nos habla

Una cosa es innegable: la afirmación de la **paternidad** de Dios es un dato bíblico.

Se trata de un rasgo del rostro de Dios presente en cierta medida en el Antiguo Testamento. En efecto, ya entonces tanto el pueblo cuanto cada uno de sus miembros tenían al Dios Yahvéh como a su Padre, ya sea por el hecho de haberles engendrado como pueblo ya sea porque los protegía y los acompañaba constantemente en las situaciones de la vida.

Entre otras cosas, el rey era considerado como “hijo de Dios”, sobre todo a partir del momento de su consagración o acceso al poder real. Hay un salmo que lo afirma, poniendo en boca de Dios estas palabras dirigidas al rey: “Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy” (Sal 2,7).

Pero, como se ha visto ya, el rasgo paterno constituye una de las características más importantes y peculiares de la concepción del Dios vivido y anunciado por Jesús y, tras él, por las comunidades cristianas primitivas.

Y esta paternidad tiene siempre su correlativo en la **filiación**. Tanto el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento, cuanto y sobre todo Jesús en el Nuevo, son considerados como **hijos de Dios** y se

tienen por tales actuando en consecuencia. En el Nuevo Testamento, además, se recalca con fuerza el hecho de que toda persona, bajo ciertas condiciones, puede llegar a ello (Jn 1,18).

¿Qué aplicación dar hoy a este dato? ¿Cómo compaginarlo con las dificultades antes señaladas?

3. Una paternidad no infantilizante

Importa, ante todo, tener presente que esta **paternidad** y la correlativa **filiación** pueden entenderse de formas diversas, de acuerdo con la sensibilidad cultural en que nos movemos.

- Un primer sentido, típico de una sensibilidad especulativa (teórica) que caracterizó la inculturación de la fe cristiana en el pasado, considera a Dios como Padre en cuanto Él hace a la persona partícipe de su **naturaleza** divina. La persona resulta con ello enaltecida de este modo, por pura gracia divina, a la esfera del ser divino, y se convierte en hija de Dios por cuanto es de la misma naturaleza divina de Dios.

Los tratados teológicos clásicos sobre la gracia, la predicación y la catequesis que se hicieron eco de ello, han enseñado a lo largo de los siglos el denso contenido de estas elementales ideas recordadas.

- Un segundo sentido, propio de la más reciente sensibilidad existencial-personalista, interpreta paternidad y filiación desde una **perspectiva relacional**.

Según ella, la relación de comunión interpersonal de la persona con Dios en la fe, produce una transformación en su ser relacional, y la hace de este modo llegar a ser hija de Dios.

El hecho de que esta transformación tenga lugar por una libre iniciativa del Dios Vivo que abre su intimidad personal a la persona, confiere a dicha transformación su carácter de don, puesto que la persona no podría nunca llegar por sí misma a semejante relación intersubjetiva con Dios, el Tú infinito.

- Un tercer sentido, nacido en estos últimos años a partir de una sensibilidad práctica e histórica, orientada sobre todo a la transformación de las condiciones contradictorias de la persona comunitaria, interpreta el binomio paternidad-filiación desde el punto de vista del **obrar**: Dios Padre asocia a la persona a su obra de vivificación y de resurrección de los muertos (Jn 5,17-21): más aún, pone en sus manos la realización de esta obra. La persona se convierte entonces en hija de Dios en la medida en que se asocia activamente a esta obra divina. Aquí la filiación se convierte decididamente en trabajo-tarea-servicio-encargo-responsabilidad en el mundo.

Este Dios-Padre manifiesta, en efecto, una extrema preocupación en relación con las personas: la de llevarlas a la superación de la Muerte y a la obtención de la plenitud de la Vida; y revela también su voluntad de asociar toda persona y todo grupo humano a esa su preocupación.

La filiación resulta, por eso mismo, una condición humana de carácter eminentemente comprometido. Cada persona, y sobre todo la humanidad, puede llegar a ser a cada paso, con sus libres decisiones, transmisor de Vida y en consecuencia también hija de Dios, o bien transmisora de Muerte, y entonces también no-hija de Dios.

Se ve en esta tercera perspectiva, actual y fecunda, que la paternidad de Dios y la correlativa filiación de la persona, lejos de favorecer una situación de infantilismo irresponsable frente a la realidad, o la reacción edípica de la rebelión contra el padre considerado como obstáculo principal al propio deseo narcisista, constituye por el contrario una fuente de responsabilidad y compromiso.

Según los evangelios, es así como Jesús vive su relación filial con Dios: **comprometiéndose apasionadamente por la Vida de las personas**. Él hace propia la voluntad de su Padre y, lo mismo que Él, trabaja incansablemente por la “resurrección de los muertos” (Jn 5,21).

En este sentido es como se puede también comprender su obediencia a Dios.

Por desgracia un cierto modo de entender tal obediencia, casi como una sumisión pasiva a un querer fatal de Dios respecto a Él y respecto al mundo, condujo a veces a convertirlo en un mero ejecutor de órdenes recibidas de lo alto. Incluso su muerte en la cruz fue vista a menudo dentro de esta perspectiva, convirtiéndola en la expresión máxima de su sumisión a una soberana e inevitable voluntad del Padre.

Tanto el pasaje de su oración en el huerto (Mc 14,32-40: “no se haga mi voluntad sino la tuya”), como la frase del himno cristológico de Flp 2,8 (“y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz”) pueden ser interpretados de este modo. Pero el conjunto de sus actuaciones para llevar adelante su proyecto por el reino de Dios nos permite en cambio sacar la consecuencia de que la obediencia de Jesús al Padre es de otro tipo. Él se presenta activo y creativo en el desarrollo de su acción por la causa de la Vida de la gente. No es un simple ejecutor, sino un “creador” de soluciones de problemas reales y concretos que la situación le va ofreciendo. Él sabe asumir como hijo adulto la preocupación que comparte con su Padre.

Su concepción operativa de la paternidad de Dios y de su filiación no elimina la dimensión relacional y afectiva que está implicada en ella. En efecto, él se muestra hijo en la realización de la voluntad de Vida del Padre para las personas, pero partiendo de una intensa relación interpersonal con Él, como lo manifiesta el apelativo de “Abba” con el que se dirige a Él.

Un aspecto más, en este contexto: si tenemos en cuenta lo dicho antes sobre **parcialidad** de este Dios-Padre y de Jesús para con los más pobres y pequeños, los más débiles, marginados y oprimidos, se puede también entender el realismo histórico que comporta tal filiación. Realismo que la sustrae de una interpretación puramente interpersonal y, más todavía, de una interpretación intimista o narcisista, para abrirla a las más vastas exigencias sociales y políticas.

No podrá, pues, tener verdaderamente a Dios por Padre quien no tiene activa y responsablemente a estos pequeños del mundo por hermanos.

4. ¿Paternidad o maternidad de Dios?

Invocar a Dios como Padre y vivir la relación con Él en esta clave no es, pues, una forma de alienación infantilizante, como denunciaba Freud. Todo lo contrario. Mas, ¿por qué emplear el símbolo paterno y no el materno?

La cuestión planteada por el feminismo actual no hay por qué desvalorizarla. Sobre todo en un momento histórico como éste, en el que el patriarcalismo de la cultura está sufriendo profundas transformaciones. Y, en efecto, hay teólogos y teólogas que lo están afrontando con seriedad.

¿Qué decir al respecto? Ante todo, hay que recordar una vez más algo muy elemental ya indicado más arriba: que la caracterización sexual es típica de los seres de este mundo nuestro; Dios, por tanto, está por encima de ella. Él, precisamente por el hecho de ser el Otro, está más allá de tal caracterización, y por consiguiente ***no es macho ni hembra.***

Importa tener presente, en segundo lugar, cuanto se dijo anteriormente sobre la naturaleza de nuestro discurso sobre Dios: es siempre metafórico y no puede pretender nunca encerrar en sus fórmulas el Misterio que es Dios. La afirmación de la paternidad de Dios no es una excepción de esta regla. Ella se sirve de palabras humanas, pero con la conciencia de su limitación y precariedad. Sabe que dice algo que es verdad acerca de su realidad, pero también está convencida de la sobreabundante grandeza de la misma. Decir que Dios es Padre es, como decía P. Ricoeur hablando de la metáfora, cometer un error consciente: unir dos palabras sabiendo que el sentido obvio y por descontado del discurso es desarmado para crear uno nuevo, insólito, imprevisto.

En concreto, llamar a Dios **“Padre”** significa reconocer que Él es Aquel que engendra la Vida, pero que lo es en un sentido infinitamente más grande a como lo son los padres de nuestra experiencia humana.

En este sentido se puede añadir que el símbolo materno podría ser más adecuado que el paterno para hablar del Dios de la Vida. La madre, en efecto, tal como nosotros la experimentamos, está más directamente vinculada con la generación de la vida que el padre.

Pensar en **Dios como Madre** y hablar de su Misterio en términos femeninos no es, por tanto, ninguna extravagancia.

Tenemos además ciertas alusiones anticipadas en la misma Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Y ello pese al fuerte condicionamiento cultural de tipo patriarcal y machista que ella revela en sus páginas.

Uno de los términos más empleados para caracterizar el modo de hacer de Dios en el Antiguo Testamento tiene en su raíz las consonantes “**rh**m”, que son las empleadas para designar el **seno materno**. La ternura materna de Yahvéh es por otra parte puesta más de una vez en evidencia por los Profetas, y especialmente por Isaías (Is 49,15).

Y en los evangelios Jesús, que también invoca a Dios como a su “papá”, no duda hablar de su Misterio usando términos tomados del mundo femenino (Lc 13,34; 15,8-10;...).

La superación del lenguaje exclusivamente masculino para referirse a Dios puede tener sentimientos vivificantes y liberadores muy notables en nuestros días. Puede contribuir, ante todo, a **liberar a las mujeres** de su ancestral condición de marginación en la convivencia humana. Si Dios deja de ser visto como la divinización de la masculinidad, se quitará el fundamento de la divinización del varón, dejando espacio a la realización de aquella palabra que ya se encuentra, como una estupenda profecía, en la primera página de la Biblia: “y creó Dios el hombre a imagen suya: macho y hembra los creó... Y se harán una sola carne” (Gn 1,27; 2,24). Ya Jesús había apelado a estas palabras para defender la dignidad de la mujer (Mt 19,3-6).

Quizá los tiempos no estaban maduros para sacar las consecuencias. Pero ahora la historia ha conducido a la urgencia de tomarlas en serio. Y el modo de hablar de Dios no es indiferente al respecto.

Pero, además, la utilización de un lenguaje también femenino para hablar de Dios puede contribuir a dar a la fe una connotación más **compasiva**.

La compasión, en efecto, la que traduce la palabra griega usada para indicar “el conmoverse hasta las entrañas” ante las verdaderas necesidades de los otros, es fruto del amor apasionado por la Vida y especialmente de la Vida de los que están más privados de ella. En la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,29-37) es ese gesto de fondo el que desencadena la actuación del viajero extranjero en favor del hombre abandonado semimuerto en el camino por los bandoleros que le han asaltado. Él se siente tocado en sus entrañas y, contrariamente al comportamiento del sacerdote y del levita, no sigue su camino, sino que “se convierte en su prójimo”.

Según algunos estudios psicológicos, el amor materno tiene esta característica: **infundir, en el corazón del hijo, el amor por la vida**. Si Dios es visto como madre, probablemente un poco de su interés vivificante por las personas, y sobre todo por las más moribundas entre ellas, pasará al corazón de las personas que quieren vivir como hijas suyas.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del material

- a. Señala las cuestiones que no quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo

- 1.^a parte: Puesta en común.
- 2.^a parte: Síntesis del profesor.

3. CONTRASTE PASTORAL

- a. ¿En qué cuestiona o ratifica la acción pastoral que realizo?
- b. ¿Qué llamadas percibo y qué pasos tendría que dar a nivel parroquial, arciprestal...?
- c. Teniendo delante la oración del Padre Nuestro:
 - Di una implicación concreta de una o dos peticiones del mismo.

4. ORACIÓN

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal. Amén

EL DIOS DE JESUCRISTO

11ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

VIII. EL DIOS DE LA VIDA SOSTIENE LA TENSIÓN HACIA EL FUTURO

1. Un Dios fiel a su promesa.
 - 1.1. Abraham, el hombre de la Promesa.
 - 1.2. El pueblo de la Promesa.
 - 1.3. Una Promesa cumplida pero todavía no del todo.
2. Perseverar a pesar de todo.
3. Una victoria “planetaria” de la Vida sobre la Muerte.

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.
2. Lee atentamente estos versos de Miguel Hernández, que le parten el corazón, debido a una serie de injusticias: pobrezas, incultura, servilismo...

*Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.
Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos...*

Después de la lectura atenta de estos versos, **dialogamos**:

- Expón algún problema de tu entorno o mundial que te duela el corazón y te haga gritar.
- ¿Qué significó la muerte de Jesús para sus enemigos, y de quedarse ahí qué hubiese significado para nosotros?

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

VIII. EL DIOS DE LA VIDA SOSTIENE LA TENSIÓN HACIA EL FUTURO

1. Un Dios fiel a su promesa

El tema bíblico de la Promesa, y también el estrechamente unido con él de la fidelidad del Dios Yahvéh en el Antiguo Testamento y del Padre de Nuestro Señor Jesucristo en el Nuevo, empanan toda la historia del pueblo de Israel y de las comunidades cristianas.

1.1. Abraham, el hombre de la Promesa

En el Antiguo Testamento la historia del pueblo de Israel se abre con una Promesa: es la dirigida por el Dios de los padres al fundador de una estirpe, Abraham: “Sal de tu tierra... Yo haré de ti una nación grande, engrandeceré tu nombre, que servirá de bendición... Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra... A tu descendencia he de dar esta tierra” (Gn 12,1-7).

Escuchando la narración bíblica, Abraham era en aquel momento un hombre amenazado de diversos modos por la Muerte. Ante todo, por falta de descendencia. Su vida marchaba hacia el fin sin tener hijos, y eso significaba, para un hombre de aquella época, salir completa y definitivamente de la vida. Solamente los hijos varones salvaban al padre de la muerte prolongando su estirpe.

Pero la Muerte asediaba también a Abraham por la inseguridad, pues era un seminómada que andaba con su gente acampando a orillas del desierto, por las regiones de la Baja Mesopotamia, en busca de alimento para su ganado, del que obtenía los medios básicos de supervivencia para él y para los suyos.

Por otra parte estaba el peligro de las bandas de ladrones que en cualquier momento podían caer sobre él y sobre su gente despojándoles de todo, tiendas y ganado, y hasta de la propia vida.

Y es precisamente cuando fue llamado por Dios y orientado decididamente hacia un futuro diferente. Dios le dijo una palabra que le prometía una posibilidad de Vida desbordante: fecundidad extraordinaria (sus hijos serían numerosos “como las estrellas del cielo” (Gn 15,5); posesión de una tierra fértil y abundosa para él y para los suyos (Gn 12,7); seguridad contra los enemigos (Dios mismo sería su defensa: Gn 12,3; 15,1).

Y Abraham, abandonando la tierra donde habitaba, se puso en camino hacia aquel futuro desconocido que se le prometía. Así se convirtió en padre del pueblo de la Promesa: tuvo el hijo que le hizo fecundo, encontró la tierra que le había sido prometida y estuvo constantemente acompañado por el mismo Dios en sus vicisitudes.

1.2. El pueblo de la Promesa

Sus descendientes acabaron, tras diversas vicisitudes, siendo esclavos de Egipto. Si más tarde se pusieron en marcha hacia la libertad y hacia su nuevo destino como pueblo, y fueron capaces de seguir el camino emprendido pese a las dificultades halladas en él, eso se debió a su enraizada convicción de ser portadores de una Promesa sin vuelta atrás de su Dios. Una convicción confirmada y reforzada, además, por la experiencia repetida muchas veces de la fidelidad inquebrantable de su Dios. En efecto, cada vez que ellos volvieron a caer bajo el yugo de nuevas esclavitudes, intervino Yahvéh para sacarles de sus nuevos **egiptos** y restituirles a su libertad. Lo atestigua el libro de los Jueces, que ha hecho como una tesis de ese serial de recaídas y de liberaciones por obra de Dios.

Y si este pueblo se mantuvo en tensión a lo largo de su historia hacia lo nuevo y hacia el futuro, y dispuesto a ponerse de nuevo en situación de éxodo, ello se debió al hecho de que se apoyaba en la experiencia de esta fidelidad de Yahvéh a la Promesa hecha. En este sentido, su pasado, rememorado en la fe, en la oración personal y la celebración cultural, sobre todo en la de la pascua anual, fue para él una constante ayuda hacia su futuro.

Poco a poco, como atestigua la Biblia, los descendientes de Abraham llegaron a entender que la Promesa divina de bendición y de vida no estaba sólo destinada para ellos, sino también para toda la humanidad. No fue un proceso fácil y rápido. A menudo, en efecto, cayeron en el error de tenerse por los únicos beneficiarios de la bendición divina anunciada a su padre. Se enorgullecieron y se convirtieron en exclusivistas, considerando a los demás, llamados por ellos despectivamente “las naciones”, “los gentiles”, “los incircuncisos”, como personas y pueblos no queridos por Dios y hasta dignos de maldición por su parte: eran los “impuros”, con los que no se debía tener ni siquiera contacto.

Todavía después de la Pascua de Cristo, cuando Pedro es llamado por el centurión Cornelio, un no-judío que quería hacerse cristiano, diría desde el umbral de su casa: “Vosotros sabéis que no le está permitido a un judío juntarse con un extranjero ni entrar en su casa; pero a mí me ha mostrado Dios que no hay que llamar profano o impuro a ningún hombre” (Hch 10,28).

En el contexto de este proceso de apertura se puede entender el decisivo alcance universalista presente en el texto bíblico de la promesa de Abraham (Gn12,3b) y, antes todavía, en el del llamado “protoevangelio” o primer anuncio de la salvación futura de las páginas iniciales de la Biblia (Gn 3,15), donde se preanuncia la victoria definitiva del “hijo de la mujer”, o sea la humanidad entera, sobre la antigua serpiente que introdujo el mal y la Muerte en el mundo. Es una promesa de Vida plena para todos, sin excepción y sin ninguna suerte de privilegios.

Israel descubrió asimismo, y casi lo palpó a lo largo de su experiencia histórica, que esta voluntad de Vida de su Dios para las personas, para todas las personas, era indudable, sin vuelta atrás. La metáfora de la roca, sólida e inmutable, tantas veces repetida en la Biblia para hablar de Él y de su fidelidad, lo confirma claramente. Por otra parte, uno de los objetivos más empleados para calificar su modo de hacer en la historia que nosotros traducimos por “**fiel**”, tiene en su raíz hebrea las consonantes ‘**mn**’, que indican **firmeza, solidez**: El es un “Dios-amén”.

Una contraprueba de todo eso se encuentra en el hecho de que siempre que el pueblo dudó de la fidelidad de su Dios, y en consecuencia se dirigió a otros dioses, se aflojó su tensión hacia el futuro y se instaló en su presente. Lo hemos visto ya, al hablar de la tendencia del pueblo a “baalizarse”, o sea, a abandonar a su Dios Yahvéh para dirigirse al dios Baal de los pueblos cananeos que lo rodeaban.

1.3. Una Promesa cumplida pero todavía no del todo

El tema de la Promesa y de la fidelidad de Dios comporta en el Nuevo Testamento dos aspectos complementarios.

- En primer lugar, está la afirmación entusiasta de las comunidades cristianas primitivas tocante a su experiencia, ligada al acontecimiento de la Pascua (Hch 3,25-26), de la **suprema fidelidad de Dios a su Promesa de bendición sin límites**.

En efecto, ellas ven la resurrección de Jesús como el mayor “sí” de Dios a sus Promesas (2 Cor 1,22): encuentran ya realizado el triunfo pleno y definitivo de la Vida sobre la Muerte en uno que pertenece a la humanidad, en aquel que confiesan como Cristo y Señor. Por otra parte opinan que la donación del Espíritu Vivificante a la comunidad, donación que experimentan de mil formas diversas, unas ordinarias y otras extraordinarias, constituye como la garantía o anticipo del cumplimiento de tal triunfo para toda la humanidad (Ef 1,14; 2 Cor 1,22).

- Pero, en segundo lugar, es en base a esta experiencia pascual cómo las comunidades cristianas primitivas logran **vivir en estado de espera activa y dinámica, en una acentuada tensión hacia el futuro pleno y definitivo, y de creer en la plena realización de la Promesa divina a nivel personal y comunitario**.

La experiencia de la fidelidad del “Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo” a su Promesa sostiene y alimenta su esperanza, ayudándoles a superar los obstáculos y las dificultades que surgen en su camino histórico.

Ellas están convencidas de que la última y definitiva palabra sobre la persona, singular y colectiva, no pertenece a la Muerte, sino al Dios de la Vida, y que Él se ha comprometido a realizar lo que ha prometido a las personas desde el principio.

También el Apocalipsis, cuando describe la manera simbólica del cumplimiento de la Promesa divina, condensa todo diciendo: “y no habrá ya Muerte” (Ap 21,4).

2. Perseverar a pesar de todo

Un dato indiscutible de nuestra experiencia es que el tesón por el triunfo de la Vida sobre la Muerte en el mundo está constantemente amenazado por el desaliento.

La cruda realidad de la Muerte, en sus múltiples formas de presencia, constituye una dura prueba para la paciencia y la confianza vital.

Están sometidas a menudo a la prueba, ante todo, por la **muerte natural**, es decir, la que nos sobreviene como consecuencia de los fatalismos de la naturaleza: enfermedades, cataclismos, accidentes,... Todas las luchas, emprendidas por las personas para vencer estos fenómenos resultan muchas veces, si no completamente al menos en buena parte, inútiles: millones de personas son víctimas del cáncer, de terremotos imprevistos, de inundaciones, de la sequía,...

Pero, sobre todo, la paciencia y la confianza en la Vida son sometidas a prueba por mil formas de **muerte violenta**, provocadas por la libre decisión individual o colectiva de las personas y por las estructuras creadas por ellas. Casi podría decirse que la mayor parte de las muertes, parciales o definitivas, son violentas. La muerte llamada natural parece que se ha convertido en excepción.

En todos estos casos, trátase de muerte natural o de muerte violenta, y sobre todo en los **últimos**, se topa uno con el mal, que a menudo parece quedar victorioso en el mundo, pese a todos los esfuerzos positivos por superarlo, y ello crea un sentido de impotencia y hasta de inutilidad de todo esfuerzo. La Muerte parece efectivamente más fuerte que la Vida, el Mal más fuerte que el Bien, la Injusticia más fuerte que la Justicia.

En este contexto la afirmación bíblica sobre la fidelidad de Jesucristo como un Dios de Vida para las personas, comenzando por aquellos que tienen menos Vida, adquiere un relieve particular y un sentido fecundo.

La persona, singular y colectiva, puede en efecto hallar en ella la certeza de no estar sola en su lucha por la Vida. Más aún, gracias a ella sabe que la voluntad de Dios por la Vida de las personas es indudable, y que va más allá de la cruda realidad actual de la Muerte, como sucedió en el caso de Jesús. Este, en efecto, caído “en los lazos de la Muerte” (Hch 2,26), y encima de una Muerte violenta además, a causa de la maldad de las personas, fue arrancado de ellos por el Dios Vivo mediante la fuerza resucitadora de su Espíritu. El Padre no le abandonó definitivamente, a pesar de que Él lo sintiese así sobre la cruz (Mt 27,46); salió a su encuentro con una respuesta desbordante de Vida, más todavía, introduciéndole definitivamente en la plenitud de la Vida.

3. Una victoria “planetaria” de la vida sobre la muerte

Todo lo que estamos diciendo adquiere hoy connotaciones muy realistas y agudas en diferentes ámbitos de la realidad que se está viviendo en el mundo.

Hemos recordado varias veces, ante todo, la situación de injusticia universal en la que está inmerso el mundo: hay millones de personas (la mayoría de la humanidad) que son hoy víctimas de una injusticia cristalizada en estructuras económicas, sociales, políticas, culturales y religiosas; estructuras que parece realmente imposible poder remover, dada su amplitud y consistencia.

Los muertos “**antes de tiempo**” que esa situación produce se cuentan por decenas de millón. Las estadísticas no dejan lugar a dudas sobre esta realidad.

Ahora bien, mientras hay muchos que consideran tal situación como “fatal” y por consiguiente imposible de remover y de cambiar, otros trabajan para quitarla a fin de que haya más posibilidad de Vida para todos, y especialmente para los que sufren con mayor dureza las consecuencias de esta situación.

El compromiso por la transformación nace y se refuerza especialmente entre estos últimos, pero se encargan también de ello otros que, aunque sin compartir con ellos la situación de pobreza y

marginación, comparten sus aspiraciones y su esfuerzo. Son los que han hecho propia la causa de los pobres y de los últimos.

Para todos éstos el Dios de la Vida constituye una **fuerza de fuerza y de valor**.

Ellos están convencidos de que, a pesar de todo, la Vida es más fuerte que la Muerte porque Dios se ha revelado como un Dios fiel en Jesucristo. Por este motivo, también ellos están convencidos, como Jesús, de que, como él dijo, **“todo es posible para Dios”** (Mc 10,27) y de que, como añadió en otra ocasión él mismo, **“todo es posible para quien cree”** (Mc 9,23). Más aún, están convencidos de que lo que parece imposible puede resultar posible con el esfuerzo acumulado de las personas, sostenidas por Dios.

Y algunas están convencidas de ello hasta jugarse la vida por esta causa. El martirio, en efecto, no es sólo una realidad de los primeros siglos del cristianismo, cuando los seguidores de Jesús debían defender su fe con riesgo de la propia vida, sino que lo es hoy también.

Se trata de un martirio en el que personas dan testimonio de su esperanza sobre el **sueño** de un futuro mejor y diferente, en el que la Vida en abundancia pueda ser una posibilidad para todos, y no solamente para algunos. Y creen en ello tan fuertemente, que tienen valor para entregar la propia vida por esta esperanza. Ellos, como dice un escritor del Nuevo Testamento al hablar de los antiguos Patriarcas de Israel, no ven con sus ojos la realización de la Promesa pero, llenos de esperanza, la saludan desde lejos (Hb 11,12).

Pero, además de esta confianza en el futuro de Vida que se juega sobre el frente planetario o sobre el de las grandes estructuras, está la que se juega más modestamente en la vida cotidiana. Es la confianza de los padres que apuestan activamente, y pese a toda dificultad, por el crecimiento de sus hijos; de los adolescentes y de los jóvenes que se comprometen en sus ambientes (estudio, trabajo...) o en el voluntariado al servicio de los deficientes y de otros tipos de necesidad; de los que luchan para salir de la esclavitud de la droga o para dar sentido a una enfermedad terminal; de quien se empeña en cambiar mediante la educación la manera fatalista de pensar de las personas...

Es el Dios de la Vida el que trabaja en el mundo y en el corazón de las personas alimentando esta tensión invencible hacia el futuro. Este Dios que, según el Apocalipsis, es el Señor de la historia, y por medio de su Hijo Jesús y su Espíritu, mediante el compromiso de las personas la lleva hacia su realización final.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del material

- a. Señala las cuestiones que no quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo

- 1.ª parte: Puesta en común.
- 2.ª parte: Síntesis del profesor.

3. CONTRASTE PASTORAL

- a. ¿En qué cuestiona o ratifica la acción pastoral que realizo?
- b. ¿Qué llamadas percibo y qué pasos tendría que dar a nivel parroquial, arciprestal...?
- c. El poema de Miguel Hernández, citado al principio, continúa diciendo:

*los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.
No soy de un pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.*

Miguel Hernández confía en la naturaleza de los españoles, –hermoso–, pero se queda en un puro voluntarismo.

El cristianismo, cree en la resurrección como garantía, como promesa de que todo esfuerzo, empeño, compromiso hecho desde el Espíritu de Jesús vence el mal.

A partir de esto, dialogamos:

- ¿Qué significa, entonces, el que Dios haya resucitado a Jesús?
- ¿Qué actitud, qué acciones debo tener ante el problema expuesto al principio?

4. ORACIÓN

Créala tú personalmente o en grupo a partir de lo dialogado y de los versos de Miguel Hernández antes citados.

EL DIOS DE JESUCRISTO

12ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

IX. EL DIOS DE LA VIDA LIBERA DE LOS ABSOLUTOS FALSOS

1. Las dificultades de un título comúnmente atribuido a Dios.
 2. Un dato bíblico actualmente incómodo.
 3. Fuerza vivificante del señorío de Dios.
 - 3.1. Los ídolos de la Muerte.
 - 3.2. El señorío del Dios de la Vida.
 4. La gloria de Dios y la persona viviente.
- Conclusión.

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.
2.
 - ¿Qué esclavitudes detecto a nivel personal y social?
 - **Ser libres ¿de qué?**

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

IX. EL DIOS DE LA VIDA LIBERA DE LOS ABSOLUTOS FALSOS

1. Las dificultades de un título atribuido a Dios

Con frecuencia, tanto en el ámbito de las celebraciones litúrgicas como en el de la vida cotidiana, nos referimos a Dios llamándole “**Señor**”.

En las oraciones litúrgicas encontramos frecuentemente este término referido a **Dios Padre**, acompañado de adjetivos que lo especifican en su singularidad, como por ejemplo “omnipotente y eterno”. También lo encontramos referido a **Jesucristo**, a quien invocamos como “Señor nuestro”; y también al **Espíritu Santo**, a quien confesamos en el Credo como “Señor que da la vida”.

Además, en nuestras conversaciones frecuentemente sustituimos el término “Dios”, que nos resulta familiar, por la expresión “el Señor”. Solemos, por ejemplo, decir: “Que el Señor te acompañe”, “El Señor te lo pague”, “Es una prueba del Señor”... Utilizamos estas expresiones casi sin darnos cuenta de ello, porque consideramos equivalentes “el Señor” y “Dios”. Siglos de tradición cristiana nos han habituado de tal manera a este empleo, que no hacemos el menor caso. Y ello en un tiempo como el nuestro, en el que no queremos tener señores, precisamente porque nos encontramos en un momento histórico-cultural en el que la libertad y la emancipación de todo dominio o señorío son la característica fundamental.

En otros tiempos, la estructuración piramidal de la sociedad civil y eclesiástica conllevaba la existencia de unos **señores** que tenían el poder en su mano y mandaban, y unos **súbditos** que les estaban sujetos y les obedecían. Concebir entonces a Dios como Señor –el grande y supremo Señor celestial que estaba por encima de todo otro señor terrenal– y llamarlo así, no constituía ningún problema; es más, resultaba normal.

Hoy, en cambio, las personas soportan cada vez menos el dominio de nadie, sea persona o sea Dios, porque han descubierto que la **autodeterminación** constituye la **esencia** de la **dignidad humana**. Sólo el esclavo tiene señores encima de él, está condicionado, y nosotros nos enorgullecemos de ser libres y autónomos.

Debemos reconocer con alegría que éste es uno de los frutos más positivos de la modernidad, que ha ido sensibilizando a toda la humanidad ante el valor de la libertad individual de la persona, y que ha colocado en consecuencia la emancipación de la persona en el centro de sus intereses y de sus preocupaciones. La democracia como forma de coexistencia colectiva casa mejor con la dignidad humana que otras formas anteriores.

2. Un dato bíblico actualmente incómodo

Ahora bien, hay una afirmación que se halla en casi todas las páginas de la Biblia, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, y es ésta: Dios, el Dios de la Vida, es **Señor**.

Resulta curioso el dato que nos presta la historia bíblica sobre lo que sucedió al traducir los escritos del Antiguo Testamento del hebreo original al griego: el nombre propio del Dios de Israel (Yahvéh), fue traducido por la expresión “el Señor”. Ya los hebreos de los últimos siglos del judaísmo no osaban, por respeto, pronunciar el nombre propio de su Dios, y lo sustituían con equivalentes que la famosa versión hecha por “**los Setenta**” tradujo con la expresión “el Señor”.

Esta expresión del Antiguo Testamento, que pasará después al Nuevo y será atribuida también a Cristo resucitado, cuando se refiere a Dios es para caracterizar ante todo su relación con la naturaleza como creador, y con la historia como redentor. Él es llamado Señor porque ha traído el mundo a la existencia y “lo sostiene en sus manos”, conservándolo y gobernándolo, y porque tiene también en sus manos las riendas de la historia humana para conducirla a la salvación.

Ya señalamos antes que este señorío del Dios de la Vida no se opone a la libertad y a la autonomía de la persona. Dios no es Señor del mundo y de la historia, excluyendo la intervención de la persona, sino al contrario, invitándola a tener con Él el **condominio** (ser con el copropietario), de ambas cosas. No puede haber, por consiguiente, ninguna rivalidad prometeica entre la actuación divina y la humana: la persona, en contra de lo que pensaban los antiguos, no “roba” el fuego divino que es propiedad exclusiva de los dioses. Dios ha hecho el fuego para que la persona lo emplee de un modo inteligente y libre.

Pero hay otro aspecto sugerido en la afirmación bíblica del señorío de Dios: el del **Dios celoso que no admite rivales**.

Se trata, evidentemente de una afirmación metafórica que atribuye a Dios una experiencia abundante en nuestro mundo, la de un hombre o una mujer apasionadamente enamorados que no pueden soportar la rivalidad de otros en relación con la persona amada.

Los celos del Dios bíblico podrían producir, por sí mismos, la impresión de tener que vérselas con un Dios infinitamente egoísta (en el fondo los celos humanos son a menudo una manifestación refinada de egoísmo): se trataría de un Dios que habría hecho a las personas para sí mismo y las querría exclusivamente para sí; cualquier alejamiento de Él provocaría consiguientemente su reacción de indignación y desencadenaría sin más su ira. Son frecuentes los episodios y textos bíblicos en los que podría hallar fundamento esta sensación.

Ya en el código de la alianza enunciado en el libro del Éxodo encontramos, encabezando los diez grandes mandamientos, esta orden expresa hecha al pueblo: “No habrá para ti otros dioses delante de mi... Porque Yo, Yahvéh, tu Dios, soy un Dios celoso” (Ex 2,3.5). Pero luego, sobre todo en los escritos proféticos, cuando la metáfora del matrimonio empieza a formar parte del lenguaje de la alianza entre Dios y su pueblo, la intolerancia de Yahvéh hacia los otros dioses rivales que le disputan el amor y la fidelidad del pueblo elegido, comparado con su esposa, aparecerá expresada con la calificación de **adulterio**, con la que quedará sellada toda infidelidad del mismo pueblo.

Y aún en el Nuevo Testamento, cuando Jesús sea interrogado por un maestro de la ley sobre cuál es el primero de los mandamientos responderá, apelando a un texto que todo judío recordaba cada día: “Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas” (Mc 12,29-30).

Con frecuencia, se ha unido, en el ámbito cristiano, esta temática con la de la **gloria de Dios**. Se ha repetido, y se sigue repitiendo, que Dios nos ha creado “para su gloria” y que, para ser buenos cristianos, hay que trabajar constantemente “para la mayor gloria de Dios”.

Ya Pablo recomendaba a los Corintios: “Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios” (1 Cor 10,31). Y decía a los cristianos de Éfeso: “Bendito sea Dios... que nos ha elegido de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo... para alabanza de la gloria de su gracia” (Ef 1,3-6).

3. Fuerza vivificante del señorío de Dios

Por tanto, ¿tenemos que vérnoslas con un Dios celoso y egoísta? ¿Resulta que el Dios que hemos descubierto a través de la historia de Jesús como apasionadamente amante de la Vida de las personas, es un Dios que se interesa por nosotros en última instancia sólo por Sí mismo? ¿No somos más que el **pedestal** de su honor y el estrado de sus pies?

En realidad, no es así, pese a las falsas interpretaciones que en ocasiones se han hecho y se siguen haciendo sobre las citadas afirmaciones bíblicas. Examinando las cosas con más atención, se descubre un filón humanamente muy rico y vivificante en esta caracterización del Dios de la Vida.

3.1. Los ídolos de la Muerte

En su incontenible búsqueda de una Vida-sin-Muerte cada una de las personas y los grupos humanos pueden errar el camino y de hecho lo equivocan a menudo. Creen encontrarlo en la posesión de ciertas realidades a las que atribuyen un valor absoluto y que, a corto o a largo plazo, acaban por

atrofiar su humanidad y por demostrarse no sólo no vivificantes –portadores de Vida–, sino desde luego altamente mortificantes –portadores de Muerte–.

Así son hoy, por ejemplo, sobre todo para los jóvenes, realidades como el paro, la moda, la fama, el deporte, la droga, el placer sexual o de otro tipo,... A nivel social ejercen, en cambio, este papel el poder, algunas formas actuales de organización de la convivencia social fundadas sobre el tener y no sobre el compartir, ciertos estilos actuales de relación entre las personas que crean vallas infranqueables en razón de la ideología, del sexo, de la raza y otras cosas más. Se trata, en realidad, de verdaderos ídolos, porque son **relativos** elevados a **absolutos**. Y cuando algo de valor relativo es elevado a la condición de absoluto, toma el lugar de Dios. Y se le da un culto de adoración que resulta a la larga muy exigente: millones de vidas humanas son ofrecidas en sus altares.

Hasta Dios mismo (la idea de Él) puede convertirse para las personas en ídolo muerto y mortificante cuando el modo de pensarlo y de vivirlo, no coincide con su verdadera imagen.

En el caso, por ejemplo, de un cristianismo mezclado de un modo sincrético con la religiosidad mágica de tipo cósmico, o convertido en instrumento de dominio sobre los otros o de explotación de los más débiles. La imagen del Dios de Jesucristo queda violentada en él y se le hace desempeñar funciones opuestas a las que debería desempeñar.

3.2. El señorío del Dios de la Vida

En este contexto, que no es fruto de la imaginación sino real y concreto hoy, la afirmación del señorío de Dios y de sus celos adquiere una verdadera capacidad **liberadora** y **vivificante**. Ella invita a extirpar del mundo esos falsos absolutos que desconciertan la dialéctica Vida-Muerte por el lado de la Muerte. Es una **fuerza antiidolátrica**, y por eso mismo una **fuerza que libera de la Muerte**.

Quien acepta al Dios vivido y proclamado por Jesucristo como Dios de la Vida para todos, empezando por los que tienen menos Vida, necesariamente debe rechazar todos los otros falsos absolutos creados por las personas: el poder, la ley, las ideologías políticas, la riqueza...

Las palabras de Jesús: “Nadie puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará al uno y despreciará al otro” (Lc 16,13), constituyen una verdadera proclama de liberación humana, a pesar de las apariencias de la expresión que parecería, una vez más, hacer de Dios un Dios celoso por egoísmo. **Servir a este Dios implica**, en efecto, como el mismo Jesús dejó ver durante toda su existencia, **ponerse con Él de parte de la Vida más plena de las personas y contra la Muerte y todo lo que concretamente la produce**.

Se percibe todavía más agudamente la forma liberadora del señorío del Dios de la Vida, si se tiene presente que las víctimas de estas idolatrías son siempre sobre todo los más pequeños y débiles de la humanidad. Esos son los que son ofrecidos en sacrificio cruento en el altar de estos ídolos.

A fin de que, de acuerdo con la voluntad de este Dios, puedan los pequeños y los pobres tener Vida, es necesario hacer desaparecer estos ídolos. **Sólo si reina el Dios de la Vida y es Señor de la Historia, los últimos pueden ser arrancados de los “lazos de la Muerte”**.

4. La gloria de Dios y la persona viviente

Nos hemos referido antes al tema de la gloria de Dios. Este se junta muy estrechamente con cuanto estamos diciendo. Indudablemente un cierto modo de pensar no puede escapar a la sensación citada anteriormente del Dios infinitamente egoísta.

Si este Dios ha hecho a las personas para Sí y para su gloria, ¿puede ser definido aún como **“amor”**, como lo hace la Primera Carta de Juan? Ésta, en una frase que es considerada como vértice de la revelación, afirma hasta dos veces que “Dios es amor” (1 Jn 4,8.16).

Para disipar toda interpretación errónea de la gloria de Dios está la afirmación de otro gran pensador cristiano de los primeros siglos, que coronó su vida con el testimonio del martirio: S. Ireneo de Lyon. Él escribió una frase que, en su brevedad, sintetiza, condensa muy bien todo lo que Jesucristo nos ha hecho saber de Dios: **“La gloria de Dios es el hombre viviente”**.

La imagen de Dios que esboza esta frase no es la de un Dios centralizador, que coloca su honor en el hecho de que todo sea para Sí; sino al contrario la de un Dios **excéntrico**: es decir, de un Dios que nos ha creado **para nosotros**, para que también nosotros fuéramos, como Él, llenos de Vida. Sus celos contra los ídolos que nosotros nos creamos no están enraizados en su deseo de poseernos o de no perdernos, sino en su apasionado deseo de Vida para cada uno de nosotros. Por eso precisamente es Amor.

Conclusión

“De lo que no se puede hablar, hay que callar”, escribió L. Wittgenstein. Pero, más tarde, añadió: “Aquello de lo que no se puede hablar –entendía decir: “hablar científicamente”– es lo que más cuenta para la vida del hombre”.

Nosotros hemos hablado en estas sesiones sobre el Misterio que es Dios, convencidos de que es algo importante para la vida de las personas. Lo hemos hecho con respeto, a sabiendas de que se trataba precisamente de hablar de un Misterio que nos supera; pero también con la alegre seguridad que nos presta el hecho de saber que Jesús, el Hijo “que está en el seno del Padre” (Jn 1,18), nos ha sugerido las palabras oportunas para hacer adecuadamente este discurso. Por eso nos hemos atrevido a afirmar que Él es un Dios de Vida para todos, empezando por aquellos que tienen menos Vida.

Mas, después del camino hecho, debemos volver todavía a repetir que este Dios, Misterio grande y a la vez cercano, más que decirlo y proclamarlo hay que **adorarlo** y **actuarlo**.

“**Adorarlo**”, ante todo, porque es el **Fundamento Último** de todo y de todos; pero además “**actuarlo**”, es decir, **hacerlo eficaz** en su presencia en el mundo, con aquella eficacia con la que quiso manifestarse en la vida de Jesús: venciendo la Muerte y haciendo triunfar la Vida.

Será también así como Él romperá una vez más su silencio, un silencio que angustia en el mundo de hoy a tantas personas, y especialmente a los oprimidos por la falta de sentido de la vida, de la soledad asfixiante o del sufrimiento injusto y absurdo. Allí donde alguien sea arrancado de la Muerte, allí se podrá probar que el Dios de la Vida pronuncia su palabra, porque “**Él es Amor**” (1 Jn 4.8.16), es decir, en frase de S. Pablo; “**aquel que da vida a los muertos**” (Rm 4,17).

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del material

- a. Señala las cuestiones que no quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo

- 1.ª parte: Puesta en común.
- 2.ª parte: Síntesis del profesor.

3. CONTRASTE PASTORAL

- a. ¿En qué cuestiona o ratifica la acción pastoral que realizo?
- b. ¿Qué llamadas percibo y qué pasos tendría que dar a nivel parroquial, arciprestal...?
- c. Juan Luis Ruiz de la Peña dice que: “creer y hacer la experiencia de la libertad son una misma cosa”

Entonces si queremos vivir la fe debemos esforzarnos por ser libres, ya sabes de qué, ahora quedaría la pregunta: **Ser libres ¿para qué?**

4. ORACIÓN

Mi equipaje “No llevéis alforjas...” (Mt 10,9)

Mi equipaje será ligero,
para poder avanzar rápido.
Tendré que dejar tras de mí la carga inútil:
las dudas que paralizan
y no me dejan moverme.
Los temores que me impiden
saltar al vacío contigo.
Las cosas que me encadenan y me aseguran.
Tendré que dejar tras de mí
el espejo de mí mismo,
el “yo” como únicas gafas,
mis sueños de poder, mis deseos de tener.

Y llevaré
todo aquello que no pesa:
Muchos nombres con su historia,
mil rostros en el recuerdo,
la vida en el horizonte,
proyectos de fraternidad para el camino.
Valor si tú me lo das,
amor que cura y no exige.
Tú como guía y maestro,
y una oración que te haga presente:

“A ti, Señor, levanto mi alma, en ti confío,
no me dejes. Enséñame tu camino de libertad,
mira mi esfuerzo. Perdona mis faltas.
Ilumina mi vida, porque espero en ti”.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE
"EL DIOS DE JESUCRISTO",
DE LA ESCUELA DE AGENTES DE PASTORAL,
DIÓCESIS DE PLASENCIA,
EL DÍA 6 DE ENERO DEL AÑO 2011,
SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR,
EN LOS TALLERES DE HERMANOS DEL CASTILLO,
MADRESELVA, 17, NAVALMORAL DE LA MATA, CÁCERES.

DEUS CARITAS EST

Materiales de la Escuela de Agentes de Pastoral accesibles, en versión PDF, en la web de la Diócesis

-Formación básica

Creación, gracia, salvación
Doctrina Social de la Iglesia
Teología del Laicado
El Dios de Jesucristo

-Formación específica

Pastoral Rural Misionera
Teología y Pastoral Catequética
Apostolado Seglar
Cáritas

-Talleres

Cáritas

-Capacitación Pedagógica

Programación Pastoral
Análisis de la Realidad
Importancia de la formación de los fieles laicos en la Diócesis

-Acompañamiento

Sentido de la Cuaresma y realidad del pecado en nosotros
Encuentro-Retiro de Adviento:
"Esperando"

-Documentos diocesanos

Constituciones Sinodales
Plan General de la Formación de Laicos

Todos los documentos están disponibles en la página web de la diócesis www.diocesisplascencia.org en la sección "Formación", situada a la derecha de la pantalla y dentro de ésta pinchar en la pestaña que se quiera: "Formación básica", "Formación específica", "Talleres", "Capacitación pedagógica", "Acompañamiento" y "Documentos diocesanos", donde aparecerá la posibilidad de descargar los diversos documentos en formato PDF.

“Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina. En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía. Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas. Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación” (DV 2)

“La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre, pero este designio dimana del “amor fontal” o de la caridad de Dios Padre, que, siendo Principio sin principio, engendra al Hijo, y a través del Hijo procede el Espíritu Santo, por su excesiva y misericordiosa benignidad, creándonos libremente y llamándonos además sin interés alguno a participar con Él en la vida y en la gloria, difundió con liberalidad la bondad divina y no cesa de difundirla, de forma que el que es Creador del universo, se haga por fin “todo en todas las cosas” (1 Cor, 15,28), procurando a un tiempo su gloria y nuestra felicidad. Pero plugo a Dios llamar a los hombres a la participación de su vida no sólo en particular, excluido cualquier género de conexión mutua, sino constituirlos en pueblo, en el que sus hijos que estaban dispersos se congreguen en unidad (Cf. Jn, 11,52).” (AG 2)

Escuela de Agentes de Pastoral
Diócesis de Plasencia